
FRANCISCO AUGUSTO CONTE.

ENSAYO CRITICO SOBRE SU VIDA POLITICA EN CUBA.

En Cuba, doloroso me es decirlo, pero es un hecho, que más, mucho más que por nuestras opiniones religiosas, filosóficas, literarias, científicas ó políticas, estamos divididos en peninsulares é insulares; porque no puedo ni quiero decir que estamos divididos en españoles y cubanos.

Discurso de Conte, el 9 de Agosto de 1880.

El día primero del corriente mes, rodeado de su familia y de muy reducido número de amigos, tras breve crisis de larga enfermedad, extinguióse oscuramente y sin ruido, la vida de uno de los españoles que, por diversos y contrarios modos, tomaron parte conspícua en los sucesos políticos de Cuba realizados en el tormentoso período de veinte años, que comienza el momento en que Cárlos Manuel de Céspedes, á la cabeza de un puñado de patriotas, acomete la árdua empresa, (incomparable, por única, en los fastos históricos), de romper, á la vez que la dependencia colonial del país, la cadena de trescientos sesenta mil esclavos en una isla poblada por un millon cuatrocientos mil séres humanos.

En el vapor «Guipúzcoa», llegó Conte á la Habana el 17 de Enero

de 1869, en el instante en que las pasiones comprimidas estaban á punto de hacer su primera explosion en la capital. Contaba él entonces los cuarenta y siete años de su edad (1), estaba dotado de sólida constitucion física y de talento perspicaz, poseía caudal muy considerable de ciencia política y económica, y, aunque mortificado por el recuerdo del hundimiento de la distinguida posicion que había ocupado en Cádiz, su nativa ciudad, no abatido, ni desnudo el corazon de aspiraciones ambiciosas, á cuyo desenvolvimiento presentábase campo fértil en el estado social de la gran colonia española.

Encontró, como era natural que encontrase, acogida favorable en el bando de los españoles y cubanos que sostenían la lucha en favor de la dominacion de la Metrópoli. Vióse así estrechamente ligado al grupo que obedecía á la voz de D. José María Avendaño, fundador y Presidente del Casino Español de la Habana, hombre cuyo espíritu estaba saturado de inextinguible odio intenso á los criollos. La vez primera que Conte se presentó públicamente á secundar la política de Avendaño y sus secuaces, fué en un discurso que pronunció en el Casino Español, y que provocó la cólera de Castañon. Es verosímil que el desastre de su fortuna en Cádiz influyese en la reserva que en el curso de los dos primeros años le impulsaron á ocultar al público el origen de los artículos suyos que en *La Voz de Cuba* se daban á luz, á tal extremo, que el texto iba á la imprenta con letra de Avendaño. Tal situacion no había de sostenerse indefinidamente, y Conte que, desde el 16 de Julio de 1871, había colaborado activamente, en aquel periódico, tomó su direccion el 23 de Octubre del mismo año, hasta que, el 5 de Abril de 1873, cesó en ella. Un hombre de la rectitud de principios y de la cultura de D. Francisco, por muy español que fuese, y por mucho que le obligase el agradecimiento á Avendaño y sus otros amigos, no podía aceptar la direccion de un periódico consagrado á la defensa de la causa española en Cuba y con ella al sostenimiento de la esclavitud civil de los negros y de la esclavitud política de los blancos cubanos, sin experimentar dolorosas angustias. Que para aceptar el puesto de *La Voz de Cuba* hubo de doblegar la

(1) Conte nació en Cádiz, el 26 de Junio de 1821.

rectitud de sus principios y resistir los generosos estímulos de sus elevados sentimientos, pruébalo hasta la evidencia su manifiesto al público, el 3 de Mayo de 1872 (1). «Penetrado profundamente», decía, «de los deberes que me imponía la situación delicada y difícil á que, sin merecimiento alguno en el país, fuí llamado, comprendí que debia hacer el sacrificio de mis opiniones particulares en las cuestiones políticas que en la Madre Patria se ventilan, y romper, aun á costa de doloroso esfuerzo, con los lazos que me unían al partido en que he militado, por cuya causa he sufrido, cuyo martirio ha sido mi martirio: comprendí que debía aquí pensar sólo y escribir sólo como español, y no como hombre de partido; que debía olvidar mis simpatías como mis odios, considerando siempre á todos los partidos y á todos los hombres que juegan en la política general de la Nacion, como españoles únicamente, con el respeto y consideracion que todos merecen, juzgando y apreciando sus doctrinas y sus actos, con severidad á veces, con benevolencia siempre; pero siempre tambien bajo el punto de vista de los intereses y aspiraciones particulares de esta provincia, sin romper con lo que exigen á su vez los intereses y las aspiraciones de la masa general de la Nacion y de la mayoría legal de los españoles.» Luego agregaba: «He creído aceptar lo que la Patria acepta, defender lo que la Patria defiende, ser siempre leal soldado de la causa nacional, prestándole incondicional apoyo, é inspirándoles ese mismo criterio á los que aquí, por vivir apartados de esos intereses y tal vez de esas pasiones, juzgan mal, y hasta á veces desdeñan hechos, doctrinas, actos y evoluciones que, si no todas convenientes y plausibles, y aun tal vez necesarios, todos concurren y se dirigen al gran fin providencial á que el siglo y nuestra Patria van encaminados».

Era Conte sincera, seriamente adverso á la esclavitud de las razas de color con que, en el último tercio del siglo XIX, mancillaba España su imperio en Cuba y Puerto Rico, y, como precisamente la causa que influyó de un modo decisivo en el ánimo de los españoles y de muchos cubanos para combatir la Revolucion iniciada en Damajagua, fué el empeño de hacer *algunas zafras más* con brazos esclavos, harto se

(1) Véase *La Voz de Cuba* de 4 de Mayo de 1872.

deja comprender que el conflicto que en el espíritu del escritor español surgió había, por fuerza, de producirle una intranquilidad que no podría cesar sino el día en que la serenidad de su juicio se sobrepujase á la obsesión que causar suelen los poderosos móviles del particular interés dorados por la pasión política.

Quien intentase persuadir á los defensores del *statu quo* colonial, de que era preciso aperebirse á la abolición del trabajo del esclavo, no sólo había de fracasar, por lo quimérico del propósito, sino que corría el peligro de oirse apellidar con los epítetos más injuriosos é insolentes, y aun el de verse condenado á la deportación, y á todo esto se vió Conte expuesto desde el día en que estampó en el periódico que dirigía, estos sugestivos conceptos: «Es preciso, indispensable no resistir á lo que nos viene de la Patria, á lo que exige la época, el siglo, el ejemplo: es preciso resignarse primero, instruirse despues, porque ambas cosas son necesarias; prepararse lentamente á ir progresando en ideas, en conocimientos, para que se comprenda la necesidad de los cambios y se aprecie bien la medida de lo que es posible admitir y de lo que es conveniente y necesario rechazar. Hacer propaganda para que no venga el cambio ántes de tiempo y en proporciones exageradas; para hacer comprender á los unos, á los de aquí, la necesidad de la reforma; á los otros, la necesidad de la prudencia. Es necesario que se estudie lo que es imposible evitar y lo que es imposible admitir, para apreciar el peso y la medida de la transformación; es urgente que nos vayamos disponiendo á reformar y plantear ciertas medidas, de modo que no se promueva un conflicto de razas; es preciso ir graduando, concediendo y reformando, robusteciendo la raza propia, la que debe predominar, ántes de soltar los diques y romper las compuertas» (1).

¡Que era urgente que los españoles defensores de la *integridad nacional* se fuesen disponiendo á ciertas reformas que habían de conducir directamente á la abolición de la esclavitud!... Esto lo estampaba Conte el 2 de Abril de 1873: tres días despues se separaba de la dirección y redacción del periódico.

(1) *La Voz de Cuba* de 3 de Abril de 1873.

Háse dicho que Conte tomó esta resolución, porque, sabiendo que el periódico languidecía y estaba próximo á desaparecer, por falta de recursos, quiso caer en trágica actitud semejante á la de César. Esto confirma nuestro modo de juzgar al publicista español. Caía, ciertamente; pero, al caer, comenzaba á reivindicar sus fueros la conciencia del hombre, deslumbrada por el engañoso esplendor de la pasión política.

Cuando en los albores de la existencia, en que todavía conserva el hombre la prístina pureza de los sentimientos, nos complace imaginar que á cada paso hemos de dar en el comercio humano, con hombres cuya vida ha de conservar una perfecta é invariable unidad en los principios y en los procedimientos. Se nos antoja que ha de ser la cosa más natural y sencilla del mundo encontrar por donde quiera la integridad constante de carácter que resplandece en patriotas tan immaculados como Wáshington, y tan humanos y magnánimos como Joaquín de Agüero. Mas, á medida que la mirada penetra en las impurezas de la sociedad, no tarda uno en convencerse de que los caracteres, aun de los hombres que más excitan nuestra admiración, por regla que apenas admite excepciones, es la concreción de numerosos elementos físicos y psíquicos que obedecen, de manera más ó menos inconsciente, al influjo del medio, que es, á su vez, la ponderación de elementos geológicos, étnicos y sociales que, pugnando entre sí, dan origen á variaciones de numerosos matices (1).

(1) Hace pocos años que un distinguido cubano me decía. «Para vivir, hay que adaptarse al medio.» Tenía razón. En el orden social, como en el físico, es condición de vida, la adaptación del organismo al medio; pero ¡qué serie de matices tan numerosa se produce en los caracteres al efectuarse la adaptación individual! ¡qué abismos entre el concepto de la adaptación entendido y aplicado por Varela, Luz, Gener y el Conde de Pozos Dulces y el que tuvo para Joaquín Gómez, Juan Poey y Tomás Terry! Ese cubano, á pesar de su doctrina y experiencia en el trato de los hombres, no pudo explicarme por qué la adaptación, que es condición de vida, no basta á determinar el éxito en los negocios, ya que muchos hombres se adaptan al medio y no prosperan ni se levantan sobre el nivel ordinario de los que luchan afanosamente por la existencia; pero él sostenía que no estaba bien adaptado al medio social de Cuba, el criollo que en la tribuna ó en la imprenta atacaba el actual régimen colonial de España. Si la adaptación al medio social, así definida, no es el eufemismo con que

Si acierto á expresar mi pensamiento, diré que la historia de Cuba nos presenta frecuentes y sobresalientes ejemplos de las evoluciones que el hombre vá experimentando en sus ideas y en sus sentimientos en el curso de los años. ¿Quién habrá que dude de la pureza de opiniones y de la sinceridad de afectos de Félix Varela? ¿Quién, sin embargo, habrá que no experimente un movimiento de sorpresa al comparar el *Elogio de Fernando VII* de 1818, y los actos posteriores de la vida del filósofo cubano, desde el punto en que pisa las playas de España para tomar asiento en las Córtes, hasta que muere en San Agustín el año 1853? ¿Qué evolucion tan asombrosa hubo de verificarse en el ánimo de D. Francisco de Arango, para que el defensor vehemente del tráfico de negros hasta 1817, llegara á convertirse en el enemigo resuelto, enérgico, que se revela por primera vez en la consulta que, como Intendente, elevó el 7 de Mayo de 1825, al Secretario de Estado y del Despacho de Hacienda! (1). ¿Qué transformacion, qué revolucion tan radical entre el estado psíquico en que se escribió *La Hija Pródiga*, en 1870, y el que se necesitó para pronunciar en 1888 la conferencia *Los Cubanos en Cuba!*

Conte, fué un verdadero revolucionario, demoledor de la propia obra por él levantada en *La Voz de Cuba*. El 31 de Enero de 1873, la autonomía le «inspira horror»; porque, «con justicia está considerada como el prólogo de la independendencia.» Pero, andando el tiempo, con mayor conocimiento de la historia y de las necesidades del país, en 1877 formula, á nombre de los españoles establecidos en Cuba, una Exposicion á las Córtes, en que, recordando las franquicias comerciales otorgadas por Fernando VII, llega á decir «que entónces

se disfraza la abdicacion de la personalidad autónoma del cubano, confieso que no alcanzo á vislumbrar el sentido esotérico de una filosofía política, fundada sobre el absoluto é incondicional rendimiento al imperio de una oligarquía concupiscente y audaz.

(1) En esa consulta decía Arango al Ministro que había manifestado al Capitan General su sentimiento de no tener autoridad para poder perseguir el *abominable tráfico*, y que le hallaría pronto para hacer cuanto de él dependiese, á fin de «evitar un mal que, de varios modos, se opone á la moral pública, á la tranquilidad de esta Isla, ó aun á las verdaderas ventajas de nuestra agricultura.»

existía una saludable y prudente autonomía en la isla de Cuba, cuando no se conocía esa palabra ó no significaba lo que hoy», y deplora que se hubiera en mal hora suprimido la célebre Junta de Fomento.

La separación de Conte de la dirección de *La Voz de Cuba* no interrumpió sus relaciones con el intransigente Avendaño, y así vemos que éste le encargó la redacción de la aludida Exposición que en Abril de 1877 se intentó elevar al Congreso de los Diputados, sobre la difícil situación económica á que el país había llegado por los enormes gastos de una prolongada contienda. Avendaño, Presidente entónces del Casino Español de la Habana, como Alcalá Galiano y como otros muchos españoles, condenaba el régimen de la administración colonial, y no se asustaba de reclamar para que se diese «al país, en una forma conveniente, alguna intervención en los negocios de su vida económica y administrativa». La Exposición redactóse y hasta había llegado á ser suscrita por algunos amigos de Avendaño, cuando el General Jovellar llamó á éste, le pidió el documento, le reconvino por su imprudencia en los días en que ya estaban las fuerzas españolas á punto de conseguir la pacificación de la tierra y le indicó la conveniencia de que saliese de Cuba. En efecto, Avendaño entregó la Presidencia del Casino Español á D. Vicente Galarza el 27 de Abril de 1877 y se embarcó en seguida para España (1). Este movimiento político, de carácter autonomista, no significaba, ciertamente, que los españoles de la Isla estuvieran dispuestos á transigir con los cubanos en armas ó leales á España. Quien así pensara, porque en la Exposición se pide que «al país» se conceda alguna intervención en los negocios de su vida económica, ni conocería á Avendaño ni á los españoles que habían de firmar la Exposición: «el país» quería decir la oligarquía de los «españoles establecidos en la Isla», como se lee en la misma instancia. La concesión de una reforma como la que solicitaban Avendaño y sus parciales, hubiera sido el gobierno de los españoles residentes, y por condescendencia hi-

(1) El texto de la Exposición se ha salvado en la copia que el Sr. Conte conservaba y se reproduce en este número de la *Revista*.

pócrita, se le hubiera dado colocacion en él, á algun cubano dúctil, como el Conde de Lagunillas.

Pero, aunque Avendaño no viese en la reforma solicitada más que el triunfo de la oligarquía de *los españoles establecidos en la Isla*, era preciso ser muy miope para no ver que siendo mucho menor el número de los europeos que el de los criollos, éstos hubieran llegado á tener en sus manos el influjo político, tan pronto como se reparasen los desastres de la guerra.

La terminacion de la lucha armada señala el punto en que Conte completa la evolucion de sus ideas sobre la gobernacion de la colonia. El General Martínez de Campos con asombro le oyó decir que la mejor manera de consolidar la paz á tanta consta adquirida, era otorgar al país la mayor suma de libertades que fuese posible.....

Sobrevino despues la sublevacion de 26 de Agosto de 1879 y entonces, á instancia del Gobernador General Blanco, D. Francisco entró á formar parte de la Junta Central del Partido Liberal.

El 9 de Agosto de 1880, Conte pronunció, en «La Caridad» del Cerro, un discurso vibrante, elocuentísimo, que conmovió vivamente al auditorio. El tono vigoroso, el acento de hondo convencimiento produjeron un efecto indescriptible. Aquella noche creí que era posible llegar á una transaccion sincera con los vencedores de la Revolucion. Pero despues, todas las esperanzas han ido muriendo lenta, triste, angustiosamente, una á una; y hoy, al cabo de once años de pronunciadas, las candorosas, atrayentes palabras de Conte, tan llenas de promesa y de aliento, parece como que resuenan en mis oídos y me siento presa de una viva, irreprimible emocion!

«Se dice, Señores, que la autonomía, que es al fin una gran suma de gobierno propio, de gobierno del país por el país mismo, puede preparar para otra cosa más libre aún: puede ser una educacion para la independencia de un pueblo. Y bien, Señores, ¿es eso un mal, acaso?»

«Señores, no quiero que se dé á mis palabras, á las que ahora voy á decir, otra extension, otra interpretacion que la que yo quiero que tengan. Oídme con atencion y escuchadme sin prevenciones. Sé que es delicado tratar esto; pero ni aun este argumento quiero que quede

sin refutación. Señores, es cierto que la autonomía es una educación práctica para que los pueblos se puedan gobernar por sí; pero ¿acaso es eso un mal? Yo no sé lo que la cortina que nos vela el porvenir, lo que los tiempos, los siglos nos reservan respecto á la perpetuidad de la nacionalidad de esta tierra; otras, tan españolas, otras del mismo origen dejaron de ser españolas. Yo no sé si algún día Cuba poblada y rica, no podrá ser una nación que nos deba su nacimiento, su habla, sus costumbres, su prosperidad: si ese caso llegara, Señores, al ménos, educados los cubanos para gobernarse por sí mismos, esa separación no los conduciría á lo que el mismo suceso condenó á otros pueblos: á Méjico, el Perú y otros que se separaron de España prematuramente y sin estar educados para vivir independientes. Nó, Señores: si educando á Cuba para gobernarse por sí, la perdiéramos, sería con alguna gloria y honor; pero nó, Señores, como perdimos tantos países que aún no han podido asentarse y encontrar su camino en el concierto de las naciones libres bien regidas.»

Y luego, entre aplausos estruendosos, concluía lanzando, con voz clara, sonora, rebosante de pasión, estos períodos en que condensaba sus consejos y su promesa solemne de consagración á la causa de la autonomía de Cuba, promesa que el destino había de someter á durísima prueba:

«Recordando las palabras de un gran orador francés, repetidas en cierta ocasión solemne por uno de nuestros más grandes poetas y de los más elocuentes oradores de nuestra época, yo os diré, Señores, que todo el que quiera más ó ménos ú otra cosa de lo que quiere el Partido Liberal, ni es liberal ni se interesa atinadamente por el bien de Cuba ni por el de España. En cuanto á mí, he quemado mis naves. En el Partido Liberal estoy y estaré: sus principios son los míos, su programa es el mío, sus aspiraciones son las mías. Yo tengo la seguridad de no tener que arrepentirme. Soy sincero, Señores: perezca cien y mil veces mi memoria, sea maldita de Dios y de los hombres, si no os hablo con toda sinceridad, si no os digo lo que creo en el fondo de mi alma, lo que creo ser la verdad y la salvación!»

Ese discurso fué la señal de la ruptura definitiva de Conte con Avendaño y otros españoles amigos suyos de los días del terror. Es

indudable que al romper con el partido español, Conte hacía un gran sacrificio de su conveniencia y la de su familia; pues, viviendo, como vivía, de su personal esfuerzo, desde aquella hora el intratable y áspero Avendaño y otros españoles que á Avendaño se parecían, le negaron todo trabajo, y esto, sin esperanza de encontrar compensacion alguna entre sus nuevos amigos, como lo probaron los sucesos posteriores; ya que jamás se le brindó puesto en la Comision Permanente de la Diputacion Provincial, como por sus portentosas campañas económicas en *El Triunfo* y en *El País* ni pretendió ni recibió remuneracion alguna.

Conte cayó gloriosamente en su camino: había sido cómplice de la funesta y odiosa política que prolongó una guerra sañosa y devastadora; pero quiere á veces la suerte que el perseguidor de hoy se convierta en el apóstol de mañana. El que desde las columnas de *La Voz de Cuba* no había encontrado una sola palabra, con que disculpar siquiera el alzamiento de los cubanos, estampó más tarde estas frases terribles, que constituyen la condenacion más tremenda del espíritu de explotacion abominable que anima á la masa general de los españoles en Cuba:

«La lucha entre peninsulares y cubanos es evidente: tiene, al parecer, raíces profundas y fundamento, más que en las diferencias de opiniones y de tendencias políticas de los unos y de los otros, en la pretension por parte de los primeros á ser los amos, siendo los ménos; á ser los mejorés, siendo los ménos instruidos; á ser los árbitros de los destinos del país sin haber nacido en él, sin aspirar en él á otra cosa sino á las riquezas, los honores, el poder y la influencia; pero no á su progreso moral ni á su crecimiento en el orden de la cultura y la civilizacion, ni aun los más á morir en su seno. No se cuidan de la suerte de sus descendientes, esto no los preocupa: el espectáculo que les ofrecen los hijos de los que vinieron ántes, no los instruye ni entenece. A sus hijos los engendran y educan para que sirvan de víctimas á las pasiones de sus paisanos que vengan en adelante, y los más permanecen solteros miéntas viven en la Colonia» (1).

(1) *La Lucha Política en Cuba*, pág. 169.

No ha faltado escritor que afirmara que Conte fué llevado por sus ideas avanzadas, equivocadamente á afiliarse en el bando autonomista. Si Conte se equivocó al poner su claro talento y su vasto saber al servicio de la causa de un pueblo explotado y vejado por una oligarquía bárbara, movida por una codicia insaciable y sin escrúpulos, preciso sería reconocer que los cubanos deberían renunciar á la idea de que alguna vez, en el curso de medio centuria, surja, por rara excepcion, un español dispuesto á tomar la defensa de los oprimidos colonos.

La conversion de Conte fué una pérdida enorme para el Partido Español, tan grande, como fué valiosa para el Partido Liberal; porque él, sólo él, supo comprender y demostrar que en el sistema arancelario que en Cuba se perseguía con el título de cabotaje, se refugiaban los últimos restos del torpe monopolio que encontró su fórmula en las asfixiantes leyes de Indias. A Conte y sólo á Conte corresponden el honor de haber dirigido con éxito brillante la ruda lucha contra el monopolio mercantil de algunas provincias de la Madre Patria que escudadas por una ley injusta pudieron sostener, con enorme daño de los intereses colectivos de la Nacion y los particulares de la Colonia, un mercado para sus escasas y atrasadas producciones.

Fué así Conte, el continuador de la obra civilizadora tímidamente iniciada por el célebre Marqués de Sonora y con energía continuada por el ilustre Valiente, por el eminentísimo Arango, por el talento sagacísimo de Ramírez y por la actividad incansable y eficazísima de Martínez de Pinillos; porque, al fin y al cabo, hoy, en las agonías del siglo XIX, (después de haber perdido un imperio inmenso, más que por el despotismo de los virreyes, por los excesos de la codicia de los mercaderes de la Metrópoli, empeñados en mantener un monopolio ruin y corruptor), España no acierta á comprender que lo único que puede legitimar y afianzar su dominacion en América, es una sincera libertad política, y el aniquilamiento completo del monopolio comercial.

De la vastísima erudicion, de la honda doctrina que en materias políticas y económicas poseía el laborioso escritor español, quedan patentes muestras en su *Exámen de la Hacienda Pública de España*,

en *La Lucha Política en Cuba*, en sus opúsculos publicados en esta REVISTA sobre *La Situación Monetaria y su Reforma*, en *Tierra, Población é Industria*, y en la obra cuya estampa no está aún terminada: *Las Aspiraciones del Partido Liberal*.

Conte ha muerto en la penumbra de su gloria, cuando por sus grandes merecimientos parecía llamado á ser objeto de una gran manifestación de simpatía y de duelo como se tributó á su fallecimiento, á otro español, el día en que el sol del Partido Liberal estaba en su oriente. Los tiempos han cambiado: el sol de los autonomistas es ahora un astro moribundo, y por otra parte, la posición retraída, aislada en que el ilustre pensador se había colocado, desde que se vió dura y cruelmente atacado con motivo de los acontecimientos de 1871,—porque así creyó que se lo aconsejaba su decoro (1)—envolvían la per-

(1) En las páginas de la REVISTA CUBANA halló el sábio economista asilo á sus ideas, en medio del severo aislamiento á que estaba reducido, y desde el cual, no sin amarga tristeza, seguía con interés ardoroso, el crecimiento de las fecundas semillas de sus doctrinas, por él esparcidas en otros días, á manos llenas, á todos los vientos, desde las columnas de *El Triunfo* y de *El País*. Parecíale que hasta su mismo nombre principiaba á ser olvidado y aun desconocido de sus compañeros de lucha, y ya la muerte silenciosa aprestaba á descargar en él su golpe fatal, cuando pudo, con palpitante emoción, leer las nobles palabras en que un egregio cubano hacía justicia á sus grandes, excepcionales méritos. A impulsos del agradecimiento, tomó la pluma y trazó esta sentidísima carta, última que de su propio puño escribió:

Sr. D. Rafael Montoro:

Mi querido amigo:

En *El País* de ayer me ví aludido y lo que es más, alabado. Usted pudo hacer lo primero y no lo otro, pero hizo ambas cosas, y por ello le estoy agradecido, aunque el elogio es muy superior á mis méritos verdaderos. Pero como usted tiene el don de decir ó escribir siempre la frase definitiva en cuanto asunto trata, y no dice ni escribe jamás cosas vulgares y que no sienta, no puedo ser indiferente á lo que, al aludir á un escrito mío, escribe usted respecto á mis cualidades personales. Por eso tomo la pluma hoy y le hago saber que le agradezco su recuerdo y cuánto estimo un juicio que me honra y enaltece, por ser suyo.

De usted afmo. amigo Q. B. S. M., *F. A. Conte*.

S/c. 26 Octubre, 1891.

sona del esforzado defensor de la autonomía colonial en una sombra formidable, temerosa y fría, en que muy contados amigos se atrevían á penetrar, conculcando la ley de razas que divide á los habitantes de esta tierra, en españoles y cubanos, en vencedores y vencidos.

MANUEL VILLANOVA.

15 de Noviembre de 1891.

La contestacion del Sr. Montoro está concebida en estos términos tan honorables para Conte como para su mismo autor:

Sr. D. Francisco A. Conte.

Mi muy querido amigo: he recibido con mucho gusto su cariñosa carta, y doy á usted las más expresivas gracias por las bondadosas palabras que me dirige. No tiene usted que agradecerme las frases que le dediqué en mi artículo, pues no hice más que honrar como es debido las dotes excepcionales de usted, y los servicios, tambien excepcionales, que con tanta alteza de miras ha prestado á la causa de las reformas y de la autonomía. Sabe usted cuánto le quiere su afmo. amigo,

Rafael Montoro.

Su casa, Octubre 28, 1891.

P. S. Deseo mucho hablar con usted sobre todo lo que ocurre y me propongo aprovechar para ello el primer momento disponible.—*Vale.*

EXPOSICION

exposicion de los españoles establecidos en Cuba, sobre la situacion económica del país en Abril de 1877.

AL CONGRESO DE LOS SEÑORES DIPUTADOS.

Los que suscriben, españoles establecidos en esta Isla, acuden al Congreso de los Señores Diputados para exponerle con entera libertad, aunque con el respeto que les merece la Representacion nacional, sobre la situación económica de esta Provincia, los sufrimientos que esa situacion produce á los que aquí viven y trabajan, y acerca de los medios que, en su sentir, pudieran adoptarse para mejorar aquélla y aliviar la triste suerte de éstos. Tenemos la seguridad de ser en esta ocasion fieles intérpretes del sentimiento público, haciendo patente la ansiedad general y las ideas del mayor número de los españoles leales.

Se crée por muchos que hay en Cuba una resistencia á pagar los tributos, hija del egoismo y del afan de lucro, y la elevada opinion que del patriotismo y desinterés de los habitantes de este país se tenía va cambiando en muchos ante la creencia de que, en efecto, si las contribuciones no se satisfacen con más celeridad, y si algunos dejan de pa-

garlas por completo, es porque el patriotismo de que hemos blasonado sólo tenía por móvil el interés y la conservacion de lo adquirido. No es cierto, Señores Diputados, que el clamor general contra los nuevos impuestos sea producto del deseo de evitar las cargas que nos impone la situacion política del país. Nó; es que esas cargas provienen, en nuestro sentir, de errores cometidos desde que principió aquella triste situación á hacer necesarios grandes sacrificios; es que esas cargas provienen en gran parte de un empleo vicioso de los recursos que se allegan; es que los servicios de toda especie se hacen con demasiada holgura sin tener en cuenta su excesivo costo y la desproporcion en que están con nuestras fuerzas para sostenerlo, y con lo que nos producen en cambio; es porque la mala, irregular, desigual y nada equitativa reparticion de las contribuciones aumenta su peso y las hace más cuantiosas; es, en fin, porque la suma total á que ascienden esos tributos es á todas luces enorme, excesiva, superior á lo que la riqueza del país puede sufragar, máxime cuando la guerra, los mismos errores cometidos en la gestion de la Hacienda Pública, y los mismos sacrificios pasados han disminuído notablemente la riqueza general y agotado muchas de las fuentes de la produccion local.

Como todavía, por desgracia, no está exenta de peligros la situacion política y militar de esta Isla, mucho habría que rebajar en esos peligros si pudiéramos contar con fáciles y suficientes recursos para sostener por más tiempo la guerra hasta darle fin de una manera definitiva y sin ulteriores consecuencias para el porvenir del país; pero, desgraciadamente, Señores Diputados, los errores que hemos presenciado en el órden económico han sido los de mayor trascendencia y parecen como que tienden á perpetuarse, haciendo estériles los esfuerzos y sacrificios que la Nacion, el Gobierno y esta Provincia hacen para terminar la contienda actual y volvernos la paz y la perdida seguridad. Al principio se cometió el error funesto de creer que podrían conllevarse casi todas las cargas públicas, pidiendo poco á la riqueza local; se abolieron contribuciones y se apeló al crédito en la forma más peligrosa y más ocasionada á producir perturbaciones. Durante muchos años, formaron la principal parte de las entradas del Erario los productos de las emisiones de los billetes del Banco, hasta llegar á una

cifra verdaderamente excesiva que produjo una depreciación enorme en el valor del billete y las pérdidas consiguientes á la fortuna pública. Al fin, hubo que abandonar ese peligroso recurso, cayéndose casi en el error contrario; pues hubo una semi-repudiación del billete, exigiéndose el pago de la mayor parte de las contribuciones establecidas y que se establecían, en oro, cuando el oro, por efecto de las mismas emisiones de billetes y por la situación política del país, había casi desaparecido. Preciso es confesar que, en todos esos desaciertos, la mayor parte de la culpa debe atribuirse á una opinión, muy generalizada aquí, de que las contribuciones recién establecidas habían dado vida á la insurrección y que suprimiéndolas se lograría apaciguarla; opinión hija de las falsas é hipócritas declaraciones de los que tenían interés en no pagar y en privar de recursos al Gobierno. Posteriormente se trató de levantar recursos, emitiendo valores de deuda local con interés y amortización en plazos más ó menos largos; pero este recurso que podría haber producido sumas de importancia para el Tesoro y el inmenso bien de retener en la Isla muchos capitales de los que han emigrado, para no volver quizás jamás, se esterilizó por no haberse cumplido las promesas que, al emitir aquellos valores, se hicieron á sus tomadores. No quedaba ya más arbitrio que apelar á las contribuciones, bien elevando las establecidas de antiguo y que no habían sido suprimidas, bien estableciendo otras nuevas; y hoy, Señores Diputados, se pretende que la isla de Cuba sostenga las cargas ordinarias de su gobierno y administración, y las extraordinarias, más cuantiosas, que origina la guerra, únicamente con el recurso de las contribuciones, pues si recientemente se ha levantado un empréstito de algunos millones de pesos dentro y fuera de la Isla, ha tenido por objeto allegar los fondos necesarios para traer y mantener durante algunos meses un ejército expedicionario que, mermado en breve por las enfermedades y fatigas de la ruda campaña que está llevándose á cabo, habrá luego que sostener con los recursos propios de la Isla, sacados también en la forma de contribuciones é impuestos.

No hay por el momento esperanza alguna de que las circunstancias varíen de tal suerte, que pueda establecerse aquí un régimen basado en la existencia de una paz moral y material tan absoluta que

los gastos públicos se encierren en proporciones adecuadas á la vida normal anterior á la guerra; y por mucho tiempo será preciso todavía gastar en la parte militar sumas de mucha consideración y muy superiores á los recursos permanentes del Tesoro local; y si desgraciadamente, lo que no esperamos, la guerra se sostiene en los Departamentos Central y Oriental, amenazando la parte pacificada, habrá necesidad de exigir al país sumas de consideracion; pero lo que no es posible, Señores Diputados, lo que, sin arruinar al país y sin hacer casi estériles los sacrificios hechos y que se hagan, no podrá sostenerse, es la contribucion actual, ni en su forma, ni en su base, ni en su ascendencia.

El Sr. Comisario Regio proyectó un reparto de treinta y seis millones de pesos en oro que había de exigirse á todas las manifestaciones de la riqueza pública, dejando á los Ayuntamientos el distribuir entre los contribuyentes la cantidad asignada á cada distrito municipal. El mismo Sr. Rubí tuvo que modificar su primitivo pensamiento, dando una base á los repartos individuales y suprimiendo el general entre los distritos. Posteriormente se ha establecido como base para los repartimientos individuales los tipos de las contribuciones directas municipales. En esta lacónica historia de las continuas mutaciones que de poco tiempo á esta parte han menudeado sobre establecimiento de contribuciones, hacemos gracia al Congreso de la creación y supresión sucesivas de varias decretadas y no exigidas y de otras suprimidas después de cobradas durante períodos más ó menos largos, pero siempre muy breves en materia tan trascendental para los pueblos.

No conocemos fijamente la cantidad que se propone recaudar la actual Administracion, por la contribucion del treinta por ciento sobre las utilidades hoy en ejercicio; pero ántes de tratar á fondo la cuestion de su ascendencia, debemos decir al Congreso algo sobre la base establecida para su reparticion, base que ya dejamos indicada, cual es la de las contribuciones directas municipales. En todas partes, Señores Diputados, las contribuciones locales, sean provinciales ó municipales, tienen por base la recaudacion general por cuenta del Estado; aquí se ha establecido, por el contrario, que la contribucion para el Estado se reparta multiplicando por un número dado la contribucion mu-

nicipal: por siete y medio las cuotas sobre la riqueza inmueble, y por cinco sobre la riqueza mobiliaria. Dejando aparte la forma defectuosísima como los Ayuntamientos tienen establecidas esas contribuciones, y que en muchas localidades tienen muy exiguas proporciones sobre la renta líquida de cada riqueza, debemos llamar la atención del Congreso acerca de los resultados que ofrece aquella base establecida por el Gobierno General, resultados que comprenderán fácilmente los Señores Diputados y que quitan á esa contribucion toda igualdad, toda equidad y toda proporcionalidad entre los pueblos y entre los contribuyentes. Los pueblos ricos y que tienen pocos gastos municipales pagarán mucho menos del treinta por ciento que parece querer exigir á todos contribuyentes el Gobierno, mientras que los pueblos pobres y más afligidos por las cargas locales, pagarán mucho más de ese treinta por ciento: en unas partes pagará todo ó casi todo, la Riqueza inmueble; en otras, la Industria y el Comercio llevarán la peor parte; sin contar las desigualdades monstruosas entre los mismos contribuyentes por cada clase de riqueza, toda vez que las contribuciones locales, no tienen base verdadera ni han sido establecidas con la equidad, la generalidad y la proporcionalidad debidas.

Hemos dicho, que no teníamos noticia de qué cantidad en total se propone cobrar la actual Administracion por el impuesto de que nos ocupamos, si bien tenemos entendido que la multiplicacion de todas las cuotas municipales por los números ántes citados arroja un total de dieciocho millones de pesos; es decir la mitad exactamente de lo que importaba el reparto general ideado por el Sr. Rubí. Notable es ciertamente, la diferencia; pero todavía, Señores Diputados, excede en mucho á lo que la riqueza pública puede pagar ateniéndose al tipo de treinta por ciento sobre las utilidades generales fijado por el Gobierno, tipo que por sí mismo constituye ya una exaccion que ningun país podría sufragar ni aun exigiéndosele á título extraordinario y con condiciones de pago escalonadas para hacerle menos sensible y apremiante. Treinta y seis millones de pesos equivaldrían á una renta líquida imponible de ciento veinte millones de pesos en oro al año, y los dieciocho que ahora se espera recaudar, á una de sesenta.

Sin querer nosotros declinar la responsabilidad que nos incumbe por la fama de rica de que con justicia ha gozado esta Isla, ni tratar en ninguna manera de rebajar en lo más mínimo su importancia agrícola y comercial, debemos, Señores Diputados, discutir esas cifras, dejando todavía base bastante sólida para seguir mereciendo aquella reputacion. La isla de Cuba no ha producido esas cantidades en ninguna época, ni aun en las más prósperas y florecientes. No existe una verdadera estadística ni mucho ménos reciente, en que poderlo fundar; pero el último trabajo de esa índole que se llevó á cabo en tiempo del Intendente Sr. Conde de Armildez de Toledo arrojó un producto general de trescientos siete millones, y ciento treinta y dos y medio líquidos; pero aquel trabajo adoleció de defectos que se fueron conociendo, despues de realizado por personas poco entendidas, y con datos á todas luces equivocados, y aun su propio autor tuvo la buena fé de manifestar su desconfianza en las cifras y en los datos que publicó. Es preciso además tener presente cuánto han variado las circunstancias y condiciones del país, por efecto de la guerra: dos Departamentos, el del Centro y el Oriental están casi arruinados; en las Villas, uno de los territorios más ricos y productivos del país, los incendios han devorado considerable número de fincas productivas, perdiéndose edificios y maquinarias por valor de muchos millones; la falta de brazos cada día más sensible hace cara la produccion en todas partes y casi es imposible en algunas; los grandes donativos, las cargas impuestas á muchos agricultores por la necesidad de defender sus propiedades y de atender á las tropas que recorren el país; las cosechas poco favorables de los últimos años; la competencia de otros azúcares en los mercados europeos; lo crecido de los impuestos antiguos que han encarecido notablemente la vida y en mucha proporcion los gastos de explotacion; todo esto junto ha hecho mermar considerablemente, así la produccion general como la líquida de la agricultura, y por consiguiente, las de la Industria y del Comercio que viven de los productos de aquélla. Por otra parte, la desconfianza en el porvenir y la inseguridad presente han hecho emigrar cuantiosos capitales, y que pocos ó ninguno dediquen los suyos al fomento de la agricultura, base única de nuestra riqueza y prosperidad. No podemos

graduar hoy el producto total de toda nuestra riqueza en más de ciento diecisiete millones de pesos en oro al año distribuídos en esta forma:

| | | |
|--|-----|-----|
| Azúcar, miel y aguardiente..... | 70 | |
| Tabaco..... | 12 | |
| Cultivos menores..... | 5 | |
| Propiedad urbana..... | 10 | |
| Comercio é Industria..... | 20 | 117 |
| <hr/> | | |
| De los que deben deducirse: los gastos de explotación que no pueden calcularse en ménos de | | |
| 65 p.⊘ en el azúcar, miel y aguardiente..... | 56½ | |
| 25 p.⊘ á la riqueza urbana..... | 2½ | |
| 50 p.⊘ á la Industria y Comercio..... | 10 | |
| Y por eventualidades de que hablaremos en seguida | 10 | 79 |
| <hr/> | | |
| Renta líquida imponible..... | | 38 |

millones. No pretendemos en estas cifras presentar el cuadro matemáticamente exacto de la producción general del país; pero en vista de los muchos datos que hemos recogido, de lo que nos han informado las personas más competentes en cada ramo y en cada localidad, de lo que arroja de sí el movimiento de las importaciones y exportaciones, de los mismos datos de que se vale la Administración, podemos asegurar á los Señores Diputados que el error que puedan contener esas cifras en nada ó en muy poco alteran su valor, no habiéndonos fijado para apreciar la producción de ningún ramo, en los años de mayor prosperidad para cada uno, como tampoco en los ménos favorables. Dirémos algo sobre esos diez millones que hemos estampado para eventualidades. Nada es más prudente ni más justo: cualquiera fenómeno atmosférico y las alteraciones naturales del tiempo causan pérdidas de mucha consideración en las producciones agrícolas, y por consiguiente, en las utilidades de la industria y el comercio.

Admitida esa cifra de producto líquido y manteniendo el tipo de

30 p.8, que pudiéramos muy bien llamar tipo de guerra, para la exaccion de la contribucion directa, y aunque aquella cifra pudiera apreciarse en algunos millones de pesos más, nunca podrá ni llegará á producir ninguna contribucion directa arriba de 12 á 13 millones; todo lo que se calcule más de esa cifra será pura ilusion, números sobre el papel, cuotas incobrables, vejámenes sin utilidad para el Tesoro, copiosa recaudacion de descontento, no poca de justas lágrimas é inevitable ruina, y escasa para el apurado Tesoro de la Isla.

Preciso es que los Señores Diputados tengan en cuenta al apreciar estos razonamientos que el país paga por otros conceptos 39 ó 40 millones de pesos en esta forma:

25 por Aduanas
7 por rentas terrestres, y
7 por loterías,

y además, no ménos de tres millones por contribuciones municipales. En resúmen: todo lo que es posible hacer producir al país para el Tesoro público en razon á las circunstancias y mientras éstas duren, manteniendo el actual arancel de importacion y exportacion, verdadera máquina de estrujar la riqueza de un país,—cuyos tipos no se conocen en ningun arancel del mundo,— que, por un lado recargan monstruosamente todo lo que sirve para el consumo y para la explotacion de la agricultura,—pues en este país, Señores Diputados, por efecto de la guerra, hoy todo se importa, . . . hasta las carnes y sólo se producen azúcar, tabaco, algun maíz, poco arroz, hortalizas y otras plantas, y que por otro lado, merma el valor de los productos que se exportan; no es posible, decimos, Señores Diputados, obtener para el Tesoro más de 50 millones de pesos al año.

No siendo, como no lo es, sin duda alguna, posible hacer producir á la Isla una suma mayor de la indicada, y como por otra parte, no ha de ser dado suprimir las necesidades que crea para el Tesoro la guerra ahora y las consecuenencias de ésta luego, preciso es pensar en otro medio que sin privar al Erario de los recursos indispensables no sea atentatorio á la riqueza general ni monoscabe la produccion, ya bien

lastimada por cierto. Vamos á estampar la palabra *economías* por más que tengamos la convicción de lo difícil que es hacerlas de una manera acertada siempre, y en la suma necesaria cuando ésta es considerable, así como también por el descrédito que ha caído sobre ese medio de allegar recursos y que sin embargo parece como que debiera ser el más natural y el primero á que debiera apelarse en circunstancias semejantes á las que hoy nos afligen. Esa incredulidad general que pesa sobre ese procedimiento, nace únicamente de la manera como las más veces se ha realizado. Aquí, por ejemplo, el Sr. Comisario Regio lo empleó suprimiendo un número más ó ménos considerable de empleados para sumar una cifra que llegaba próximamente al 2 p.8 de los gastos calculados por el mismo, suma apenas perceptible en la enorme masa de los gastos y que en poco ó nada alteró las cargas del Tesoro. Las verdaderas economías, las grandes economías no son las que se hacen suprimiendo algunos empleados en diferentes oficinas; las economías grandes y eficaces se hacen cambiando el sistema establecido y el régimen administrativo en todo lo que no es esencial para la vida de los pueblos; lo contrario, al cabo, tiene que desaparecer, como ya han desaparecido la mayor parte, si no todas, de las reducciones planteadas por el Sr. Rubí.

Basta echar una ojeada sobre los formidables guarismos que componen el presupuesto de gastos, hoy vigente, para comprender que con rebajar algunas partidas en determinadas dependencias del Estado, no se puede llegar á nivelar los gastos con los ingresos. Según los datos publicados por el Sr. Rubí, los gastos calculados, tanto para el servicio ordinario como para el extraordinario de guerra, alcanzan á la enorme suma de ochenta y un millones novecientos treinta y nueve mil seiscientos diez pesos en oro. Incluía el Sr. Rubí en su estado cinco millones de pesos para las atenciones de la deuda que pensaba crear, suma que no puede rebajarse ya, en atención á que los intereses y la amortización del empréstito realizado con el Banco Hispano Colonial no bajarán en los primeros años de tres millones de pesos, y que existen deudas que, aunque abandonadas por el momento, será forzoso destinarles sumas que quizás excedan de los dos millones restantes, sin contar el aumento que se pretende dar á la cifra del

último empréstito. No discutiremos tampoco la exactitud del cálculo de los gastos extraordinarios de campaña (guerra y marina) que el Sr. Rubí hacía ascender á sesenta y tres millones trescientos cincuenta y seis mil novecientos diecinueve pesos, aunque pudiéramos asegurar al Congreso que en el momento presente, en atención y con motivo del considerable aumento que han tenido las fuerzas de mar y tierra en los últimos meses, debería importar más de aquella suma lo que en realidad se invierte en esas atenciones.

¿Creen los Señores Diputados, que es posible continuar en la situación que las cifras estampadas arriba arrojan de sí? ¿Creen los señores Diputados, que se pueda continuar conllevando un déficit anual de treinta millones de pesos que existe hoy, déficit que ahora se conlleva con los recursos del último empréstito, debiéndose algunos meses al soldado que se bate, cuatro ó cinco á los funcionarios públicos, no pagando los intereses, no haciendo la amortización prometida á deudas contraídas en virtud de disposiciones del Poder Soberano, dejando de satisfacer otras contraídas en momentos muy críticos, y para atenciones muy preferentes, y manteniendo al Banco Español en una situación llena de peligros por haber prestado al Gobierno todo su capital?

Tenemos la seguridad de que los Señores Diputados responderán con nosotros que no es posible por más tiempo mantener este prodigio de equilibrio sin exponernos á un grave conflicto, mucho más peligroso que la misma guerra. Apelar al crédito nuevamente ni es posible hacerlo en la cantidad necesaria ni patriótico intentarlo, pues se comprometería seriamente nuestro porvenir sin utilidad alguna para el presente. Preciso es pensar con madurez lo que conviene realizar; pero, teniendo en cuenta lo apremiante de las circunstancias y lo urgente que es poner eficaz remedio al mal que nos aflige.

Los que suscriben, penetrados profundamente de la gravedad que tiene la situación expuesta y después de haber hecho un estudio detenido de los medios, en su sentir indeclinables, para obtener el resultado necesario, con todo el respeto que el Congreso les merece, acuden á su sabiduría para suplicar que se oigan sus avisos y se tengan en cuenta sus indicaciones.

Piden en primer lugar, que las Cortes se ocupen con la posible preferencia, de la situación económica de Cuba. La política del silencio y del misterio sostenida de buena fé hasta aquí, como la más prudente y patriótica, continuada, pudiera traernos á una situación verdaderamente insoluble. Estudien, discutan, legislen los Cuerpos Colegisladores sobre la cuestión financiera de Cuba. Si esta Isla no se encuentra por el momento en situación conveniente para tomar parte en esos trabajos, háganlo los Representantes de las demás provincias españolas; pero no se nos deje por más tiempo abandonados á la acción única del Gobierno. Preciso es que la luz penetre en ese caos que ha ido formándose al rededor nuestro; preciso es que se nos administre de una manera ordenada, adecuada á nuestras necesidades y sin los cambios y mutaciones que han producido plétora de gobernación, aumento de gastos y falta de estabilidad y de acierto. La isla de Cuba, Señores Diputados, por más que otra cosa quiera sostenerse, se diferencia mucho de las otras provincias españolas, por su clima, por lo escaso y heterogéneo de su población, por la índole misma de sus producciones, de sus industrias y de sus necesidades; por la manera como fué siempre gobernada, por las tradiciones mismas que fueron formando los tiempos y las circunstancias, por las distintas y encontradas corrientes de ideas políticas, sociales y económicas reinantes; por todo, en fin, lo que la constituye, se diferencia de todas las provincias españolas mucho más que éstas mismas entre sí. La isla de Cuba debió en gran parte su prosperidad á los favores con que fué tratada por el Gobierno de D. Fernando VII: aquel Gobierno, que mantuvo con mano firmísima su dominación aquí, concedió cuantas franquicias eran compatibles con aquélla. Puede decirse que entonces existía una saludable y prudente autonomía en la isla de Cuba, cuando no se conocía esa palabra ó no significaba lo que hoy. El recuerdo de la Junta de Fomento, en mal hora suprimida, cuando pudo haberse mejorado, y otras muchas novedades introducidas después, hacen á todos recordar con cariño aquellos tiempos: entónces los gastos públicos se mantuvieron siempre en una cifra verdaderamente modesta; el país atendía por sí mismo á todas las mejoras que las necesidades de los tiempos exigían, y todavía hubo un sobrante que llegó á ser de cuatro millo-

nes de pesos algun año, y que en conjunto se elevó á más de ochenta millones que se remitieron al Tesoro de la Península.

Piden los que suscriben que sin volver enteramente á lo que existía en los tiempos á que hemos hecho referencia, porque tal vez hoy las necesidades son otras, estudie el Congreso, si no sería conveniente suprimir el Ministerio de Ultramar, que tan poco ha correspondido á lo que sus creadores se prometieron, y que, por el contrario, ha sido fuente inagotable de perturbaciones en todos los servicios públicos. Estudien los Señores Diputados, si la organizacion administrativa trasplantada de Francia á España, y sin ningun criterio de España á esta Isla, donde es completamente repugnante á sus hábitos y tradiciones, no podría reorganizarse de una manera mucho más simple y económica, suprimiendo todos esos centros que viven ahogados en los expedientes y que ningun progreso moral ni material han realizado desde su creacion. Mediten los Señores Diputados sobre una innumerable cantidad de servicios que ningun beneficio nos producen y que cuestan sumas considerables.

Y tocando el punto más delicado de cuantos tenemos necesidad de abordar, rogamos á los Señores Diputados que mediten sobre el sistema seguido aquí en lo tocante á las cosas de la guerra desde que ésta principió, y cómo han venido creciendo de dia en dia los gastos de guerra y marina del presupuesto. Si, por desgracia, la lucha hubiera de continuarse, sería preciso considerar que la existencia de un numeroso ejército no es compatible con nuestros recursos pecuniarios y forzoso buscar el medio difícil, pero no imposible, de hacer la guerra de una manera más económica.

Si los Señores Diputados estudian con detenimiento los renglones y las cifras del actual presupuesto, verán que no es imposible llegar á obtener en las secciones primera, cuarta, sexta, séptima, octava y novena, que abrazan los servicios civiles, los económicos, los de un fomento que nada fomenta, y otros gastos que no nos pertenecen exclusivamente, una economía de más de tres millones de pesos, dejando todavía una cifra muy superior á la que tenían señalados esos servicios ó sus semejantes hace pocos años.

Trasladándonos á las secciones tercera y quinta, transformando la

llamada administracion militar, reduciendo el ejército á una cifra compatible con nuestros recursos, estableciendo un régimen administrativo severo y la responsabilidad más efectiva en cuantos en él intervienen, reduciendo el número de buques á los necesarios para el servicio permanente de las costas de la Isla, —puesto que ninguna guerra exterior nos amenaza, ni ninguna eventualidad puede sorprendernos de manera que no puedan los buques, verdaderamente de guerra, acudir con la presteza necesaria, salvando la distancia que nos separa de la Madre Patria; reduciendo á sus verdaderas proporciones el Estado Mayor de la Armada, —teniendo en cuenta que esto no es un Departamento, sino simplemente un Apostadero naval, y reduciendo el Arsenal á la condicion de simple carenero para las reparaciones indispensables y urgentes que necesiten los buques que queden en estos mares, verá el Congreso, decimos, que no es imposible reducir los gastos de esos dos departamentós en unos veinticinco millones de pesos, sin descender quizás todavía por eso á lo que han necesitado en otros años, en que, como hoy, había que vigilar las costas, contener y perseguir por tierra á los rebeldes.

Quisiéramos poder entrar en detalles y pormenores para hacer ver al Congreso de qué manera han ido creciendo anualmente los gastos de la campaña hasta llegar á la enorme cifra que hoy se emplea; pero el deseo de no alargar esta Exposicion, y la seguridad de que mejores datos que nosotros podrán proporcionarse los Señores Diputados, nos mueve á limitarnos á estas meras indicaciones.

Por último, se atreven los exponentes á pedir al Congreso que se aplique á esta Isla con todo rigor la ley de contabilidad que rige en la Península; que cada año se formen los presupuestos en tiempo oportuno; que se lleven las cuentas con el orden y rigor que en la Madre Patria; que se examinen administrativa y judicialmente con la prontitud y eficacia que se emplea allá; que el Congreso y el Senado discutan y aprueben cada año los presupuestos de gastos y de ingresos; que por ministerio de la ley se prohíba la concesion de facultades á las autoridades locales para establecer impuestos, cambiar su forma, hacer empréstitos más ó ménos voluntarios ó forzosos, y la libre facultad, en el Ministro ó Ministros encargados de la goberna-

cion de Ultramar para variar la organizacion administrativa, crear nuevas oficinas, aumentar los servicios establecidos, modificar los impuestos ó establecer otros nuevos y sobre todo para nombrar discrecionalmente y separar empleados.

Pudiéramos Señores Diputados, hacernos cargo ahora de otras reformas de más importancia, que el tiempo y la paz harán posibles y provechosas; pero en estos momentos, nos limitaremos á indicar la necesidad de dar al país, en una forma conveniente, alguna intervencion en los negocios de su vida económica y administrativa. Nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestra honra no nos pertenecen; pertenecen á la Patria: estamos dispuestos á sacrificarlo todo; pero tambien, Señores Diputados, creemos tener derecho á que esos sacrificios no sean estériles, á que no nos conduzcan á una ruina inevitable, y á que no se distraigan del objeto y el fin á que se destinan; y para ello creemos necesario que se nos dé alguna participacion en la manera de exigirlos y de emplearlos, estableciendo una amplia y continúa publicidad en todas las operaciones económicas y concediendo la latitud posible á la Prensa para discutir todos los actos administrativos, para que se ilustre así, la opinion del país y la conciencia de los encargados de la alta gestion de nuestros intereses.

El Congreso, con su ilustracion y patriotismo, estudiará y decidirá lo que crea más conveniente á los intereses de la Patria y á los de esta hoy desgraciada Provincia, teniendo en cuenta, más que las aspiraciones de partido, los elevados intereses de nuestra política, de nuestra industria, de nuestra agricultura, de nuestro poder é influencia en el mundo.



RESEÑA HISTORICA

DEL MOVIMIENTO LITERARIO DE LA ISLA DE CUBA.

(1790-1890.)

III.

POESIA.

A generaciones de rápsodas y versificadores que hormiguan en el crepúsculo de la colonización, y que ensayan todos los géneros, desde el épico hasta el dramático, período de tanteos en que lo que priva, sin sobresalir, es la poesía popular, informe y chabacana, suceden dos poetas verdaderos en los cuales comienza y termina un ciclo de la poesía española. El uno continúa una tradición ya expirante en España, el otro es más bien el de la transición, antes por el temperamento que por el carácter de su poesía.

Manuel de Zequeira y Arango, soldado y poeta, siguiendo las huellas de Ercilla, compone entre otros los siguientes cantos épicos: *Batalla naval de Cortés en la Laguna; Primer sitio de Zaragoza; A Daoiz y Velarde*. Las dotes del poeta convenían al género; en lo general es inspirado y valiente, pero adolece de frialdad y amanera-

miento, de extravagante y prolijo. Zequeira es, ante todo, un imitador de los clásicos de la edad de oro; cuando espera la hora de la inspiración y pule sus concepciones, produce verdaderas obras maestras dentro de la escuela que sigue: tales son la deliciosa égloga *Albano y Galatea*, y el soneto que juzgamos acabado, que lleva por título *La Ilusión*.

Manuel Justo Rubalcava, traductor y admirador de Virgilio, sobresale en lo moral y en lo bucólico; sus trabajos de más mérito son *La muerte de Judas*, poema; *Riselo, Cloris y el Poeta*, égloga; *A la noche*, elegía; y una colección de silvas. Rubalcava, como Zequeira su coetáneo, es un discípulo de los clásicos, maneja con maestría el terceto, metro que ha privado poco en la poesía cubana, cultiva la poesía bucólica en la cual no tiene sucesores ni iguales en nuestro Parnaso, y es de ordinario pintoresco, tierno, musical y melancólico. Zequeira y Rubalcava, en suma, repiten en su patria los primeros y los últimos acentos del clasicismo, y quedan aislados sin herederos ni imitadores en la familia de nuestros bardos.

El genuino poeta cubano, expresión fiel de su raza, de su pueblo, de su momento histórico, es un privilegiado del genio, es José María Heredia. Horacio, Meléndez, Cienfuegos, Jovellanos, pero más que ellos Lord Byron y Quintana, contribuyen con su influencia más ó ménos intensa á formar su estética desigual y desordenada, á la vez clásica y romántica, y que no se recata á los vicios artísticos de su época. Las creaciones más selectas de su musa son *Niágara* y *En el Teocali de Cholula*, y en segundo plan *Al Océano*, *Al Sol*, *A la Noche*, *En una tempestad*, *Melancolía*, *A Emilia*, y casi todas sus *Poesías Patrióticas*. La vida de Heredia es un torbellino: á los veinte y cinco años, con fortuna varia, había sido abogado, soldado, viajero, profesor de lenguas, diplomático, magistrado, historiador y periodista. Las tempestades de su vida se reflejan en sus obras, en el lirismo arrebatado de sus cantos, en los vuelcos de sus ardorosas pasiones. Esencialmente subjetivo, expresa sus emociones como se incuban en su alma, sin reservas ni artificios, con solemne acento pindárico, primero como el himno de gloria de un ideal perseguido y amado con vehemencia, después como la doliente elegía de ese mismo ideal des-

vanecido con sus promesas y sus ensueños. Heredia es, en el mundo del arte y de la historia, el ilustre primer representativo del separatismo cubano. Su génio lírico es el verbo melodioso y magnífico de su férvido patriotismo. Los primeros azares de su vida, las amargas decepciones que el gobierno de España inflinge á su virtuoso padre, los sucesos que se desarrollan en el Continente, y posteriormente, el suplicio de Riego y la restauracion de la tiranía de Fernando VII, uniéndose en su temperamento fogoso á su lúcida observacion y á las cualidades étnicas favorecidas por la educacion, determinan en él la transformacion del liberal austero y ardoroso en el revolucionario denodado que fragua planes de rebelion contra el dominio de España á la vez que se erige en el bardo del ideal que, con el amor, consume y agota prematuramente sus preciosas energías. La asociacion conocida con el nombre de «Soles de Bolívar», y cuyo plan consistía en llevar á cabo la independendencia de Cuba, con el auxilio de México y Colombia, tuvo en Heredia su afiliado más entusiasta. Malogrado el proyecto, Heredia se refugió en los Estados Unidos. Seis años despues toma parte activa en otra conspiracion, la del «Aguila Negra», que tambien se resuelve en un fracaso. Su lira es una trompa guerrera, clama impaciente porque sus hermanos acudan á la arena para romper el cetro secular de los monarcas españoles, pero á las notas vibrantes de su clarin responden el miedo ó la indiferencia; sus compatriotas, en vez de verter sangre de tiranos, «en la vil servidumbre con más profunda ceguedad se hundieron». Entonces, desesperado y triste, arranca de su arpa la cuerda épica, porque en su alma ha muerto la fibra bélica, pero perdura, hasta que muere á los 36 años, el amor á la patria, á cuyo nombre se arrasan de lágrimas sus ojos anhelantes, y que, como un dia al borde del prodigioso Niágara, se ofrece siempre á su espíritu, en símbolo magnífico, con su aureola de sol, con los contornos y armonías de su exuberante flora. El verbo por excelencia de la Poesía en Cuba es el verbo del alma cubana: el creador podrá desesperar de su obra, pero su obra es imperecedera: nuestra poesía civil ve en él su Musa y su maestro, y por sí y sus discípulos, Heredia influye en la conciencia cubana, en el desarrollo de la tendencia separatista que él magnifica en la region del arte. Otras generaciones, repitiendo

con unción sus cláusulas de fuego, desnudarán el acero, realizarán la epopeya contra España como él soñó realizarla.

Heredia auna en su imaginación el sentido pictórico y el sentido trágico, ó en otros términos, ve los colores en la naturaleza bajo un prisma sombrío. Por lo pictórico, inaugura uno de los caracteres de la poesía cubana, que explican el consorcio de la raza y del medio físico: la tendencia descriptiva. Heredia, en efecto, es un pintor del Mediodía, enamorado de la luz, colorista delicado y sobrio, con un rasgo reproduce un paisaje, como el cuadro del ocaso visto desde la pirámide azteca. Desordenado é impetuoso jamás es excesivo ni falso en la pintura. Pero su paleta es como velo irisado con que encubre el alma de las cosas, que escruta y desentraña por impulsos de su temperamento, sino es un medio que utiliza para evocar y restaurar el íntimo panorama de sus pasiones, Misántropo por las luchas de su corazón, de suyo dado á la melancolía, el vértigo de las luchas por la libertad que desde hora temprana le obliga á huir, como de una catástrofe, del drama que se desenlaza en la isla de Santo Domingo, los amargos desengaños de sus propios empeños políticos, su lirismo, todo contribuye á crearle una visión trágica del mundo, en la cual entran como factores su alma volcánica y las fuerzas ciegas de la naturaleza. El volcán, la cima estupenda, la catarata soberbia, el océano encrespado y furioso, el huracán desalado, los mugidos del rayo, las inmolationes de los verdugos de la humanidad, el martirio del negro, las luchas encarnizadas por la libertad: tal es la fuente copiosa de su inspiración, lo que más emociona su alma, el patrimonio de su arte, el aspecto por el cual mira los hombres y las cosas, asociándolos en su turbulenta fantasía. De aquí la vehemencia de sus anatemas contra España, legitimados por el momento histórico en Cuba y en la América del Sur, por sus ambiciones de Libertador, su anhelo constante de una lid sangrienta que consagrara la personalidad política de Cuba, su afán de exterminar «el génio del mal», que veía encarnado en la dominación de España. Fué, por lo mismo y al propio tiempo, el bardo del alma de América opuesta al alma del mundo antiguo hierático y guerrero. En su lira vibró por vez primera el gemido del esclavo, y el grito audaz de la altivez cubana retando al combate al

poderío de España. Rara es su composición amorosa, aun la más lánguida y erótica, en que no asome la imagen de su patria, en que no se reproduzcan sus delirios de patriota. Su poesía fué al santuario de donde había salido vaga y sin formas: al corazón de sus hermanos; su lira, muda y rota, irá como reliquia sonora, vibrando de mano en mano, prolongando una tradición poética que él saca de las entrañas de su pueblo. La sensibilidad cubana estaba preparada para asimilar-se las emociones del poeta; por tal motivo la influencia de Heredia en la constitución de nuestra psicología corre paralela á la de Luz, con la cual se confunde, y á la de Saco, que es su antítesis profunda.

Por el calibre de su poesía civil y por su mérito de artista, corresponde el segundo lugar á Joaquín Lorenzo Luáces, poeta simbólico, de poderosa imaginación plástica más que colorista, de forma escultural, griega, majestuosa y rotunda, cincelador que á veces parece un parnasiano, influido por Quintana y Heredia, que como ellos es de la raza de Píndaro y Tirteo, y que en sus arranques y por algunas de sus cualidades es el hermano y aun el rival de Heredia. Su vida de cartujo de las letras se desarrolla oscura y modesta en la paz de su hogar, bajo la mirada suspicaz de los esbirros del Adelantado, en época en que el pensamiento era un pecado original. Por esta circunstancia, que acaso favorece á la plasticidad de su imaginación, escoge el símbolo, y canta á Cuba, sueña en glorias épicas, en vindicaciones, rebeldías y resistencias, entonando himnos de heroísmo griego, polaco ó hebreo. En su eterna y trágica visión de un porvenir belicoso, hebreos, polacos y griegos son representaciones simbólicas de los futuros cubanos, encarnando en filisteos, rusos y turcos, á los opresores de su pueblo. *La Caída de Missolongi; A Varsovia; La Oración de Matatías*, dan de ello altísimo y cumplido testimonio. Heredia, acérrimo latino, pregunta, fatigado y escéptico, si solo entre cataratas y desiertos pudo Natura producir un Washington, y Luáces, en bíblico treno, augura la rebelión y pide al Señor un varón fuerte como el Intonso que sembró la muerte y el terror en los enemigos del pueblo escogido. Heredia fulmina sus anatemas desde el extranjero, Luáces desde un rincón de la isla, por lo cual tiene que poner carátula griega ó polaca á sus emociones. Como Heredia, lleva

á doquiera que lo arrastre su musa el culto á la patria, que es su obsesion más constante, como en la severa elegía *A la muerte de don José de la Luz Caballero* y en su valiente y majestuosa oda *Al Trabajo*. Luáces muere la víspera de la revolucion de Yara, viniendo á ser, con Heredia, su precursor en el campo del Arte. Pero la verdadera é incontestable superioridad de Luáces estriba en su amor á la forma y en la riqueza de su inventiva. Su cincel y su paleta lo mismo trabajan la pirámide y el lienzo gigante que la acuarela y el camefeo. De miniaturista exquisito lo acreditan sus sonetos, particularmente el titulado *La salida del cafetal*. Luáces explota con provecho y habilidad suma los tesoros de armonías, colores y formas de nuestro idioma; á ocasiones exagera esta facultad y su verso parece obra del martillo y el yunque. Su imaginacion aventaja á la de Heredia en la riqueza y en las concepciones. Luáces, en suma, es el artista por excelencia de nuestra poesía política como Heredia es su génio.

Influido por Milanés, cultivó Luáces la poesía moral, pero su musa. amazona antes que virgen, fracasó al vaciar en la rima la letra del Evangelio. Produjo en el género, sin embargo, una obra de mérito, *La vida*, meditacion grave, severa y melancólica, y en la que sigue de cerca á Luis de Leon y Jorge Manrique. Legó Luáces una coleccion de anacreónticas que pueden citarse como florilegio, pues que forman un prototipo de correccion. El objetivismo de Luáces es tan grande como profundo el subjetivismo de Heredia; Luáces llega á la tragedia, Heredia es solo un excelente traductor de dramas. Heredia es más apasionado y amoroso, las pasiones de Heredia son una mezcla de deificacion y sensualidad, las de Luáces más espirituales y refrenadas. Luáces, además, ensaya un romancero de carácter bucólico, escribe un poema titulado *Cuba*, leyendas, odas á *Ciro Field*, á *Lincoln*, á otros héroes y á otras conquistas de la época, pero la dominante de su poesía es lo épico y lo trágico vaciados en una forma helénica, parnasiana, que no supera en conjunto ningún otro poeta cubano. Su influencia como poeta político es menor que la de Heredia, pero acaso lo aventaje en ascendiente por su arte.

Milanés, que Luáces escoge por Modelo en la poesía docente, no es poeta civil, y, sin embargo, una de sus más selectas composiciones

es un canto político, su *Carta á Rodriguez Galvan*, voto de adhesion profunda á la causa de la emancipacion de su patria. Ramon de Palma, en quien concurren las mismas circunstancias que en Milanés, hace culminar su talento poético en un canto civil que es, por excepcion, el único himno que entona la musa cubana á la tendencia anexionista: es la poesía *Destinos de Cuba*. Pedro Santacilia, en el cual es más permanente la aspiracion política, no tiene en toda su obra concepcion que pueda hombrearse con su oda *A España*; Miguel Teurbe Tolon, que supera á Santacilia en el ingenio y la pasion, cultiva con más éxito aun el género, en el cual produce concepciones del brío y pureza del soneto *Juramento*. El mismo *Plácido*, que por los cambios que le imponía su condicion no puede en rigor ser comprendido en la escuela, no obstante su elevado tono épico, cuando piensa y siente como poeta político cubano, arranca á su arpa los mejores sonidos. La página de oro de Jerónimo Sanz es una elegía política: *En la tumba de un esclavo*. Mendive, Turla y otros, antes de 1868, con más ó ménos éxito, rinden culto á la musa del patriotismo. Fornaris compone un poema emblemático, *Cantos del Siboney*, que no debe incluirse en la escuela, porque la ejecucion no correspondió á sus propósitos. Después de Heredia y Luáces, los que le suceden en la poesía civil son José Agustin Quintero y Juan Clemente Zenea, durante el período revolucionario Luis V. Betancourt, Antonio Hurtado del Valle y José Joaquin Palma, y después de la guerra Enrique José Varona y Aurelio Mitjans.

José A. Quintero, que residió largo tiempo en los Estados Unidos, donde cultivó la poesía de carácter bíblico en el idioma de Poe, y á la que legó una joya en su soneto *Jerusalen*, es autor de *Patria*, que parece inspirada en Longfellow, *A Miss Lydia Robbins* y de *El Banquete del Destierro*, canto heróico, lúgubre y solemne como el coro funerario de las mujeres griegas. Sus versos andan esparcidos en periódicos, esperando manos piadosas que los coleccionen. Su forma es áspera y ruda á ocasiones, forja el verso, es más plástico que colorista ó musical, su emocion contenida, pero honda y vibrante, más que varonil es guerrera, en la guerra y sus atributos halla sus mejores símiles y le proporcionan sus rasgos más inspirados.

Juan Clemente Zenea sigue en mérito á Luáces y tiene en el género, por su aureola de mártir y el carácter peculiar de su poesía, fisonomía distinta. El primer modelo de Zenea es Lamartine, el segundo y á quien más sigue, Alfredo de Musset. Zenea es, sin disputa, nuestro primer poeta elegíaco: su romance *Fidelia* es una elegía modelo, como su famoso *Nocturno* que cabe entre sus poesías políticas. Como artista, es de la raza de Luáces, como éste es correctísimo, puro, sobrio, exquisito. Falta á su arpa la cuerda de bronce de Luáces, á su musa el vuelo de la musa andina de Heredia, pero su poesía civil, como la de Palma y Betancourt, es un lamento, un sollozo desgarrador, que interrumpe á veces una imprecacion, un alarido. El eterno femenino le cuenta entre sus verbos, aunque se encarna mejor en Palma. *En dias de esclavitud* y el *Diario de un martir*, que son como pequeños poemas subjetivos, constituyen su limpia ejecutoria de poeta civil, y exponen, á la vez, un momento de la conciencia cubana. El primer poema es un himno melancólico; el segundo, *Diario de un martir*, expone las íntimas congojas del poeta durante los ocho meses que permaneció en un calabozo, en el que entró con el cabello negro, y del que salió con la cabeza cana para caer fulminado por balas españolas, como 27 años antes había caído *Plácido*, víctima de la infamia y la codicia de un procónsul. El nombre de Cuba no aparece en el fúnebre y doliente poema, pero si afronta el martirio como un estoico, si se resigna al sacrificio, lo hace en nombre y por devoción á la patria. La musa cubana no ha vertido jamás lágrimas como las que destilan esos versos postreros de Zenea.

Luis V. Betancourt, legislador en la revolución de Yara, sobrio y, en lo general, correcto, célebre por sus regocijadas sátiras de nuestras costumbres, por el chiste facil y espontáneo que heredaba de su padre, justamente reputado en el género festivo,—es melancólico y gemebundo en la poesía civil, elegíaco inferior á Zenea como artista, pero vehemente, tierno, conmovedor. *Simpatías del destino*, *A una cautiva*, escritas á la lumbre del vivac, con otras de carácter jocoso, forman su vagaje de vate político.

Antonio Hurtado del Valle, conocido por *El Hijo de Damuji*, arrullador como Betancourt, que como él componía sus versos en los

campamentos, es autor de un *Himno* patriótico, melodioso y pintoresco y de una réplica, de corte y sabor oratorio, encendida de patriotismo, en que impugna cantos bélicos del poeta español Francisco Camprodon.

José Joaquín Palma, que viene de Zorrilla, su antecesor en la raza, que como su maestro y precursor es un caso singular de imaginación auditiva y un fenómeno de atavismo del trovador de los tiempos medios, como poeta civil está al lado de Zenea, si no lo supera por algunas cualidades de fondo. Su obra maestra y típica, *Tinieblas del alma*, un delicioso poema melódico, término indefinible en que acaba el poeta y surge el músico. Nacido en la cuna de la revolución, que vio estallar, crecer y declinar, por su genio poético es el trovador de la guerra. Canta á Céspedes, canta en las visiones del triunfo, canta en la aurora y llora en el ocaso de aquel esfuerzo, depone corona de adelfas en la tumba de los mártires de 1871, y cuando se ha consumado el fracaso increpa á la patria con enérgicos y arrebatados acentos. Toda su obra, sean cuales fueren los afectos predominantes, es una elegía delicadísima; sus rugidos se desvanecen en ayes, sus imprecaciones en doloridos sollozos. Hay una compenetración absoluta entre su imaginación, que traduce en melodías sus impresiones, y la lánguida y melancólica ternura de sus emociones.

Después de la guerra, continúa la tradición de la poesía civil Enrique José Varona. En sus narraciones en verso, verdaderos pequeños poemas que por su índole tanto se alejan de los de Campoamor, y que tituló *Paisajes Cubanos*, sobresale el poema social *Bajo la capa del cielo*, y en sus demás poesías el soneto *El Tango*, *Dos voces en la sombra*, *Crispulo domador*, *Ignacio Agramonte*, *Pirrón*, y la poesía simbólica *Herculano*. Varona, artista de fondo, reflexivo y sintético, es el poeta filósofo de la escuela civil: *Bajo la capa del cielo*, es un episodio característico de la esclavitud; *El Tango*, una miniatura del proceso de la colonización española; *Dos voces en la sombra*, el diálogo trágico entre el poeta y el alma de la patria.

Aurelio Mitjans, que suscribía sus poesías patrióticas con el pseudónimo de *El Camagüeyano*, es el primer poeta de la revolución porque es el primero que acude á sus hechos para buscar en ellos te-

mas á su inspiracion. *La última carta, La Piamontesa, A la Patria, El Héroe oscuro, Recuerdos, A Milan, La Rosa marchita*, con la elegía *A Ignacio Agramonte*, fueron sus trabajos más selectos en la escuela y los cuales proyectaba coleccionar con el título de *Recuerdos del tiempo heróico*, cuando lo postró la muerte, á la edad de veinte años. La poesía heróica fué el último destello de su cultivado talento. Mitjans, poeta. objetivo, atildado, de ordinario retórico y frio, supo elevarse al nivel del asunto en la poesía política, y con el estro del bardo tuvo la estrofa vibrante y encendida para el más levantado de los ministerios de la Musa. En él termina la familia de nuestros poetas civiles. La misma manifestacion, más rica, amplia y adecuada á las etapas de nuestra evolucion social, aparecerá en la novela y en la oratoria.

El lírico que sigue á Heredia en el tiempo y en el génio es Gabriel de la Concepción Valdés, más conocido por el pseudónimo *Plácido*. Naturalmente ningún poeta cubano ha sido dotado de tan altas facultades. Murió en la fuerza de la juventud, estudió tarde y mal, vivió siempre en el pernicioso contacto de la hez de una factoría de esclavos, en medio una sociedad corroida por el mercantilismo, condenado á halagar al amo y al siervo, llevando en sus venas sangre española y sangre africana. Este cúmulo de circunstancias adversas explican su incorrección, su mal gusto, lo vulgar y pedestre de muchos de sus cantos, sus rebajamientos y sus altiveces, la variedad de los modelos que seguía sin más principio que la impresion inmediata, las luchas entre su genio y su cultura, entre el poeta y el coplero. Por lo mismo sorprenden su romance *Jicotencal*, que Góngora no hubiera superado; el sabor clásico de muchos de sus sonetos, como *El Juramento* y *La Muerte de Gessler*; sus cantos épicos, como *La Sombra de Pelayo*; *La Plegaria á Dios*, que escribió en la capilla y fué recitada hasta el sitio de la ejecucion; sus fábulas y epigramas, que se hombrean con los de Iriarte é Iglesias. Sus «Torpes lisonjas» á los magnates españoles, no son, en puridad, sino pretextos para componer fervorosas apologías de la libertad. Repentista de gran facundia, romántico de pura raza, verboso sin freno, queda en el dintel de la decadencia de la escuela sin contagiarse con sus extravíos.

Ramón de Palma, paladín del romanticismo, es un imitador de Heredia, hombre de carácter sombrío, de no comunes facultades aunque escaso de ilustración. Correcto y armonioso por regla general, sobresale en la poesía erótica. Dió á la estampa tres colecciones de versos, tituladas *Aves de paso*, *Hojas caídas* y *Melodías poéticas*.

Ramon Velez Herrera es un poeta de grande espontaneidad, rotundo y pintoresco, de una fecundidad de pradera del trópico, pero carece de concision, de energía en la frase, de plan de composición, de respeto á los fueros del arte. De su torrentera de versos no puede entresacarse una sola pieza que merezca los honores del arquetipo, compendio y cifra de sus facultades.

José Jacinto Milanés, aunque vivió hasta 1863, murió para las letras en 1843. Poseía gran instrucción y conocimiento de la poesía española, principalmente de la del siglo XVII. Siguiendo á Zorrilla, ensayó con poco éxito las novelas en versos; hizo de la moralidad el fin constante y principal de sus poesías líricas, sacrificando la belleza de sus mejores inspiraciones á la desacertada tendencia docente. Las estrofas de Milanés se suceden sin esfuerzo con sencillez encantadora, sirviendo de ropaje á una sensibilidad exquisita y candorosa, como lo evidencian *Lá Madrugada*, *Su Alma* y *El Beso*. Sus poesías amorosas respiran los sentimientos más castos y elevados. Hizo un sacerdocio de su misión de poeta, con lo que se compadecía su carácter serio, estóico, optimista y generoso. Así resulta, por excelencia, poeta social. Su ternura y la suavidad de sus versos le han conquistado en Cuba la palma de la popularidad, que lo coloca junto á Heredia y Plácido, con agravio de la Avellaneda y Luaces, y á los que no iguala ni en inspiración ni en corrección.

Francisco Orgaz, autor de *Preludios del arpa*, es un romántico desaforado, difuso, atolondrado, que en rima musical y hermosa vierte las tintas brumosas de un espíritu inquieto que esboza y no define sus propias emociones. Hueco, pomposo y desesperado por tradición de escuela, es un caso de representación de los defectos del sectarismo en poesía.

Leopoldo Turla, autor de *Ráfagas del Trópico*, por úkase de O'Donnell vivió y mirió en el destierro, pobre y desventurado. Su

mejor paesía, pura, dulce y sencilla como su alma, es la titulada *En la colina*.

Gertrudis Gomez de Avellaneda, llamada «el andrógino del talento, Byron y Mad. Staël á la vez», es eminente poetisa lírica, prominentemente poeta trágico y romancista excelente. «Nadie, en Cuba ó en el resto de la América latina, ha escrito como ella. Ni Baralt, ni el mismo Andrés Bello, á pesar de su cabal conocimiento de la lengua y de su sintaxis, supieron penetrar tan completamente hasta la esencia del genio literario español, y encontrar sin esfuerzo acentos tan genuinamente castellanos, tan parecidos á los de Fernando de Herrera y Luis de Leon, sin pedantesca afectacion de arcaísmo, con todo el calor y el vigor de la savia moderna», Sus modelos fueron sus consejeros y amigos Lista, Quintana y Gallego; pero es tan robusta su inspiracion que jamás se abate á la paráfrasis, siempre halla desusados acentos para elevar su voz por cuenta propia. La Avellaneda no tiene una sola de las cualidades que por lo general distinguen á las mujeres autoras. Milanés, Palma, Zenoa, tienen mucho más de femenino, más delicadeza y sutil penetracion. Su corazon no sintió nunca afectos dulces ó apacibles. En la más tierna de sus composiciones eróticas, inspirada por un desengaño, en vez de una patética elegía su corazon da un rugido de ira, un grito furioso de dolor. Escritas por un hombre, sus poesías llamarían la atencion por su entonacion, su lenguaje pomposo, su tono y su acento varonil. Por la forma, sobresale en el dominio perfecto y absoluto de la elocucion poética, elegante y sóbria; por la correccion, esmeradísima sin esfuerzo ni artificio. Sus más notables piezas líricas son: *Á la muerte de Heredia*, *Á la coronacion de Quintana*, *Á la Poesía*, *Á la tumba de Napoleon en Santa Elena*, imitacion libérrima de una oda de Lamartine; *Á Francia*, *A Él*, *A la muerte de José de Espronceda*, *Á una acacia*, *Al Escorial*, y sus irreprochables sonetos. La Avellaneda cultivó con éxito grande la poesía religiosa, y en ella ocuparán siempre eminente sitio: *La Cruz*, *Dios y el Hombre*, *Miserere* y otras de ménos nombradía, aunque acaso de más alto mérito.—En algunos de sus cantos líricos, la Avellaneda ostenta su pasion por la tierra natal, cuya suerte deplora, revelando, además, en su imaginación la influencia de nuestro medio físico y

moral. Su génio poético, varonil y heróico, es el exponente del grupo selecto de la familia cubana conocido por el pueblo camagüeyano, altivo, brioso, viril, que dió á la revolucion legiones de héroes y heroínas.

Gonzalo Roldan, sin estudios, sin ideas, compone un pequeño cuadro descriptivo, *El Aguacero*, que es su trabajo más noble. Francisco Javier Blanchié, autor del libro *Margaritas*, es un romántico desmelenado, que tiene momentos de sincera y conmovedora ternura. Felipe López de Briñas, incorrectísimo y vulgar, suele ser florido, en lo general es armonioso, y prefiere las alegorías rematadas en moralejas como las fábulas puras.

Miguel Teurbe Tolou, lírico y narrativo, procedía como versificador con descuido lamentable. *El Valle del Yumurí*, sus cantos á su madre, á su hermana, á su esposa, los recuerdos de la patria lejana, se distinguen por el colorido ó la nostalgia que late en sus afectos. El ya citado soneto *Juramento y Cuarto Oscuro* son sus mejores poesías. Rafael M, de Mendive, brillante traductor de las *Melodías*, de Tomás Moore, muy en armonía con sus facultados, sus gustos y su estilo, es poeta de corto vuelo, que se mantiene á un mismo nivel; rico de sentimiento y de ternura, versificador discreto y pulido, empleó sus fuerzas con provecho y tino, sin acometer empeños superiores. Sus suaves y delicadas rimas sobresalen en toda su nítida frescura en *La gota de rocío* y *Á un arroyo*.

Luisa Pérez de Zambrana, que en la composición sigue preceptos de Mendive, es su igual por la sencillez, la ternura y la melancolía, que resaltan en temas como la pátria, el amor maternal y el amor conyugal. *Efusiones, Á Cuba, Á mi esposo, El campo, Noches de luna. Á la melancolía, El sábio en su pátria y Noche en los sepúlcros*, son su florida guirnalda de poetisa. Julia Pérez Montes de Oca, hermana de la anterior, mujer de corazon, tan tierna en sus afectos como desventurada, no obstante su rudimentaria instruccion, legó dos armoniosas y sentidas composiciones: *A un arroyo seco* y *Al Campo*.

José Fornaris cultivó el género erótico, el bucólico, el heróico y la poesía popular. Influidado por Garcilaso y por Milanés, en todos los senderos por donde orientó á su musa se extravió por su incurable

puerilidad, por su indomable temperamento de repentista, por su mal gusto, por su notoria inferioridad mental. A trechos es inspirado, fluente, correcto, de ordinario versificador espontáneo y fácil. No es fácil tarea un trabajo de selección en su abundante cosecha; su obra tiene la impersonalidad de lo vulgar, como la de Velez Herrera. *Los Cantos del Siboney*, en que pretendió armonizar géneros antitéticos prefiriendo el plan de un poema civil de carácter simbólico, es su pecado capital. En nuestra composición étnica no hay el menor elemento de la raza indígena; sus indios son burdas parodias, estatuas de barro de modelos imaginarios y absurdos; el color local no concuerda con la realidad histórica; y la forma es ruda y áspera hasta rayar en lo chabacano. Es un caso personal de decadencia literaria en pleno período de florecencia, y por su ascendiente en la masa el primero entre los fomentadores del mal gusto.

Juan C. Nápoles Fajardo, más conocido por *El Cucalambé*, es un discípulo de Fornaris. Como el maestro ensaya el género épico-bucólico; como el maestro, maltrata y humilla la forma. Fornaris le supera como rimador y por la variedad de asuntos, pero el discípulo eclipsa al maestro como pintor de la naturaleza y de las costumbres del pueblo cubano de Oriente. Por el colorido y la verdad es el primero de nuestros poetas populares, pero su mal gusto y la monótona unisonancia de sus poesías menguan el valor de sus cualidades.

Ursula Céspedes de Escanaverino, brilla por sus endecasílabos robustos y sonoros, por su melancolía, ternura, y el carácter angelical que revelan sus poesías, tales como *Las sombras de la tarde*, *Á mi padre*, *Los celos*, *A mi hija*.

Cárlos Navarrete y Romay es un poeta correcto, armonioso, delicado y tierno, que sigue á Mendive y á Zenea. Su inspiración, apacible y modesta, está en armonía con la sobriedad y el aliño de su estilo.

Los hermanos Francisco y Antonio Sellén, excelentes traductores, se distinguen como poetas originales. Francisco es autor de *Primeras Poesías* y *Nuevas Poesías*, y Antonio de *Poesías originales* y *Libro Intimo*. Antonio es más pulcro y armonioso que Francisco, si bien éste aventaja á su hermano en el concepto y la fantasía.

Alfredo Torroella, discípulo de Fornáris, no lo sigue en sus extravíos; su inspiración y su forma son semejantes á las de Navarrete y Romay. *Enfermo*, postrer gemido de su lira, es el más valiente de sus cantos. Isaac Carrillo y Ofarril, que se aproxima á Zenea por la fuente de sus inspiraciones cuanto se aleja de él en la construcción de las rimas, es un poeta de verdadero talento y exquisito gusto. *¡Torna, oh Cristo!* es un trabajo característico.

Diego Vicente Tejeda, que tuvo por modelos á Goethe, Schiller y Heine, importó en Cuba tres nuevas formas poéticas: el *lied*, la balada y el poema psicológico. *El Judío Errante*, su poesía de más alto vuelo, es una balada digna émula de *¡No!*; su *Ramo de Violetas*, florilegio de *lieder*, es un poema íntimo que recuerda sin vestigios de copia ó imitación, el *Intermezzo* y las *Rimas* de Gustavo A. Bécquer. Colorista enérgico y de grandes alientos (*El Despertar de Cuba*), tierno y conmovedor como Milanés (*El Mendigo*), vehemente devoto del amor filial (*A ti, Las visitas de mi madre*) su concisión, su sobriedad, elegancia y pureza, hacen de él un artista perfecto. Su obra maestra, *Un Ramo de Violetas*, en que une al sensualismo de Heredia el lánguido idealismo de Palma, es una joya sin ejemplo en la poesía cubana.

José María de Heredia, por cuyas venas corre sangre del cantor del Niágara, domiciliado en París desde su adolescencia, ha dominado de tal modo el génio literario de la ática lengua francesa, que es el sonetista típico de la escuela parnasiana, el Benvenuto de la pléyade de artistas que tuvo su pintor en Lecomte de Lisle y su filósofo en Sully-Prudhomme. José María de Heredia es por igual un colorista, un plástico y un auditivo; testimonios de este prismetismo de su imaginación nos lo ofrecen sus sonetos: *Recif de Corail*, *Les Conquerants* y *Le Viel Orfevre*. Heredia es autor de un poema, *Los Conquistadores*, y de una célebre traducción, al francés coetáneo, del *Romancero del Cid*.

Francisco de Abarzuza es autor de un poema *El Divorcio de dos almas*, y de un pequeño tomo de poesías en que hay excelentes traducciones de Musset y Shakespeare. *Fecundaciones* es un modelo de su naturalismo lírico y de su forma rotunda y vigorosa.

Aurelia Castillo de Gonzales, poetisa de estro varonil, cultiva con donaire el divino arte, sobresaliendo en los temas sociales (*Epístola*); Martina Pierra de Póo recuerda por su ternura á Julia Perez; Mercedes Matamoros es tan delicada en el fondo como atildada en la forma (*El Sueño del Poeta*); Juan I. de Armas sigue con acierto las huellas de los clásicos de la edad de oro; Eduardo Peyrellade halla ecos patéticos para expresar sus nostalgias.

José Varela Zequeira, objetivo de gran plasticidad, optimista generoso, su dicción, áticamente figurada y sus armónicas rimas, llevan el bálsamo de la confianza por el triunfo de los grandes ideales.

Estéban Borrero Echevarria, pesimista sombrío y satírico de buena raza, aunque piensa con vigor y concision y aunque su emocion es intensa, no domina su instrumento, á pesar de ser un artista lleno de pasion y de alientos.

Pablo Hernandez, quejumbroso y triste, obsedido por la preocupacion de la moral como finalidad artística, sensible y vaporoso, tampoco vence su instrumento.

Nieves Xenes bien merece el título de musa de la nueva era. Sus arrullos de tórtola, en que hay melodías de ruiseñores, revelan el fuego de sus pasiones, la fuerza de su ternura, la intensidad de sus emociones. Es fácil, armoniosa, pulcra y aliñada.

En la nueva generacion sobresalen Federico Villoch, que ensaya con fortuna el género cómico y con gusto y tino el género lírico; Manuel Serafin Pichardo, versificador de rica vena, aunque descuidado, dotado de *vis* cómica y que, como el anterior, imita á Campoamor y aun á Nuñez de Arce, siendo ámbos, por su juventud, talento y vocacion, legítimas esperanzas de las letras.

Julian del Casal, autor de *Hojas al Viento*, es el bardo de la generacion nueva. *Amor en el Claustro*, *Del Libro Negro*, *Idilio realista*, son sus más inspiradas concepciones. Todavía no ha escojido un norte en su carrera artística, de ahí la desigualdad de su obra. Su temperamento lo lleva á los parnasianos, pero sus ideas lo acercan á los decadentistas, fluctúa entre ámbas tendencias con magnífico caudal de ideas y afectos que va vertiendo en versos sonoros, redondos, aunque sin unidad.

Por los matices de las personalidades secundarias es harto difícil tarea construir una síntesis de los caracteres esenciales de la poesía lírica en Cuba. Su manifestación más vigorosa y selecta, sea cual fuere el punto de vista que se escoja para su estudio, es el género político que ha sido épico, ó elegíaco, ó ha armonizado ámbos tonos. No sólo supera á los otros géneros por el pensamiento y su forma, sino que, probablemente por que responde á los afectos más poderosos del corazón humano, es el que mejor realiza las leyes del arte, irradiando en toda nuestra poesía, y ofreciendo su calor y su ritmo para que los no iniciados en el culto produzcan con su auxilio sus mejores lucubraciones. Nuestra poesía civil se ha elevado á la majestad épica en las lirás de Heredia, Luaces, Quintero: ha sido gemebunda en Zenea, Betancourt, Valle, Palma; ha sido la musa providencial de Tolón, Milanés, Ramon de Palma, Santacilia, Sanz; ha fulgurado en las inspiraciones de Plácido, la Avellaneda, y otros de ménos talla; ha tenido su bardo sintético en Varona y en Mitjans el cantor de su acción ya convertida en materia de epopeya. Cuando el ideal predominante ha sido exponente de una decadencia en el nivel moral de la raza, la lira ó ha permanecido muda, ó sus notas se han perdido sin eco. Cuando la poesía no es enérgica y francamente civil, heróica ó docente, es gemebunda y querelosa, su ritmo es un plañido lúgubre ó melancólico, y éste, que es un carácter constante y general, típico, es una derivación del género político, porque los orígenes de semejante estado pasional en toda una colectividad, se hallan indefectiblemente en las circunstancias que ha constituido su ambiente moral—en la tiranía, en la opresión, la fiscalización de la idea, la ola de la corrupción, el espectáculo de una factoría de esclavos. En el refinamiento de esta manifestación, puede influir además, y especialmente en los que forman como una escuela particular, arrulladora y musical el ascendiente de la mujer cubana en nuestra educación por su elevada sensibilidad, el comercio con un idioma que, por su índole, propende á sacrificar la sobriedad del pensamiento y la precisión de la idea en aras de la sonoridad y la eufonía; es decir todo lo que cae en la herencia ó adaptaciones de la raza á un medio nuevo. Los caracteres generales del temperamento sometido á la acción del medio físico, explican por qué

la poesía erótica ó es sensual, hasta parecer lúbrica en algunos, ó es espiritual, hasta parecer en otros nebulosa y etérea, como sucesión de ensueños místicos. A partir de Heredia, ya se entroniza la tendencia escéptica del pensamiento que, haciendo abstracción de los móviles personales, tiene por fundamento el estado moral de los coetáneos, á veces el cruento fracaso de planes políticos, decepciones producida por la indiferencia ó abyección de las masas. Raras veces alcanza notable carácter subjetivo; nunca es maldiciente ni sacrílego; convive con las nociones de un cristianismo puro y elevado, á veces en ateo, pero alimentado por sentimientos nobles, generalmente, y sobre todo en la época más moderna, es indiferente, resignado, y cuando no tiene formas originales respondiendo á las impresiones inmediatas, reproduce impresiones externas, y en vez de ser natural y sentido es asimilado ó puramente literario—productos de lecturas y de sumisión á los modelos aceptados. El clasicismo influye primero como escuela, luego queda como modelo de composición para acendrar la forma, y su acción es más ó menos intensa, nunca tan poderosa y profunda como la del romanticismo, que halla estímulo en la psicología cubana, á la que conviene un estado de exaltación, en determinados períodos históricos sobre todo, muy próximo á la neurosis. Los guías, en el mayor número, viven en el Parnaso español; otros, los más selectos, buscan sus modelos en los ingleses, los alemanes ó los franceses. A su vez, los más prestigiosos ó los más populares, si no escuelas, forman cenáculos, como el de los bardos civiles, que preside Heredia; el de los elegíacos, que preside Zenea; el de los músicos, que preside José Joaquín Palma. Pasado el período álgido del romanticismo, queda un compromiso, y de él surgen los representantes del buen gusto, la sobriedad y la limpieza de la forma. Hasta 1868 hubo en Cuba superabundancia de poetas: un nuevo estado social orientó las inteligencias por otros rumbos, disminuyó el número de los poetas y se aumentó la legión de los oradores. Pocos, muy pocos, convirtieron sus facultades en dóciles instrumentos de verdadera vocación; menos aun fueron los que vigorizaron y nutrieron la vocación en el estudio; en los conflictos, casi siempre venció la imaginación descabellada y ardiente; la crítica, si preciosa en los mejores, fué impotente para corregir excesos

de musas callejeras; la incorreccion y el mal gusto, por lo mismo, han tomado caracteres de epidemia. La organizacion de nuestra sociedad, como la de toda colonia, hacía poco menos que imposible el cultivo de un arte que, para los más, era una flor más en el florón de los festines, á lo que el infortunado Plácido tuvo que someter su musa salvaje y culta, altiva y servil. Otro de los caracteres más constantes de la poesía en Cuba, y que explica muchas de sus cualidades y defectos, es la tendencia descriptiva, el gusto y el amor al paisaje, en que se armonizan y funden una aptitud de la raza y la influencia del medio. Heredia, que es acaso el príncipe entre los pintores de la naturaleza, hace de la descripción instrumento inmediato de sus emociones; otros, como Luaces, ó describe por el deleite de pintar, ó para fines puramente emocionales en el conjunto de una concepción merial, como en el cuadro de un campo de batalla, verbigracia, el en que triunfa el liberticida ruso; otros, para hallar armonías y compenetraciones entre los aspectos externos y sus estados afectivos, y otros, en fin, los ménos artistas pero los más realistas. como los cultivadores de la poesía popular, para que sirvan de marco y término á animadas escenas de costumbres

El género dramático, que tiene en Cuba pocos, aunque eximios cultivadores,—muchos han preferido dar empleo á sus facultades en la novela,—merece capítulo aparte; nos limitaremos, sin embargo, á señalar las producciones más notables,

Heredia gastó sus energías en imitaciones ó traducciones. como la tragedia *Atreo, Abufar, Sila, Saul, El Fanatismo, Cayo Graco, Tiberio, Pyrro*; Ramon de Palma, con argumento sencillísimo compone una ligera pieza dramática, *La Prueba ó la Vuelta del Cruzado*; Juan Francisco Manzano es autor de un drama mediocre, *Zafira*; Andueza y Foxá obtienen en el teatro, durante la fiebre romántica, fáciles y efímeros triunfos. José Jacinto Milanés es el primero que pone á prueba, con tenacidad y suficiencia, su génio lírico en el género dramático. Milanés que había estudiado como crítico el teatro español, admirador entusiasta del fecundo Lope, tentado por los triunfos de García Gutierrez, escribió *El Conde Alarcos*. El argumento que está tomado del romancero, es interesante, pero demasiado horrible. El

drama está escrito con talento, con fuego, con pasión; está plagado de ripios y de graves incorrecciones, pero conmueve y arranca lágrimas del más indiferente. El último acto tiene momentos bellísimos, hay con frecuencia una ternura arrobadora, pero la situación casi siempre es falsa y la impresión horrorosa. El poeta, según declaró posteriormente, quiso hacer de su drama un símbolo, personificando en *Leonor* las cualidades de la mujer cubana.—*Un poeta en la Corte*, el segundo en mérito de sus dramas, es más dramático y abundante en situaciones que *El Conde Alarcos*, aunque saturado de arcaísmo y deficiente en la pintura de caracteres. El proverbio *A buen hambre no hay pan duro*, sólo tiene de notable el idilio conyugal entre Cervantes y su esposa Leonor. *El Mirón Cubano* es una serie de cuadros de costumbres que recuerdan los entremeses de Lope de Rueda. Resalta en ellos la tendencia docente que embargaba las facultades de Milanés, que tampoco poseía gracia y soltura para el género picaresco.

Gertrúdis Gomez de Avellaneda, cuyo género lírico vuela tan alto como el de Heredia, alcanza elevadísima y aislada cúspide en el género dramático. La tragedia *Munio Alfonso*, que parece una tragedia griega por sus líneas hermosas y severas, bastaría por sí sola á legitimar la fama de la autora. *El Príncipe de Viana*, si bien no merece el benévolo juicio del duque de Frías, merece elogios por la versificación, los caracteres, las máximas filosóficas y políticas y el conocimiento de la época. *Recaredo* es una concepción ínfima. *Saul*, tragedia en que David alcanza tanto si no más relieve que el protagonista, abunda en situaciones y recursos dramáticos; denota conocimiento perfecto de la época y sus circunstancias todas, sobresaliendo los acentos religiosos, inspiradísimos, que respondían á una tendencia avasalladora en su temperamento y que la preparaban para utilizarla en obra de índole análoga, cifra y blason de su gloria: en *Baltasar Alarcon*, admirando las galas poéticas con que se revisten los rasgos escépticos del monarca, los dulces conceptos de la judía y los inspirados salmos del profeta, por la marcha de la acción, las situaciones grandes y sorprendentes y la viveza dramática, recuerda á veces al autor de *Macbeth*. Valera, adelantándose al juicio erudito de Altamirano, desvaneció las sospechas de supuestas semejanzas entre

Baltasar y el Sardanápalo de Byron. «La civilización, gastada y corrompida, que se hundía con Baltasar,—como él, la copa del festín en las manos, y la hiel de la impotencia en el alma,—anunciando la ruina del mundo antiguo, cuya última hora vibraba ya en los oídos de Daniel: la lucha del déspota oriental con los seres más débiles y abyectos de aquella sociedad, que con su conducta muestran al escéptico coronado, los goces purísimos del alma, hasta empujarlo á que ahogue el grito de su dolor en los vapores de la orgía;» tal es, según la propia autora, la base del argumento de su magnífica tragedia. *La Hija de las Flores* es un drama en que exposición, nudo y desenlace tienen completo desempeño; el último especialmente, que es inesperado, lógico, verosímil y breve. La versificación está á nivel del asunto: sus dulces y armoniosas rimas sólo son comparables, dentro del Parnaso español, con las blandas notas de Selgas. Muestra de las varias aptitudes de la Avellaneda, es su graciosísima comedia *El millonario y la maleta*. *La verdad vence apariencias*, es un drama fundado en *Werner*, de Byron, aunque tan renovado y mejorado en su argumento, que mejor que como arreglo debe ser tenido por obra original. El drama *Tres Amores*, que dista de ser una producción de primer orden, por su interés y originalidad, como por la belleza de sus situaciones culminantes, fué una caída, sí, pero digna y honrosa como la del gladiador romano.

Joaquín Lorenzo Luaces, después de la Avellaneda, es el poeta cubano que con más fortuna ha cultivado el género dramático. Su drama *El Mendigo Rojo*, que tiene algunas semejanzas con el de Zorrilla *Traidor, inconfeso y martir*, es un ensayo brioso, donde hay más enredos y sorpresas que caracteres y pinturas de afectos. La tragedia *Aristodemo*, que no se compadece del todo con la historia, es el molde en que el poeta vació toda su alma, todo el fuego de su lenguaje apasionado. Hay movimiento, vida en los personajes, verdad y elevación en sus palabras, arte y esfuerzos felices en los puntos culminantes. Las imágenes abundan, deslumbrantes, propias, escogidas. La tragedia inédita *Arturo de Osberg*, habría alcanzado mejores títulos que *El Mendigo Rojo*, á no ser por lo escabroso de la exposición.

José M. Cárdenas y Rodríguez compuso una comedia, loada por los críticos coetáneos, titulada: *Un tío sordo*; Nápoles Fajardo, *Consecuencias de una falta*; Carrillo y O'Farril, *Magdalena*; Tejera, *La muerte de Plácido*, y algunos otros diversos ensayos menores. Entre los modernos merece especial mención el lírico drama de Aniceto Valdivia; *La Ley Suprema*. Como puede notarse por el carácter de la producción, la poesía dramática en Cuba ha sido labor de un grupo de escogidos, y la propia manifestación, con raras excepciones, se ha aislado de las demás expresiones del alma cubana. Lo que ha prevalecido, y de ello nos ocuparemos en su lugar, es el género cómico, por lo común degenerado en grotesca caricatura de costumbres. Los que pudieron haber cultivado con fortuna el género dramático, optaron por géneros más complejos y amplios.

IV.

NOVELA.

La novela, en gran parte, por su carácter flexible de romance épico, continúa y amplía la labor iniciada por la poesía civil.

José Antonio Echeverría lega en su *Antonelli* un hermoso modelo de buen decir, bibujando con esmero caracteres y situaciones.

Anselmo Suarez y Romero, estilista acicalado, meticuloso, florido, que se había ensayado en el género descriptivo retratando tipos y bosquejando paisajes de la naturaleza cubana, tipos y paisajes en que la naturalidad es sacrificada á los primores y música del estilo, por indicación del expecto Mecenas y para solaz de un filántropo extranjero, compuso su novela abolicionista *Francisco*, donde lo que más resalta, porque es lo más real, es el tipo de un cómitre. Sea porque el tema fué sugerido y no espontáneo, ó porque el autor, arrastrado por su lirismo, antes se propuso aparecer sentimental y melífluo que observador y desinteresado, creó un idilio de una Arcadia convencional donde había elementos para un cuadro de Goya.

El Fatalista es una novela de enredos y sorpresas, cuyo mérito estriba en la pintura de costumbres arcaicas, exactas y muy autoriza-

das porque su autor, Estéban Pichardo, fué un excelente anticuario y un eminente geógrafo.

Zacarías González del Valle compuso dos novelas cortas y de escaso mérito: *Cármen y Adela y Luisa*; Ramon de Palma un cuadro titulado *El Cólera en la Habana y Una Pascua en San Marcos*. El primero es llano, interesante, sombrío, con una escena final que vale toda la lucubración, y la segunda, movida y patética, es discordante y á trechos inverosímil. Palma es autor, además, de *Matanzas y Yumurí y El Ermitaño del Niágara*.

El nombre de Ramon Piña eclipsa á todos los que van enumerados con sus novelas *Jerónimo el honrado y Un Bribón dichoso*, hombrándose, como estilista y purista, con Echeverría. Ninguna de estas dos novelas es enteramente de costumbres cubanas. En todo, *Un Bribon dichoso* es superior á *Jerónimo el honrado*. A veces parece influido por Victor Hugo; porque sigue de cerca á Cervantes. suele aparecer arcaico, y lo que más sobresale en la más notable de sus novelas es un tipo de leguleyo y otro de médico de campo.

José R. Betancourt, orador político, es autor de un excelente ensayo de novela titulado *Una feria de la Caridad*, cuyo mayor atractivo es su colorido local, la pintura de dos personajes históricos y el cróquis de una de las etapas más interesantes de la era colonial, de 1835 á 1845.

Gertrúdis Gomez de Avellaneda compuso las siguientes novelas: *Sab, Espatolino, Guatimozin, Dos Mujeres, La Baronesa de Joux, Dolores, El Artista barquero*, y las leyendas *La Velada del helecho, El Cacique de Turmequé, La Ondina del Lago Azul y La Montaña Maldita*. La Avellaneda, para que se relegasen al olvido, eliminó de la colección de sus obras completas *Dos Mujeres y Guatimozin*. *La Baronesa de Joux*, de asunto trágico, tiene el sabor de los más acalorados delirios producidos por la fantasía romántica; de asunto análogo al de *Dolores*, es inferior á ésta, sobre todo, en el nivel y relieve de los personajes, aunque acaso la iguale en la seguridad y maestría con que están trazadas algunas escenas. *Espatolino*, á su vez, es superior á *El Artista barquero*, por la exposición del asunto, que es magistral, por el subido precio de determinadas escenas, por el carácter del

famoso bandido italiano, y por el tono byroniano de la composición. *El Cacique de Turmequé*, obra cuya acción pasa en Nueva Granada fines del siglo XVI, prueba el tacto con que la Avellaneda aprovechaba las antiguas crónicas, infundiéndoles vida, calor y movimiento con la magia de su estilo. *La Ondina del Lago Azul* es una leyenda que resalta por su lujo de idealismo fantasmagórico, y *La Montaña Maldita* por la severa enseñanza moral que desarrolla su argumento. *Una anécdota de la vida de Cortés* es un trozo de *Guatimozin*, bello, interesante, patético, lleno de pasión y rico en colorido. *La Velada del helecho*, aunque basada en manoseado asunto, abunda en lances y episodios interesantísimos y llenos de novedad y esfuerzos de ingenio. De todas las novelas de la insigne poetisa, *Sab* es la única que puede, en rigor, denominarse novela de costumbres cubanas. Inspirada en la simpatía por los dolores de la raza esclava, está escrita con pasión, con fuego, abunda en trozos vigorosos, y si bien puede tildarse de inverosímil, lo esencial,—pues incurre en el mismo pecado de Suarez y Romero,—hay que recordar que fué su primer ensayo en el género, cuando trabajaba sobre las primeras emociones de su vida que la ligaban al drama de su tierra natal.

Contemporáneo de los autores que van enumerados, descollando entre todos por sus facultades, por la chispa de su genialidad artística, por su compenetración con su medio, por el carácter, calibre y número de su labor, es el príncipe y creador de la novela en Cuba: Cirilo Villaverde. Sus coetáneos son sus precursores y, en cierto modo, sus guías inconscientes, pues su obra maestra—*Cecilia Valdés*—es la reconstrucción de un romance que dió á luz en 1839. Villaverde es autor de gran número de novelas, cuentos y leyendas, pero las principales son: *Cecilia Valdés*, *El Guajiro*, *El Penitente*, *El Ciego y su Perro*, *La Peineta Calada*, *Dos Amores*, *El Espetón de Oro*, *La joven de la flecha de oro*, *El Misionero del Caroní*, y la amenísima narración, reproducida y ampliada, que lleva el título de *Excursion á Vuelta Abajo*. Villaverde no es un purista como Echeverría; ni un músico como Suarez y Romero; ni un arcaista cervantómano, como Piña; ni un estilista de la energía y fuerza de la Avellaneda; pero es, en cambio, un colorista opulento, un prosis-

ta sóbrio, un psicólogo de intuición maravillosa, un precursor del verdadero naturalismo, que viene de las filas de la gran revolución romántica, á cuyo influjo produce algunas de sus primeras novelas y del cual no logra emanciparse en absoluto. Sábiamente aconsejado, escogió por modelo á Walter Scott y á su discípulo el prominente novelador italiano Alejandro Manzoni. Como el creador y magnificador de la novela histórica, al fundir la historia con la fantasía, echaban, sin saberlo, los fundamentos de la moderna novela realista, Villaverde, al escogerlos por modelos, se halló en la escuela como en su propio dominio. La historia no había roto sus moldes clásicos, su propensión, por la fuerza de sus facultades y su amor á lo dramático, en vez de llevarlo á ser un historiador, lo determinan al cultivo de la novela histórica. Revolucionario inadecuado para manejar la espada, dará salida á sus emociones de patriota en el reino del arte. Por sus antecesores venía preparado para ser un legendista; por su medio y su raza, para ser un pintor de cuadros trágicos. Nació y se desarrolló en el seno de un terruño, entre una piara de esclavos, asistiendo así al martirio de la raza sierva y al envilecimiento de las castas dominadoras. Esta primera educación lo hace filántropo, realista, psicólogo emocional. La cultura completa la obra, y asociando todos los elementos, lo impele á producir, como á tantos otros, sin estímulo alguno positivo. *La Excursion á Vuelta Abajo*, el gran croquis de todas sus producciones ulteriores, es el itinerario de la comarca occidental, una guía pintoresca rebosante en descripciones excelentes, episodios, incidentes, anécdotas y observaciones sobre el paisaje, la época, carácter y costumbres de la gente. En este viaje concibió, asociando relatos, su novela *El Guajiro*, en que retrata con maestría la vida del campesino cubano, repentista galante como un trovador, gran jinete y gran jugador, gallardo Tenorio que se bate como un paladin y que, á veces, á consecuencia de trágica aventura amorosa, tiene que refugiarse en el bosque, en lucha abierta con las leyes. Su abuelo le dió el argumento de una novela legendaria que sería irreprochable sin la escena final que es falsa y violenta. Hablamos de *El Penitente*, episodio de la reconquista de la Florida por Galvez, en que describe la sociedad cubana primitiva, militar y reli-

giosa, y en que intervienen, talladas con esquisito arte, como en bronce florentino, representantes de la raza indígena. Es un cuadro arcaico de admirable colorido, propiedad y movimiento.

En *Dos Amores*, donde atraviesa el escenario, como un rayo de luz multicolora, un efluvio de la vieja fiebre romántica, hay exceso de lirismo, nebulosidades platónicas, unidas á escenas del naturalismo más acabado y de la más honda penetración de los humanos afectos. La pintura de las tres beatas, sus caractéres, sus ideas, sus movimientos, todo el cuadro del beaterio, en suma, es una joya de gran mérito. En *La Peineta Calada* interviene activamente el peinetero desventurado que hizo célebre en las letras americanas el pseudónimo *Plácido*. La introduccion es un óleo de prime orden. *Cecilia Valdés*, que vivirá como el *alma mater* de la novela cubana, es un lienzo colosal en que se agita toda una época, el mundo en miniatura de Cuba, colonia de España, desde 1812 hasta 1831. El martirologio del africano supera en verdad y desinterés á la lírica pintura de la autora de *La Chozza de Tom*. El procónsul español, el magistrado venal, el polizonte, el estudiante de la época, el esclavo rural y el esclavo urbano, el mayoral, el capitan pedáneo, el vicario, el médico de campo y el de ciudad, el negro libre, el lacayo blanco, el negrero opulento, la dama aristocrática, la mujer envenenada por la esclavitud y la mujer que, por innata piedad, se mantiene libre del funesto contagio, todos los tipos y caractéres que el despotismo y la esclavitud han conformado como un cerámico; desfilan, accionan y se mueven sobre el gran escenario. Cada actor habla el lenguaje de su clase, de su condicion, de su psicología; cada personaje procede ó se produce como se lo imponen su carácter y las determinaciones del medio; el asunto es una serie de procesos afectivos, que crea, desarrolla y desenlaza la esclavitud como disolvente social, y que se funden en un proceso principal que los contiene á todos. Todo es verosímil, histórico, humano, producto de los elementos combinados que dieron esas tintas y esos perfiles á generaciones de cubanos. Esos personajes característicos, esas naturales encarnaciones de fenómenos sociológicos, son exponentes fidelísimos de la raza, en un momento odioso de su historia, favorecida por circunstancias excepcionales, y colocada en un suelo pró-

vido, bajo el cielo cubano; son, por lo mismo, frutos de la tierra y de la atmósfera de la Colonia, frutos indígenas. El historiador que hiciera un estudio de alma cubana, tendría que buscar en *Cecilia Valdés* los documentos para su labor: en ella hallaría una fase importantísima y los orígenes de muchos fenómenos morales del alma cubana contemporánea. El drama es trágico, como trágica es la vida de una sociedad regida por la brutalidad de la fuerza. El autor, que figuró desde temprano en los que se mantuvieron incólumes en medio la general corrupción y, por consecuencia, entre los que sentían y propagaban la necesidad de destruir aquel orden de cosas, que conspiró contra el poder de España, que recibía la influencia regeneradora de los maestros del Seminario, del grupo representativo que reaccionaba contra el ascendiente teológico y militar, guiado por su pasión de cubano y por su lúcida intuición de la realidad, á la vez que una novela, creó en su *Cecilia Valdés* un poema épico que lo acerca á nuestros mejores poetas civiles, cuya labor amplía y supera. El poderío de su observación es tan grande, que ha podido sorprender, como un psicólogo experimental, la incubación, desarrollo y consecuencias, todo el proceso de la evolución de la esclavitud en las principales figuras representativas de nuestro organismo social. Como el género es tan complejo y vario y el instrumento tan adecuado, ha podido sobrepujar á toda nuestra poesía política, llevando el análisis, de suyo demoledor, hasta las entrañas mismas de su pueblo. Romancista típico, revolucionario ardoroso, su novela modelo es la mirada más escrutadora que ha sondeado el alma española y que más en lo hondo ha visto los gérmenes que han formado el alma cubana.

Francisco Calcagno, siguiendo sus aficiones de biógrafo erudito, ha compuesto diversas novelas, muchas de ellas de carácter local, como *Uno de tantos* y *Los crímenes de Concha*. Sus facultades, sin embargo, no se compadece con las múltiples exigencias del género.

Discípulo inmediato de Villaverde es Ramon Meza, que escoge por modelo á *Cecilia Valdés* para la composición de su novela *Carmela*. Sus primeros trabajos son dos novelas cortas, *Flores y Calabazas* y *El duelo de mi vecino*. *Flores y Calabazas* es un idilio inspirado en la bellísima novela *María*, del colombiano Jorge Isaacs.

Meza es autor, además, de *Mi tío el empleado*, *Don Aniceto el tendero* y *Últimas Páginas*. *Mi tío el empleado* es una caricatura sangrienta del burócrata español, una sátira caliente, irritada, demasiada vehementemente, pletórica de colorido, de escenas, y en la cual llevan la palma, por el dibujo y el verismo, los caracteres secundarios. *Carmela* parece un capítulo de *Cecilia Valdés*, un episodio trasplantado á nuestra época, pues su asunto es como una reducción del asunto del modelo. Lo parece, al mismo tiempo, por los diálogos, la pintura, los caracteres, el realismo. Es, hasta ahora, la obra más completa é inspirada del joven novelador. Las novelas posteriores, se alejan un tanto de la norma primitiva. Meza es escritor fácil, correcto, abundante; ama el pormenor, observa y estudia con seguridad y provecho, posee el don de ver el lado ridículo de las cosas y una imaginación pictórica, lozana y robusta.

Nicolás Heredia, que es ante todo un verdadero literato, crítico original, de los que tienen fisonomía propia, ha cultivado con éxito la novela de costumbres cubanas. Muestras excelentes de sus aptitudes son sus novelas *Un hombre de negocios* y *Leonela*, inédita todavía.

Hijos de Cuba son Teodoro Guerrero, autor de gran número de novelas; Ramon Rodriguez Correa, autor de *Rosas y Perros*; y José Ortega Munilla, autor de *La Cigarra* y otras narraciones. Es ocioso hablar de ellos porque no representan, ni por reminiscencia remota, carácter ó aspecto del intelecto cubano.

Aún hay otras novelas de costumbres, cuentos y leyendas, como *¿El Ángel?*, de Eduardo Ezponda; las fantásticas narraciones de Tristán de Jesus Medina; los ensayos del fanático abolicionista Julio Rosas; la novela docente de Eusebio Guiteras, *Irene Albar*; y más recientemente *En el cafetal*, novela anacrónica de Domingo Malpica. En Ezponda y Rosas el ardor del propagandista empequeñece y rebaja el arte al papel del instrumento; en Medina está latente el orador arrebatado por su calenturienta fantasía; Guiteras es un morlizante como Milanés y Malpica, que intenta la revisión del pasado, no es un escritor.

La novela en Cuba es clásica, más por la forma que por la índole, en Echeverría y Piña; es local, pictórica, lírica y artificiosa, en Sua-

rez y Romero; universal y romántica en la Avellaneda; intuitiva, reformadora, genial, nacional, en Villaverde, que tiene por imitadores, discípulos ó continuadores á Betancourt, Meza, Ezponda, Heredia, Malpica y Calcagno. Villaverde, mejor que sus precursores y sucesores, encarna el género en sus principales partes: él lo sustenta, exalta y emancipa con su genialidad: él crea la novela de costumbres cubanas y, á la vez, antes que ninguno otro en España, se produce como naturalista independiente. El estudio de toda la obra de Villaverde, es la historia del género en Cuba. Clásico en sus mocedades, y á las veces arcaico, profesa en la escuela romántica que abandona para escoger por guía un inglés y un italiano, acendrando y magnificando la preciosa adquisición. El arte que emancipa le ofrece ancho campo para vaciar en emociones las grandes pasiones de su vida y, separatista convencido, su mejor obra es la acusación más terrible é irrefutable, la condenación más severa de la tiranía secular de España. Viene, por tal motivo, de la robusta cepa de que proceden Luz y Heredia, es un exponente del intelecto cubano en lucha victoriosa contra la influencia intelectual de España, forjado por el medio y las circunstancias sobre el metal de las condiciones y aptitudes que aportó á la vida como legado de la raza.

MANUEL DE LA CRUZ.

(*Concluirá.*)



LEOPARDI (I).

La ruta de Asís á Ancona serpea á través de las montañas, entre desfiladeros maravillosos que á veces rivalizan con los de la ruta que va de Florencia á Bolonia, tan bella y de fama tan escasa. Un poco antes de llegar á la ciudad del famoso cuadrilátero, la ruta atraviesa á Jesi, donde nació en 1194 el emperador Federico II, durante un viaje que su madre, Constanza de Aragon, hizo para ir á encontrarse con el rey Enrique II en su reino de Sicilia. Lo inusitado de este nacimiento en un lugarejo extraviado permitió más tarde á los adversarios del príncipe poner en tela de juicio la limpieza de su sangre, y el violento Juan de Brienne, su suegro, en una disputa que refiere Salimbeni, y que da idea exacta de las rudezas de la época, llegó á decirle: «Perro diablo, hijo de un carnicero de Jesi!» Llena todavía la imaginacion del *Poverello* de Asís ¿cómo no mostrar sorpresa por el contraste? Pienso en la extraña ironía de la suerte que hizo nacer aquí, á algunas leguas de distancia y casi en el año en que el santo fundó su Orden, al ménos cristiano de los príncipes de la Edad Media,

(1) Traducido de la obra *Sensations d' Italie*, para la REVISTA CUBANA.

al gran adversario de los Papas, al César medio mahometano que sólo creyó en los astrólogos, en sus derechos imperiales y en las cimitarras de sus Arabes de Lucera. La antítesis fué completa cuando los dos hombres se encontraron frente á frente en Ban. Esta antítesis va á imponerse á mi ánimo con más fuerza á medida que me vaya acercando á Foggia, que fué la capital de los Hohenstaufen en sus estados del Mediodía. Con sólo haber divisado al pasar el pequeño lugar, me vino el más vivo deseo de visitar lo que se conserva de los castillos construidos en la Pulla y en Sicilia por el extraño emperador. Pero ántes debía visitar por vez primera otro lugar donde nació un artista de genio, tan distante de los místicos ardores de un San Francisco como de las ambiciosas energías de un Federico II. Hablo de Recanati y del gran escritor pesimista que vivía allí á principios del siglo, Giácomo Leopardi. Allí componía esas elegías líricas hoy tan céledres como las *Noches* y las *Meditaciones*:—*El Amor y la Muerte*, *El Gorrion solitario*, *El Infinito*, *La noche de un dia de fiesta*. Refiérese que un dia de entusiasmo, Schleiermacher empezó una leccion sobre la *Ética* con este grito extraño: «Sacrifiquemos un mechón de cabellos á los manes del ilustre é infortunado Spinoza.» Con ménos romanticismo, pero con una piedad semejante, he querido sacrificar un dia peregrinando hácia la casa del poeta, no ménos ilustre y tan infortunado como el filósofo de La Haya. Sabía que allí, á lo ménos, la especie de melancolía que habia sentido en Asís se desvanecería, y que una familia, digna de haber producido tal hombre, habia hecho del palacio en que vivió Leopardi un verdadero museo erigido á su memoria. ¡Qué leccion para nosotros que hemos dejado demoler la casa de nuestro querido Balzac,—la casita que veré siempre, tan ruïnosa y triste, á dos pasos de los esplendores de la avenida Friedland! Todo el destino del novelista estaba en la miseria de su alojamiento: él habia soñado los triunfos del lujo, lo que llama en la confesion de la *Piel de Zapa* los derechos de regalía del hombre de genio, y llegó, tras treinta años de trabajo y veinte obras maestras, á instalar en el París de las grandes fastos un pobrísimo rincon de casa de huéspedes!

Si el palacio en que creció el poeta italiano es objeto de un culto que no se tributó jamás á la casa ruïnosa en que murió el autor de

La Comedia humana, Recanati sigue siendo, en desquite, lo suficientemente inaccesible para desanimar á los devotos del poeta. Primero hay que llegar á la triste Ancona. La llamo triste porque es la tercera vez que la visito y la tercera vez que me aparece bajo un cielo sombrío, con la melancolía de un puerto de aguas verdes en el que los vapores de cascos rojos vueltos del cabotaje por la costa Adriática desembarcan lentamente su cargamento. De Ancona hay que ir á Loreto por un tren de una lentitud que fatiga; aunque la distancia es bien corta, y de Loreto, en carruaje, despues de dos horas de camino, se llega al salvaje Recanati. Hace poco admiraba la ironía de ciertos contrastes. Debo añadir uno y de los más curiosos: el que ha puesto la pátria del chantre del ateísmo más desesperado en la vecindad de esta Loreto en que se enseña la casa de la Vírgen. Esta casa de María fué traída, refiere la leyenda, de Palestina á Italia por los ángeles, y continúa siendo, con la iglesia que han construido en torno de ella, uno de los santuarios más venerados de la piedad católica. Una Nuestra Señora esculpida en madera negra, por San Lúcas—también al decir de la leyenda,—deslumbra con el resplandor de las piedras preciosas á la luz de los cirios encendidos entre las desnudas paredes de esta pequeña casa. Esta apacible imágen de la Madre del Salvador, vestida, como aprisionada en un centelleo de joyas, con una expresion tan dulce en su semblante modesto bajo tales galas ¿fué visitada por el poeta? Seguramente cuando, celebrando su apetito de la nada en sus admirables versos sobre el Infinito, exclama:

E il naufragar m'è dolce in questo mare,

él no veía ninguna «estrella de la mañana», como dicen las letanías, brillar sobre este mar sin fondo, sobre este vacío insondable en el cual le era grato sumergirse! Sí, es imposible que no haya venido á este lugar, atraído, como todos los meditabundos y desencantados, por una curiosidad medio burlona, medio envidiosa por la fe de los humildes y de los ignorantes. El que ha denunciado de modo magnífico las

crueidades inexorables de la todo-poderosa naturaleza que nos creó para el sufrimiento:

*E l'antica natura onnipossente,
Che mi fece all' affanno,*

ha contemplado, de seguro, como lo he hecho yo, con envidia, los rostros de las pobres mujeres arrodilladas delante de la Madona. Veíalas reanimadas por el perfume sobrenatural de la Rosa mística. Ellas encontraban en este rincón de una Capilla el Refugio de los Pecadores, el Consuelo de los afligidos, el Socorro de los Cristianos; sentían su corazón inundado por el manantial de toda verdadera alegría, el Vaso de los éxtasis espirituales. Ellas decían: «Salve María» y la Madre Purísima, la Madre Admirable, la Madre amable, les sonreía. Después Leopardi se alejaba sin haber doblado la rodilla, se iba con lo que él llama en alguna parte el pensamiento dominador,

Cagion diletta d' infiniti affanni.

y añade: «Principio adorado de dolores infinitos.» Se alejaba por el mismo camino que he recorrido hoy, y que, de rampa en rampa y á través de las montañas, conduce á Recanati. La pequeña ciudad de la Edad Media le aparecía como á mí intacta y salvaje, de la que amaba y maldecía á la vez la trágica soledad, con esa contradicción íntima demasiado natural al poeta. Nada satisface jamás plenamente esas almas complejas que, viviendo del deseo, y consumiéndose en la esperanza, sienten tanto más hondamente la insuficiencia de las cosas cuanto mejor han comprendido la belleza que les es peculiar. Por las estrechas calles orilladas de casas antiguas, Leopardi volvía al palacio de su familia, vasto edificio construido de ladrillos rojos, con grandes relieves en la fachada y con barrotes retorcidos en las altas ventanas. Un jardín en terrado se extiende por un lado y en él predominan los cipreses y los laureles.—¡Qué símbolo tan sencillo de la gloria del sombrío poeta la unión de estos árboles simbólicos!—Se ven algunas estatuas, en torno de las cuales se destaca ese dibujo regular de las

avenidas en que se complace el clasicismo del gusto italiano. Se sube la escalera, y una impresion clásica se exhala de los bajo-relieves, de los bustos y las columnas del vestibulo. De este lado de los Alpes la vieja palabra *clásico* recobra todo su alto valor de nobleza. Aquí no significa el artificio hueco y la convencion sin sinceridad. En esta Italia, la primogénita de las tierras latinas, todo lo que viene de otros dias llama casi siempre la atencion por su aspecto grandioso. Las casas patricias están con frecuencia arruinadas, pero estas ruinas no están exentas de grandeza. Ignoro si en vida del poeta el palacio Leopardi ostentaba, como hoy, el lujo de hijodalgo de villorrio que cela su gerarquía. Con ó sin lujo, debió ofrecer á la juventud del poeta un cuadro de belleza lleno de severidad y grandeza: las dos cualidades que se destacan en su estilo de una factura rara y altiva. El encanto propio de la gran poesía italiana que deriva del Dante es esta sencillez, detrás de la cual se siente el origen glorioso de la lengua. Ciertos fragmentos de Carducci ofrecen todavía admirables modelos, como el divino soneto:

*Passa la nave mia, sola, tra il pianto
De gli alcion, per l' acqua procellosa*

La cualidad de las palabras en que palpita todavía la fuerza romana, el vigor directo de la imágen, el dibujo á la vez ámplio y cerrado del período, dan á esta poesía ese encanto de lo *definitivo* que es el verdadero distintivo del genio latino: sóbrio y grandioso á la vez. Aunque participa de la inscripcion lapidaria no es rígido ni convencional. Cuando se ve ese génio latino en sus más genuinos representantes, el término gusto, desnaturalizado por la crítica convencional, recobra su verdadera significacion, y se comprende mejor qué virtudes de inteligencia contiene y resume.

Si fuera suficiente haber crecido en un viejo palacio de estilo italiano para poseer esas virtudes, toda la península estaria poblada de Dantes, Cinos, Petrarcas y Leopardis. He hecho hincapié en esta armonía entre la morada en que creció el poeta y el carácter de su imaginacion, para indicar, como de paso, uno de los casos en que se cum-

ple la ley demasiado generalizada de los medios, que he verificado, hace diez años, visitando á Comburg y Newstead-Abbey. Queda, pues, por explicar como despues de tantos siglos y de generaciones de jóvenes educados en el mismo teatro, sólo tres ó cuatro han mostrado poseer genio. Cuando se ahonda en la teoría de las condiciones necesarias al nacimiento de la obra de arte, se topa siempre con el fenómeno irreductible de la personalidad, como analizando las condiciones de un acto cualquiera, se topa siempre con este otro elemento irreductible: la responsabilidad. Los estudios de la crítica determinista ofrecen un interés no ménos vivo. Si no dan del talento una explicacion total, arrojan mucha luz sobre las partes exteriores y aún sobre la direccion. Por lo que hace á Leopardi, esta visita á su palacio, á lo que él llama «los silencios del paterno nido» (1), hace comprender enseguida el matriz particularmente intelectual de su pesimismo. La biblioteca en que pasó gran parte de su juventud ha permanecido tal como su padre, el conde Monaldo, la había formado. Es una vasta y elevada galería, distribuida como en numerosas celdas guarnecidas de libros. Todos los volúmenes que pueden servir para el conocimiento profundo de la historia, de la filosofía, de la teología y de diversas literaturas están reunidas en estos armarios. En este maravilloso laboratorio de trabajo se enclaustró el poeta, doctor Fausto de veinte años, á la vez cándido y apasionado, meditabundo y enfermo. Se enfrascó, se abismó en trabajo de filología y filosofía, y en sus horas de distraccion compuso versos. El retrato que se ve en una de las paredes muestra un semblante lleno de sufrimiento y de fineza, con una extraña tristeza en su mirada fatigada y penetrante. Aquí, entre estos viejos volúmenes forrados en pergamino, tuvo su origen ese rico caudal de poesía nihilista. Leyendo estos libros el joven noble de Recanati, desde los veinte y cinco años y ántes de haber vivido propiamente, llegó á la condenacion más decisiva de la existencia que haya sido formulada en el siglo de Schopenhauer y de Byron.

(1)

*Poi che del patrio nido
I silenzi lasciando.....*

La originalidad profunda del pesimismo de Leopardi reside, en ese carácter casi impersonal que, por cierto aspecto y á través de diferencias innumerables, recuerda el fenomenismo de Lucrecio. Uno y otro, aunque poetas y grandes poetas, han sido filósofos en todo el rigor del término, capaces en igual medida de idea y de sentimiento, de doctrina y de imaginación. Ambos comenzaron por puntos de vista generales, y en modo alguno, como el mismo Byron, Musset ó Henri Heine, por un dolor puramente individual. La reflexión sobre la desgracia personal parece haber llegado más tarde y como un corolario de una ley de conjunto aplicada al destino particular de cada uno de ellos entre los destinos generales. De aquí, lo mismo en Lucrecio que en Leopardi, la carencia de anécdotas, y si así puede decirse, esa solemnidad de acento que da á la elegía sobre *El amor y la muerte* como al IV libro de la *Naturaleza de las cosas*, algo de cósmico y de grandioso, la belleza de un himno de una liturgia atea. En Leopardi siempre domina la lasitud moderna. En él no halla eco la trompa de osada rebeldía que el poeta pagano hacía sonar contra los dioses, regocijado de ver el cielo vacío y reducida la muerte á la placidez de un sueño eterno. Y es que entre estos libros del solitario de Recanati y al lado de los que le enseñaron la universal vanidad de las cosas, había otros, los cristianos, que hablaban de un Padre celestial, de una vida eterna, de una suprema justicia en la suprema bondad. Leopardi ha creído en éstos, aunque sólo creyese un día, aunque desde entónces y desde la adolescencia, como él lo refiere en la *Noche de fiesta*, la miseria de todo llegó á hacérsele palpable hasta por las más leves impresiones! Aún la canción de un campesino que va por el camino, le oprimía el corazón, oyendo como se iba apagando en la distancia.

. . . . *Ed alla tarda notte*
Un canto che s'udia per li sentieri
Lontanando morire a poco a poco,
Giá similmente mi stringeva il core.

El sentía la vida pasar como ese pasajero, la hora alegre alejarse como esta canción. Su padre era un buen católico, piadosa su omnímoda madre, sacerdotes fueron sus dos preceptores, y uno de ellos, el buen jesuita Guiseppe Torres, tuvo siempre su afecto. Creyó, pues, y creyó profundamente. Si los quejidos nostálgicos de Rolla no estallan en sus poemas, la creencia de otros días se adivina en el dolor que le infligen sus certidumbres posteriores. Entre el ateísmo de un pagano como Lucrecio y el ateísmo de un cristiano desengañado como Leopardi, hay un abismo. Es la diferencia entre la soledad de un expósito y la de un huérfano que ha perdido su padre. Esta tristeza es una tristeza sin remordimientos. La pureza de su vida se reconoce en este signo que lo coloca aparte en la tribu culpable de sus hermanos, los grandes desolados del siglo. Los paisajes dibujados en el fondo de sus ensueños sólo ostentaban formas puras. Casi todos fueron entrevistos por las ventanas de este gabinete de estudio, esto se adivina, y que á ninguno de ellos se asocia el recuerdo y el sinsabor de un ideal profanado. El casto Vigny no tiene esta pureza tan pura ni tan tierna. Como en la leyenda de San Francisco, que yo leía yendo hacia Asís, los personajes con quien departe el poeta nihilista con más frecuencia, son hijos ó seres de la naturaleza: un gorrion, una retama, una constelacion. Con qué melancolía ha hablado de esas hermosas estrellas de la Osa, que contemplaba «centelleando sobre el jardín de su padre!». Con qué elocuencia celebra la muerte feliz de los pájaros:

*Tu, solingo augellin, venuto a sera
Del viver che daranno a te le stelle,
Certo del tuo costume
Non ti dorrai»*

«Como describe con amor esa flexible retama que nace al pié del Vesubio, que orna con sus ramas perfumadas las desoladas campiñas, las lavas retorcidas de las antiguas erupciones y el suelo humeante de la *solfatara*. ¿Quién ha escalado el peligroso volcan del lado intacto que mira á Pompeya, sin admirar esos delicados arbustos, del

alto de un hombre, y el oro de sus racimos brillando sobre el negro luciente de la arena? Cómo el poeta, en breves palabras, ha sabido dibujar este paisaje y la gracia de estos últimos ramos floridos sobre esta ceniza!

*«Or tutto intorno
Una ruina involve;
Dove tu siedi, o fior gentile, e quasi
I danni altrui commiserando, al cielo
Di dolcissimo odor mandi un profumo,
Che il deserto consola.»*

Véase como entrambos, el santo y el ateo, llegan á una especie de respeto envidioso ante la inocencia de la vida inconsciente. Pero el santo envidia esta inocencia y el poeta aspira á esta inconciencia.

Si se ha leida y se ama á Leopardi, es imposible, en esta biblioteca, dejar de sentir el asalto de estas visiones y otras parecidas. Un cofre de vidrio contiene las reliquias del gran escritor, desde sus cuadernos de escolar hasta sus más famosos poemas. Ante este pequeño museo de Recanati, delante de esta pequeña biblioteca compuesta por la señorita Paulina Leopardi de las obras todas en que se ha hablado de su hermano, delante de estos cuartos respetados que me enseñaba un sirviente que desde niño habia servido al poeta, he sentido reconocimiento por tan bello y raro ejemplo. Hay en todo ser humano que ha podido algun dia hacer una obra modelo de belleza, no sé qué de sagrado que justifica y ordena esta devocion póstuma. Cuando esta falta, tan culpable es el pueblo como los parientes. Tal vez las pequeñas ciudades son más propicias á tal devocion que el vasto y tumultuoso París, y las antiguas familias más aptas que las modernas, tan rápidamente dispersadas y renovadas. Tal vez tambien el afecto desinteresado de una hermana se complace en esto más que otro alguno. Siempre la visita á la casa del melancólico escritor termina con la dulcísima impresion de que el Amor, aunque él no lo haya dicho así, es más fuerte que la Muerte. Si ellos nacieron á la misma hora, como él ha dicho, el Amor lleva en sí el invencible de-

seo de vencer su funesta rival, y él la ha vencido aquí, en este viejo palacio en que todavía está el poeta tan presente que se imagina uno que lo oye andar y suspirar los versos admirables de sus *Ricordanze*

«*Ahi Nerina! In cor mi regna
L' antico amor. Se a feste anco talvolta,
Se a radunanze io movo, infra me stesso
Dico: o Nerina, a radunanze, a feste
Tu non ti acconci piú, tu piú non movi.
Se torna maggio, e ramoscelli e suoni
Van gli amanti recando alle fanciulle,
Dico: Nerina mia, per te non torna
Primavera giammai, non torna amore.
Ogni giorno sereno, ogni fiorita
Piaggia ch'io miro, ogni goder ch'io sento,
Dico: Nerina or piú no gode; i campi,
L' aria non mira. Ahi tu passasti, eterno
Sòspiro mio: passasti: e fia compagna
D' ogni mio vago immaginar, di tutti
I miei teneri sensi, i triste e cari
Moti del cor, la rimembranza acerba.»*

PAUL BOURGET.



QUINTANA.

Manuel José Quintana.—(1772-1757).—Ensayo Crítico y Biográfico por Enrique Piñeyro.—París.—Librería Briquet.—Madrid.—Librería Gutemberg.—1892.—252 páginas in 8º

El nuevo libro del ilustre literato Sr. D. Enrique Piñeyro, sobre la vida y las obras del gran poeta Manuel José Quintana, llegó á esta ciudad y se puso de venta en la librería *La Enciclopedia*, mediando el anterior mes de Octubre. Poco ántes, insertó este periódico, á modo de fragmento, uno de los capítulos, para dar á sus lectores la prueba anticipada de la hasta entónces desconocida produccion, que primorosamente se imprimía á la sazón en Francia, y adelantaba la presuncion, bajo la eficaz garantía del trozo reproducido, de que la obra de que formaba parte, habría de reafirmar la fama merecida de su eximio colaborador, honrando así tambien el buen nombre cubano en el círculo de las bellas letras. Los elogios de algunos semanarios de literatura, al confirmar aquella persuacion legítima, han sido indicio de grato recibimiento por parte de la juventud, que lee con provecho y delectacion á Piñeyro; y para que no quede incumplido el ofrecimiento hecho por la REVISTA, de exponer sus impresiones acerca del libro, y sin que obste para que su sábio Director ó alguno de sus ilustrados redactores publiquen su juicio más competente, á mí, en particular,

casi no se me ocurre decir de aquel otra cosa más, como resúmen y compendio de mi parecer, sino que es excelente. Soy yó empero el ménos apropósito á declararlo, tanto por la escasez de mis dotes y ninguna autoridad en toda clase de disciplinas, como por haber sido siempre y seguir siendo muy devoto del Sr. Piñeyro, ya que no he tenido la fortuna que otros paisanos, de desacostumbrarme á mirar en él un literato consumado, pues que ántes al contrario le pongo cada vez con mayor ahinco entre los críticos de primer órden. Méenos para añadir algo, ó ampliar, aquella impresion mía, que para que no se crea que la dá á manera de sentencia quien se confiesa sin títulos que á ello le abonen, examinaré algunas censuras que al precioso trabajo se han dirigido últimamente; y para que tampoco se me tome por admirador ciego de apasionamiento, procuraré conducirme con imparcialidad, de modo que al paso no resulte irreflexiva la alabanza, ni temerario y presuntuoso el disentimiento.

Y lo que primero me asalta es la triste consideracion de que me vea obligado á discurrir como defensor (aun tratándose de quien no lo necesita, y de lo que por su valor intrínseco se recomienda por sí en alto grado), donde mi razonamiento pudiera ser no más que el juicio propio, sin referencia alguna á los ajenos; pero es fuerza rectificar y aún es oportuno hacerlo, para que las cosas queden en su punto y se vean derechamente, si los que ántes hablaron cometieron errores ó se equivocaron, y este es el caso—á lo que entiendo—de un escritor á quien, por lo demás, consagro afectuosa amistad; pero del que disiento por el fondo y muchísimo más por la forma de cuanto, siquiera muy breve y precipitado, acaba de dar á luz contra el reciénllegado trabajo de Piñeyro. Las escasas frases que le dedicára en el folletín—*Conversaciones Dominicales*—inserto en *El País* del 25 de Octubre último, son tan inmeditadas como desdeñosas. Declara allí que hasta la fecha sólo había leído dos capítulos de la obra de Piñeyro y, por lo mismo, reconoce que no es bastante para «juzgar un *libro erudito*» del que presiente que puede «ser decisivo en el juicio DADO POR MUCHOS hasta ahora, del cantor de Padilla», acaso porque, apesar de haber leído muy poco de él, le va «PARECIENDO QUIERE SER *encantadoramente arcáico* como los estudios de Anatole France, con CIERTO

IMPRESIONISMO Á LO DAUDET». Estas indicaciones, bien que muy oscuras, revelan que la lectura de los dos capítulos produjeron en el ánimo de Valdivia muy agradable efecto. Sin embargo, agrega, desatendiendo la contradicción y el dogmatismo de sus apotegmas, lo que copio á la letra: «hasta lo que llevo leído no dice el Sr. Piñeyro *nada* que no haya dicho *todo el mundo*. *Cierto que lo dice bien*, pero, lo repito, es *lo que dice todo el mundo y en el estilo de todo el mundo*». Por supuesto que afirmación semejante no pasa de ser una humorada de folletín. A mí al ménos se me hace cuesta arriba el creer que se haya estampado con formalidad; porque si Valdivia asienta que lo que expuso Piñeyro en dos capítulos de su obra es *CIERTO QUE LO DICE BIEN*, el propio Valdivia no puede al mismo tiempo creer y afirmar que está dicho *en el estilo de todo el mundo*. Ni todo el mundo tiene estilo, ni todo el mundo siquiera dice bien lo que dice. Decir bien es una ventaja, una distinción, una condición intelectual que separa y aleja de «todo el mundo», á quien tiene la fortuna de gozar de ella. Y ¿qué tampoco, puede saber «todo el mundo» del cantor de Padilla? Y, por ventura ¿podría hacer «todo el mundo», ó cualquier *quidam*, dos capítulos por los cuales conceptuase Valdivia del libro cuyos son, que anunciaba ser «encantadoramente arcaico» como tales escritos de Anatole France, con más «*cierto impresionismo á lo Daudet*»? Alguna razón, no obstante, debió tener el folletinista de *El País*, por más que ella no le impidiese dar esos traspies; y es que él «hubiera preferido —*bajo pluma de Piñeyro*— otro poeta, no tan manoseado y trabajado en todos sentidos como Quintana». El gusto especial de Valdivia no ha estorbado para que Piñeyro tuviese ya impreso y circulando un libro sobre Quintana, y—por otra parte—parece imposible cosa el preparar uno sus trabajos y escoger los temas de su aplicación, de conformidad con las preferencias ajenas ó el gusto «de todo el mundo». Y ¿si me gusta á mí esto y nó aquello? Y ¿si quiero esto y nó aquello? Lo natural, pues, y lo que ocurre por ley, es que los trabajos á que uno aplica su esfuerzo sean escogidos en armonía con el gusto, las aficiones ó deseos de uno mismo. También implica contrasentido la observación de Valdivia, pues que la frase incidental: «*bajo pluma de Piñeyro*»—aunque ni clara ni correcta,—envuelve estimación al es-

critor, significa en su sinécdoque, que se tiene por escritor notable á Piñeyro, y estos tales son precisamente los únicos que pueden retocar las figuras más usadas, y que están en aptitud de revisar con fruto los asuntos manoseados, mayormente si pende el fallo «decisivo» entre otros muchos juicios, como en este caso de Quintana parece creerlo Valdivia. Con variantes más ó menos menudas, con reservas ó sin ellas, por lo general es uno y el mismo el juicio que han emitido sobre Quintana los críticos autorizados, desde Ferrer del Rio á Cañete, desde Menendez Pelayo á Piñeyro. Nadie tenía que dar el fallo definitivo, porque no había controversia, ni dudas esenciales, ni divergencias muy hondas. De todos lados se eleva el mismo voto consagrandó á Quintana como el mayor lírico moderno de España, y hasta por el primero de todos le creen los que ponen debajo de él á Fray Luis de Leon, aun siendo como son poetas de índole diversa, de diferente entonación y espíritu, y aún de escuela distinta.

Y nada de esto equivale á sostener que en este ni en los demás aspectos de su inteligencia y de su vida, haya sido—como Valdivia lo pretende—«manoseado y trabajado en todos sentidos». Me inclino á la opinion opuesta. Su nombre, su apellido, sí ha sido usado y sigue usándose hasta la saciedad y á menudo inscientemente. En Cuba, sobre todo, no hay oda que—cuando se está para el paso—no recuerde al *chauvinisme* y al compadrazgo, la entonación de Quintana y hasta el lirismo *sui generis* de Píndaro; y eso que Píndaro, ántes que manoseado, ni se comprende, ni se conoce sino por quienes sean literatos sábios ó helenistas. Respecto de Quintana, con excepcion de algun escrito exclusiva ó característicamente biográfico, de este ó esotro prólogo á ediciones más ó menos incompletas de sus obras, y de las noticias y apreciaciones contenidas en tratados ó estudios generales de literatura española, no conozco otros trabajos especiales, con anterioridad al de Piñeyro, que el *Discurso* de entrada en la Real Academia que escribió D. Leopoldo Augusto de Cueto y la *Conferencia* de D. Marcelino Menendez y Pelayo, que lleva el número trigésimo tercero en la série que sobre «*La España en el Siglo XIX*» inauguró el Ateneo de Madrid en el curso de 1886 á 1887; pues que no he de contar tambien lo que escribió del mismo Quintana aquel insig-

ne montañés en dos obras muy diversas por el asunto y animadas á trechos de encontrado espíritu, ni lo que, iéndole á la zaga, puso Boris de Tannenberg en un libro suyo de 1889, titulado *La Poésie Castillane Contemporaine*; porque ni en esta ni en aquellas se trata de monografías, sino de capítulos ó elementos de obras de más generalidad en su contenido; pudiendo añadir con respecto á la *Conferencia*, que consta de dos partes, la una nueva, y la otra en que repite su autor, letra por letra, lo que está en una de las obras á que he aludido; por donde, si no estoy cabalmente informado ó me fuere infiel la memoria, resulta que es el que Piñeyro acaba de publicar, *el único libro consagrado especial y exclusivamente al exámen de la vida y las obras de Quintana*. Luego se entra por el campo de las comparaciones el apreciable cronista de *El País*, para manifestar, juzgando siempre por los dos capítulos, que *no le parece* Piñeyro, «el Lemaître ó el Taine del *petit-Hugo* que fué Quintana». Tampoco á mí me lo ha parecido, apesar de haber leído enteramente el libro, si bien ignoraba que Taine y Lemaître fundáran su nombradía en alguna crítica sobre Victor Hugo; por que Quintana es tan diverso de Hugo que no le viene lo que de él dice Valdivia, parangonando al recio poeta de la guerra española contra Napoleon, con el múltiple *poeta de los niños y de las madres*; al cantor cuya lira unicorde lanzaba rugidos de muerte, y el sublime vate que en arpa maravillosa de infinitos tonos, supo encontrar acentos poderosos para todas las ideas, para todos los sentimientos, para todas las creencias, y áun—si se quiere—para errores y delirios; pero que, mientras el lírico de España es el primero de su nacion y de su tiempo, aunque solo cuando en sus versos rugen animados y feroces los simbólicos leones del escudo nacional, ha merecido que probablemente sin injusticia ni exageracion se le proclamára «el primer poeta lírico no sólo de Francia, sino de todas las naciones antiguas y modernas»; y para nosotros, nacidos en Cuba y cuando ya había enmudecido Quintana, cuando no podían oirse los acentos apagados de su cítara de bronce, no ha podido ni puede seducirnos ni ménos convencernos ese poeta de una raza irritada, de una época de turbulencia y de lucha fiera. Su palabra, cuando enfurecida, cuando desanimada, ha debido ser en esta tierra el eco perdido, la nota ya casi desvanecida de

situaciones distintas á las nuestras, ó de dolores en que no participamos; mientras el flexible é inagotable autor de los *Desgraciados*, del inmenso y radioso poema en prosa *Los Miserables*, de las *Contemplaciones*, de la *Leyenda de los Siglos*, más moderno, más conforme con nuestro modo de pensar y sentir, aparece durante cincuenta años, aún entre sus artificiosas declamaciones, como un porta-estandarte y vocero de la civilización, como conciencia y verbo de nuestro siglo.

En estas consideraciones me fundo para señalar como violento el cotejo y como incongruente la apreciación que se sirvió hacer Valdivia con motivo de Quintana, y que en sí mismos bastan á desautorizar la crítica de su folletín. Tan peligroso es como el hacer comparaciones, el dar rienda suelta á las ambiciones del deseo, pues que el Sr. Piñeyro no puede ser ni Lemaître ni Taine, ya que no es sino Piñeyro, como aquel no es más que Lemaître y este no es más que Taine; aunque no están en la misma línea; porque Taine, ménos crítico de letras al día, ménos dado al exámen literario de obras sueltas, es un fundador, un crítico único, que se ha construido su sistema de filosofía y sus teorías artísticas y cuya crítica especial consiste en la aplicación metódica de aquel y estas. Piñeyro y Lemaître proceden de otra manera, emplean procedimientos que entre sí difieren en la forma y de aquel en lo fundamental. Son más literatos, en la acepción técnica y artística de la palabra; escritores de *arte literario*, que en nada se parecen, que se expresan en lenguas diferentes y de diferente manera, sóbrio, sério, grave, el uno; móvil, ligero, gracioso, *modernista* el otro, como que escribe para lectores de París y en la efervescencia gala de aquella atmósfera. Taine es un pensador, un escritor sistemático, que ha buscado y encontrado un método y lo aplica á todas las cosas—libros, cuadros, poetas, pueblos, revoluciones,—con su estilo, una manera peculiar suya de escribir, y—desde luego—con magnificencia y esplendor.

Como sufriera alguna desilusión, entanto que Valdivia quiere alejar de aquellos maestros á Piñeyro, le acerca á no sé qué Topin y á cierto Desroches, que de seguro son para él, críticos de poca cuenta; por cuya razón queda á la postre reducido el trabajo del crítico cubano á apuntes hechos friamente, á algo así como una colección de

«datos esparcidos en varias fuentes y en las ediciones sucesivas de Quintana», y dónde la mirada del investigador no ha iluminado «como una antorcha» ningun «rincon inexplorado del alma del poeta», circunstancias que hacen fallar desdeñosamente á Valdivia, asegurando que «*hasta ahora* no es obra crítica» (1). *Hasta ahora*, quiere dar á entender «los dos capítulos» que únicamente se habian leído. Es una simple equivalencia y es tambien una muestra de tranquilidad de ánimo. El severo censor que al principio declaró no conocer del libro sino «dos capítulos», al llegar al extremo donde clasifica aquel, diciendo que es un «compendio de la vida y producciones *del señor Quintana*,» añade: «Y continúo mi lectura, en la página setenta y cuatro.» Esta página corresponde al final del capítulo *cuarto*, de modo que Valdivia habia leído más de dos cuando sentenciaba el libro, ó no estaba en la página setenta y cuatro cuando escribia; pero á cualquiera se le ocurre que con mejor acuerdo debió esperar á leer la obra toda, ántes de juzgarla tan á la ligera y con tanto menosprecio, y á mí se me antoja que no reanudará una lectura interrumpida sólo para consignar sus curiosas impresiones, á no ser para algun acto de desagravio. No quiero olvidar el temor que abrigo de que como se exigiera de la crítica que iluminase *como antorcha* rincones inexplorados en el alma de los poetas ó en cualquiera ánima, entónces ó no habria críticos ó todas las almas quedarian en las tinieblas en que fueron y actuaron al determinar una vida humana. Y, ó los versos son en los grandes poetas como en los aficionados, expresion mentirosa de afectos y de ideas, ó bastan las obras de los grandes poetas, como

(1) Doña Emilia Pardo Bazan, ménos desdeñosa todavía que Valdivia, acaba de decir en uno de esos juicios en que se puede impunemente hacer gala de superioridad, atropellando por todo y dando riendas á la antipatía, que el libro del Sr. Piñeyro «es útil y *no careee de puntos de vista críticos*.» Lo que ha escrito D^a Emilia es tambien obra de «*Cronica*», y bástala para acusar la parcialidad, á más de todo lo que dice y la manera de expresarlo, la ridicula observacion de que Piñeyro no escribió Manuel *Josef*, sino Manuel *José* Quintana, y la necedad de manifestar que el nombre del crítico habanero le éra hasta entónces desconocido, lo que siempre sucede con todo aquel que hasta un momento ántes no se conocia; pero tratándose de españoles y cubanos el caso nunca es sorprendente.

documentos verídicos, á atestiguar y revelar su propia alma. En tal concepto ¿penetrar en los versos de un poeta verdadero, no es un modo como otro cualquiera de ir mostrando cómo era su espíritu? Y, manifestándose cada hombre en las acciones interiores y públicas que constituyen su existencia privada y social ¿preferir su vida no es descubrir cómo eran su carácter, su índole, sus sentimientos? Pues entónces ¿qué otra cosa ha hecho Piñeyro escribiendo la biografía y examinando los versos y los trabajos en prosa de Quintana, sino ir connotando sus cualidades, caracterizando su inteligencia, fijando en fin su sér propio, esto es, iluminando el alma misma de aquel esclarecido varon? Si apesar del espíritu de todas sus páginas que le imprime el sello particular de una obra de crítica, ha podido afirmar Valdivia que no lo es, yo no sé por dónde lo sean esos dos párrafos que él le dedica. Sin vacilacion ninguna puede decirse de ellos: esto sí que «no es obra de crítica.» Mejor podrian tomarse por uno de esos actos extraños ó violentos, originados en un impulso irreprimido, á veces momentáneo, tal vez por ello indominable, que surgen del fondo mismo del sér, como el de quien, por repentino capricho, se plantára delante de una persona de respeto, un magistrado (pongo por caso) en pleno tribunal, y echándole mano á la nariz, exclamára con aplomo: ¡Olé, salero!

No se me alcanza de qué manera sea arcaico el libro de Piñeyro, por qué lo sea, bien que «encantadoramente»,—(lo cual no se puede afirmar de las obras de «todo el mundo»)—para Valdivia. ¿Será por el argumento, por contraerse á la biografía de un hombre que nació en la segunda mitad del siglo pasado? No debe ser este el motivo de la calificacion, que si lo fuera tendríamos por consecuencia que no hay en el mundo un libro sólo que no sea más ó ménos arcaico. ¡Qué arcaísmo entónces tan absoluto y detestable la historia misma! ¡Qué culpa tan irremisible el escribir de Homero ó de Shakespeare, puesto que con el criterio de Valdivia siempre—más léjos ó más cerca en el tiempo que fué—habria de ser la eternidad de lo viejo y—por ende—vitando, siquiera alguna vez apareciese «encantadoramente», que lo que ya no es hoy, ha caido tan de una vez á la profunda sima, como cuanto tuvo vida hace un siglo ó centenares de años. A ménos de

haberse hecho por ironía la indicacion de Valdivia, es decir, para mostrar con delicadeza su disgusto ó desaprobacion por haber escogido Piñeyro un tema que se le antoja anticuado, habria querido aludir, quizás, á la forma ó el lenguaje del autor. Precisamente la lengua en que está escrito el libro, es propia, particular, la lengua peculiar en que tan seductora y admirablemente habla y escribe Piñeyro; pero muy nueva. No es el idioma de los viejos cronistas, ni el de los cronistas de América, ni el de Solís, ni tampoco el de Hurtado de Mendoza, ni el de Melo, ni muchísimo ménos el del Arcipreste de Hita, como no lo es la de Valera, ó de Menendez Pelayo, ó de Pereda, como no lo fueron las de Larra y de Lafuente; y ni aún es la del mismo Quintana, de igual manera que no es esta ni cualquiera de las demás, la de ningun otro escritor del tiempo que vivimos, y por los motivos evidentes porque un Miguel Antonio Caro que vive por la erudicion y por la fé religiosa en el pasado, conserva la casticidad de la diction antigua, un Montalvo, extraño y magistral autor de los *Siete Tratados*, que violenta su discurso empedrándolo con «las estalactitas del lenguaje», es un caso singular y sorprendente, y un lexicólogo que se atreve á forjar *El Buscapié*, no escribe como antaño cuando no se empeña en imitar lo inimitable. Y por aventura ¿escribe Valdivia, no ya con parecido á Quevedo ó á Cervantes, sino —verbigratia— á Balmes, ó al Marqués de Valdegamas, ó al autor de los recientes *Capullos de novela*? En cambio, Piñeyro tiene estilo propio, característico, que es tambien estilo moderno, por donde se nota la influencia de la lengua y literatura francesa, que—por otra parte—ha intervenido é interviene, más que nunca ahora, para modificarlos profundamente, en el intelecto y el idioma de los españoles y sus descendientes americanos. Se escribe como se piensa y se piensa segun los autores de que cada cual nutre su entendimiento, miéntras la cerebracion moderna, la ideacion compleja, inmensa, nueva, no cabrian en la forma antigua, en el viejo lenguaje de sacerdotes, creyentes, rufianes y guerreros, sino sufriendo la mutilacion mortífera del famoso lecho de Procnsto. Despues de todo, esta cuestion, si lo es por algun motivo, sería siempre inútil. ¿Cuál es el modelo que haya de servir de tipo ejemplar para hablar y escribir el ya impropriamente llamado castellano? Hay un dictiona-



rio de esta lengua, que ha llegado á ser raro y que se conoce—en razon del plan que siguiera la Academia al componerlo,—con el epíteto de «autoridades»; en plural, indicando claramente que en ésta como en las demás, son muchos, y de distintas épocas, los modelos que se proponen, no estando exenta la nuestra, pues que vive, de la ley de toda lengua, que es ley de toda vida, la ley universal de transformacion, cuyo ciclo fatal se extiende desde los orígenes hasta la muerte. Sea de ello lo que fuere, no puede negarse, á ménos que se tenga embotado el paladar para estas cosas, que Piñeyro maneja con maestría, destreza consumada y elegancia suprema la lengua de sus libros y oraciones, bien que esas cualidades puedan constituir «el estilo de todo el mundo», seguramente en algun planeta poblado de humanistas ó en alguna República de literatos, especie de Icaria de sábios y artistas, siendo de lamentar que no sea ella, por desgracia, ésta isla de Cuba. No implica lo dicho que esté á mi juicio el último libro de Piñeyro, en lo que atañe á estilo y lenguaje, limpio de toda mácula. El mimado Varela, la gentil D^a Emilia Pardo Bazan, el donoso Menéndez Pelayo no han sido, á su turno, impecables é inmaculados, y leyendo con el vidrio de Clemencin el que para el universo mundo es el nunca bastante admirado y como ningun libro deleitoso y jamás cansado, divísase un centon de todos los atentados contra la gramática y aparece adulterando la lengua el rebelde que al mismo tiempo dictaba á su pueblo y su descendencia regocijados, el cánon de oro que en lo sucesivo no se atrevería nadie á desacatar nunca.

Tal como si Piñeyro hubiera querido prevenir las censuras de nuevos Herosillas y Tineos á su propio estilo, escribió algunos párrafos en el capítulo tercero de su libro, para defender á Quintana, y que merecen recordarse:

«Dar ó no dar importancia—dice desde la página 60—á nimiedades de forma es independiente del grado de habilidad en el cultivo del arte y la poesía, y someterse espontáneamente á vocabularios reducidos y á reglas inflexibles de gramáticos es condicion del todo inútil, cuyo minucioso cumplimiento seducirá sólo á quienes no arrastra mucho el ímpetu ó vigor de la inspiracion. Melendez y Quintana son hoy estimados como autoridades en cuestiones de estilo y de lengua-

»je á despecho de la vieja ojeriza de los puristas, y á pesar de que
 »muy deliberadamente se abstuvieron de seguir *la vaga supersticion*
 »*de lo castizo.*»

Refuerza aquí su opinion por medio de una nota muy oportuna, y continúa como sigue: «Esa supersticion todavía no era entónces
 »una moda, casi una manía, como lo es ahora, que cualquier escritor,
 »—aumentando la anarquía que existe por falta de un diccionario cu-
 »ya parte histórica valga siquiera tanto como la del francés Littré,
 »y que ofrezca suficiente número de ejemplos clasificados y ordenados
 »segun las acepciones,—se erige por su propia cuenta en legislador de
 »la lengua, indulta ó proscribte, entierra ó resucita á su antojo giros ó
 »vocablos, y encuentra siempre, en Europa ó América, quienes imiten
 »el andar y ajusten el paso.»

De igual modo, en otro párrafo del mismo capítulo, descúbrese algo así como su teoría en materia de casticidad—que como se ha visto calificó felizmente de «vaga supersticion»—y pureza de lengua, y que, si es verdad que se contrae á Quintana, sirve tambien para explicar su índole de escritor y las ideas que le determinaron tal como se presenta en sus obras; por lo que todo lo que se dijera con relacion á él, para justificarle ó rebajarle, sería en definitiva inútil y no habria, por de contado, de acuitarle ni poco ni mucho. Para darse cuenta y exculpar de camino «el gusto afrancesado» que á veces se nota «en la prosa de Quintana», asoma en las páginas 63 y 64 la explicacion siguiente: «Dadas la educacion que recibió, la atmósfera
 »literaria y filosófica que respiró durante sus estudios, las formas que
 »desde la niñez se grabaron en su cerebro, todas las condiciones en
 »fin que nadie mejor que él ha enumerado y analizado en su excelente discurso sobre la poesía del siglo xviii, era natural, forzoso que
 »se adhiriese á su estilo y diction un ligero tinte francés, entónces
 »muy comun, equivalente al tinte italiano que en otra época se notó,
 »y que tan visible á veces persiste en Cervantes mismo; pero ese
 »colorido fué en Quintana poco á poco haciéndose más ténue, y apénas se descubre ya en los trabajos de la última época de su vida, es
 »decir, posteriores á 1820.»

Palabra por palabra, esto mismo se repetiria con acierto y oportu-

nidad aplicándolo al Sr. Piñeyro como enumeración de las circunstancias que han producido su manera de pensar y de escribir, si bien por ser casi idéntico el origen común del castellano y el francés, ó porque en razón de la vecindad influyera éste en aquel desde muy temprano, según pudiera comprobarse con frases entresacadas de la *Siete Partidas*, sería obra de romanos el purificar de galicismos la lengua española, porque lo sería el impedir que el intelecto de los actuales hijos de España y sus afines americanos, dejara de funcionar, como va sucediendo por el vehículo de los libros franceses y en conformidad con el espíritu de la civilización, de un modo cada vez más moderno y cosmopolita. Debe tomarse en cuenta que tampoco es natural que en América y particularmente en Cuba no sufra la lengua modificaciones de acento, tono y estructura. Sé que no hablamos bien, comunmente, los cubanos la lengua madre, lo que, por lo demás, tiene que ser así: Cuba, y singularmente su capital, por el aspecto y el carácter, ha sido desde sus orígenes comerciales una factoría y es un emporio babilónico, decaído y deteriorado ahora, pero donde se conserva indeleble la huella de la secular y desastrosa función que ejerciera en el conjunto universal de los pueblos, y por cuyo efecto vivieron y viven en ella aglomeradas y en contacto razas diversas, privadas aún algunas de ellas de los beneficios de la cultura y que hasta hace poco estuvieron sumidas en la barbarie ó en un estado moral á ella vecino, motivos poderosos á engendrar y mantener con la flaqueza de la inteligencia, cuando no su degradación, el empobrecimiento y la adulteración del lenguaje. Aunque no somos los peores. Probablemente en las poblaciones de Sur-América y de la misma España, la mayoría de la gente del pueblo, habla detestablemente. Allí, si no es muy marcado el carácter étnico distinto de sus varias ramas, que formaron reinos separados, siendo como es la población peninsular el producto de la mezcla de emigraciones violentas que acudieron de todos los ámbitos del antiguo mundo, alguna tan remota como la de los turanios, antecesores del vasco, se vé á la primera ojeada la diversidad de dialectos, y que renacen y ya parecen lozanos el gallego y el catalán; lo que sobradamente determina un oleaje de residuos que acorre de todas partes y en incesante batir va formando el aluvión de la lengua,

de otra lengua más amplia, más rica, pero distinta de la vieja de Castilla. Miéntas tanto, el pueblo español se expresa de un modo horrible. El gallego y el asturiano violan sin remedio la ortología; el vallisoletano y el madrileño desgarran como una membrana diftérica la jota mortífera del árabe, que daría espanto á un alemán, y habla el andaluz farfullador un dialecto que varía en las provincias de aquella antigua mansion de los vándalos, los árabes y los moriscos, en el cual se mezclan los términos gitanos y germanescos y que usan, al ménos en sus relaciones privadas, hasta los hombres de la superior ilustracion de D. Antonio Cánovas del Castillo, y todos los peninsulares ó casi todos al unísono, lanzan como un seco palmetazo el chasquido de su inmensa *zeta*, y despachan contra el rostro del oyente descuidado, *los postillones* del salivoso *ceceo*.

A quí, en los grupos educados, no hubo prosistas, anteriormente al año 1868, que se esforzaran en escribir á la usanza antigua, con excepcion de uno que otro, por caso raro; por ejemplo, el novelista Piña, y por alguna vislumbre, otro novelista, Villaverde; pues que Domingo Delmonte, que se propuso imitar á los clásicos, lo único que logró de su aplicacion fué, apesar de haber residido en Madrid y en el comercio de sus literatos, cierto atildamiento y rebuscada correccion, y si álguien se cuida poco de seguir las aguas de aquellos escritores por quienes esplendió la lengua en el llamado siglo de oro, es el discípulo entusiasta de Théophile Gautier y traductor del inspirado poeta de los *Yambos*.

Al cabo, Piñeyro tiene estilo propio, que por el hecho patentiza su personalidad autónoma, y el cual viene á ser la síntesis de cualidades morales é intelectuales muy poco comunes y de altísima valía, tales como la limpidez del pensamiento y la serenidad del ánimo, la frase sin apatustos, angaripolas ni bambolla, la idea desnuda, cual si viviese por sí y en su esencia, y que resbala suavemente y luminosa, en el cristal de su discurso, y el espíritu tranquilo que lo contempla todo y examina sin sombras, sin que un ténue rizo altere y arrugue ni por un instante la plácida y argentada superficie. Por eso, y tambien por el gusto exquisito, la curiosidad nunca adormecida, y la vasta lectura, pues lo mismo cultiva la Geografía y la Historia, que el

Arte y las Letras, en general, como la erudición clásica ó española y las Antigüedades de este hemisferio, ha podido descollar, y es sin duda ninguna un crítico eminente. Tiene, sin embargo, la prudencia —á que llaman con profundidad los franceses «sabiduría»,—de no hablar ni escribir sino de lo que conoce, como es debido, en todos y cada uno de sus elementos, lo que viene á ser una forma y de las más bellas, de propio respeto, el que—por añadidura—promueve en los demás y le concilia la estimación más legítima y merecida.

Y esta vez ha ejercitado Piñeyro tan cabalmente aquellas sobresalientes cualidades suyas, que pudiera creerse que al correr de su natural evolución ha surcado el tiempo su fisonomía literaria con un pliegue que ántes no se divisaba en ella. El mismo ha referido, en esta REVISTA, la nueva afición á las cartas de celebridades en las letras, que no sintió en su juventud. El libro sobre Quintana revela otra modificación; en él se acentúa el gusto yá decidido por la erudición; aparece el cuidadoso esmero de buscar y citar con exactitud, y una como embriaguez de bibliófilo. Antes no sucedía lo mismo. Recuerdo que hace unos doce años le oí celebrar cierta obra y decir de ella que era el ejemplar de los libros. No puedo jurar que diera entre sus razones la de que en ella apénas se hacen citas. Creo, sí, poder asegurar que la tenía por resúmen de lecturas asimiladas, por síntesis de la erudición más copiosa, pero en que se ocultaba la andamiada; y es el caso que en la *Historia de la Revolución Francesa* de Th. Carlyle se cita muy poco, en comparación de la generalidad de los libros, sobre todo de los de Sorel y Taine sobre el mismo asunto; aunque el modelo por excelencia es el que escribió Mignet.

Aparecen así mismo ahora en el Ensayo de Piñeyro, pero dominadoras y casi exclusivas, las aficiones puramente literarias, la delectación de la forma, un si es no es el extásis contemplativo de la belleza rítmica, ideal, de la palabra y el estilo, por donde el Sr. Piñeyro descubre su temperamento de artista, enérgicamente delineado y caracterizando la última transformación de su espíritu. La nimiedad escrupulosa con que coteja y anota ediciones de Quintana y se detiene en el exámen y escogimiento de sus versos, sin desatender las diferentes lecciones, supone un hombre encerrado en su aposento, protegido contra toda

especie de ruidos, absorto, engolfado, á quien anima devocion sincera y todavía ardiente, acaso más ardiente que ántes, y que, en hora crítica en que parece retirarse la poesía de la escena del mundo, se refugia en el Arte buscando en él consuelo al desengaño y la desesperanza,—á modo del creyente de un culto perseguido, que sumido en el rincón de la catacumba protectora, no vé, ni siente, ni quiere sino su ideal, que es su vida. Hay una página en el libro de Piñeyro—la setenta y siete,—en que se ausculta la emocion del virtuoso venciendo dificultades, gozoso de haber encontrado una armonía perdida.... Su temperamento, su vocacion, el impulso inicial de su cultura han contribuido, junto con las decepciones que la sociedad engendra y las amarguras con que la política ulcera las almas delicadas, á ese predominio del sentimiento estético, del amor tiránico á la belleza de la forma, especie de culto en que arde la última llamarada en los ápices de la existencia, como ese rayo postrero del ocaso que en las altas cumbres reverbera algunos instantes en la nieve, aérea ave que vió el viajero temblar en el más empinado picacho de Sierra Morena, y al fin emprendió el vuelo, anunciando la noche. El corazón del artista cubano es un vaso escondido donde vive aún la flor melancólica de pálida corola que embalsama con ténues perfumes su vida tranquila, hasta donde no llegan, sino como notas misteriosas del viento, las agitaciones prosáicas que á distancia se encrespan y gruñen.

Por estas circunstancias ha podido escribir el Sr. Piñeyro un libro curioso, ya que siendo, por el espíritu, un desagravio y una apología, no deja sentir, sin embargo, el calor, la animacion del entusiasmo apologético. Parece más bien el producto lejano, la forma serena y ulterior del sentimiento primitivo que lo engendrara, una petrificación de la antigua lava en fusion, á la manera del diamante y el mármol que semejan hermanos de la nieve porque disimulan y esconden el intenso fuego en que se forjaron, como si en ellos la luz se hubiera endurecido y el calórico se hubiere congelado. En algun trecho, no obstante, soflama el desdén, denunciando la llama interna, cual el ténue vapor de imperceptible solfatara por donde se escapa el vaho caliente de profunda ignicion.

El tomo atestigua diligente y abundantísima informacion, y osaría

yo apostar á que nada que á Quintana se refiriese escapó á la aplicacion y pesquisas de su autor, el cual despliega verdadero lujo en su erudicion directa, ó de primera mano. Y esto ya dice, y el trabajo todo prueba la íntima simpatía, el respeto y admiracion que le inspiran en Quintana el hombre y el poeta, lo que explica suficientemente que escogiera por tema de estudio su vida y sus obras. Desde hace largos años, en un artículo que publicó en el periódico ilustrado que con el título de *El Mundo Nuevo* redactaba en Nueva York, dando cuenta de una edicion que salió á luz por entónces (1), mostraba Piñeyro su predileccion por Quintana, y tan poco ha variado á ese respecto, que en aquel trabajo está sustancialmente el libro, mejor dicho, el libro es el desarrollo del artículo citado. Lo único que ha variado es la intensidad de los setimientos y el ardor de su expresion; porque tambien han transcurrido muchos años y son ahora muy diversas las circunstancias.

No he de repetir, ni en brevísimo resúmen, la vida de Quintana, que es el asunto del libro, y donde se exponen los hechos capitales de aquella, por lo cual, y por examinarse tambien desde un punto de vista general sus obras, sobre todo las más notables, le puso Piñeyro con propiedad suma el subtítulo de *Ensayo* (2), lo que indica, corrientemente, que no es un trazado muy extenso ni minucioso (3). Este es su sentido propio en las letras, áun cuando bajo ese mismo nombre se hayan publicado libros de trascendencia y muy detenido trabajo, como el «*Ensayo sobre el Entendimiento Humano*», de Locke; los *Ensayos sobre la Bondad de Dios, la Libertad del Hombre, y el Origen del Mal*, de Leibniz, que son muy extensos, pero ménos todavía y no tan conocidos como sus «*Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano*», en que impugnando al filósofo inglés, parecía renovar la distinta posicion

(1) De Medina y Navarro. Madrid. 1872.

(2) «A Biography is an account of the life of an individual. When the chief incidents only are touched upon, it is called a Biographical Sketch.»

Advanced Course of Composition and Rhetoric—by G. P. Quackenbos, A. M.—pág. 319.

(3) Id. p. 379.

que tomaron en las escuelas griegas las doctrinas de Platon y Aristóteles. ¿No se vé ahora muy claramente que si Piñeyro, como biógrafo, hubiera querido ahondar, escudriñando en el alma de Quintana, estaba en su derecho; pero que nadie lo tiene, en cambio, para exigirle que en un *Ensayo* alumbrára como una antorcha no sé qué rincones inexplorados?

Fué una noble vida la de aquel español magnánimo que supo indignarse ante el recuerdo de la Conquista y las iniquidades del sistema colonial, que tuvo palabras de esperanza y reparacion para los americanos, que amó la justicia y por ella y por la libertad sufrió persecucion, que se entusiasmó por el progreso humano, mereciendo por tantos títulos que se le llamára «poeta de la civilizacion.» Para ser simpático y venerable aunó la austeridad y la benevolencia, la moderacion y la firmeza. Comprendo, pues, el interés que por tanto tiempo ha inspirado al Sr. Piñeyro. Comprendo tambien la estimacion por el literato, por el humanista, por el crítico templado siempre en medio de tantos enemigos; pero no me explico el entusiasmo demasiado sostenido y tan duradero por el poeta. Menendez Pelayo ha distinguido en él al poeta á quien inspiran «el liberalismo filosófico y cosmopolita» y canta las glorias de la civilizacion y el anhelo de libertad, del otro, que pone en segundo término y denomina «el poeta de la pátria.» A éste principalmente me refiero. Como poeta, Quintana escribió poco, fué casi siempre su musa su propia filosofía, una musa abstracta y teórica, y ni tuvo ternura, sentimiento verdadero, delicado, profundo, ni gozó tampoco de muy grande fantasía. Al contrario, su mente de poeta es el reflejo de la árida llanura de Castilla. Son sus composiciones como árboles escuetos, que al sacudirlos el viento se oyen mugir, ó

En seco son de su furor quejarse,

troncos retorcidos y resecos por un hálito de tempestad, y que en ocasion solemne se convierten en lanzas de batalla. Siento en ellos la sequedad del alma, en correspondencia con la sequedad, solitaria y estéril, de aquella tierra en que nació el poeta. Piensa éste sus versos y

hasta escribió primero en prosa sus famosas odas, según dice Piñeyro, siguiendo á Menendez Pelayo, por donde resultan artificiosas, obras de artista, pero sin fluencia, escabrosas, como no nacidas de ingénita espontaneidad, sin el calor natural y siempre sin colorido. Por eso muchos de ellos son hinchados, huecos, pujados; por eso es violento el poeta, vacío, sin muchas ideas, sin luz, afectado y declamatorio. Grande, ciertamente, es la oda «*A la Invencion de la Imprenta*»; pero es magnífica en tanto grado que bombástica, tiesa y pesada.

Y si sintió realmente tales como se han publicado, aquellos versos á *España libre*, que son como el pedestal de su gloria más alta, en él—por un momento, en tal momento—revivió el antecesor beduino, el kabila antiguo que en su alma despertaba de un sueño de siglos. Sin negar la necesidad de combatir á su tiempo, y combatir con teson y con empuje al enemigo de la pátria, ó al enemigo del derecho, es preciso con todo ser un caso de atavismo, el *salto atrás* que reanima al africano compañero del invasor Yusúf, para crispase como Quintana y rugir y babear colérico, en terribles convulsiones de pantera del desierto, á la presencia del francés en cuyas doctrinas se amamantára su espíritu; y sobre todo—áun cuando se conviniera en la bárbara grandeza del hecho—para cantar con vanaglorioso orgullo al guerrero feroz que innecesariamente arroja por encima del asediado muro, el puñal con que la iniquidad sacrificará á su hijo infeliz, cuando tales hechos, indignos del aplauso de una civilización más alta, no tienen otra excusa que los rigores de los tiempos pasados y la rudeza espantosa de hombres conformados por la guerra y la matanza. Sólo un poeta de acero, podía haber evocado aquel recuerdo contra el tirano, la sombra tremenda del bárbaro que por servir al suyo, consumó el más repelente de los atentados.

..... «Magnánima á su encuentro

La virtud generosa se levanta,

Y sus soberbios ímpetus quebranta.

Ella elevó á Guzman; *de ella inspirado,*

«Conóceme, tirano, respondía;

Y si es que espada en tu cobarde mano

Falta á la *atrocidad*, ahí va la mía»

.....

Ah! tú padre de España eras primero;

Mira cuál ella la segura frente

Alza y *su númen tutelar* te aclama . . .

.....

Pintando al leon español que parecia amansado y se levanta contra la tiranía, dice al final de la composicion:

¿Nació quizás para morir esclavo?

No, que llega su vez, y *ardiendo en ira*,

Rompe, y se libra, y con *feroz semblante*

Del vil ultraje á lo venganza aspira,

Bañando en sangre las atroces manos;

Y ruge, y amedrenta á sus tiranos.

Así pensaba y escribia en 1800, en plena juventud, en el entusiasmo de su *panfilismo*, de sus doctrinas humanitarias. Todavía faltan ocho años para la invasion francesa y yá en ese corazon no resueñan sino los ecos de Numancia y de Tarifa; yá desde entónces se siente el aliento mortífero del jaguar.

Y ¿cómo se explica que quien así sentia, maldijera á los conquistadores de América y á la España antigua, en nombre de las ideas de la *Enciclopedia*, por amor á la libertad y ódio á los tiranos, quienes seguramente serían los reyes españoles; y que luego, invadido el país, sintiera tan violento rencor contra el extranjero, su maestro é inspirador, en nombre de un levantamiento que si era nacional brotó por amor á aquellos mismos reyes, despóticos y abominables, y á la pátria antigua, la gente del fanatismo, la inquisicion y la conquista, que el poeta sabe evocar con acentos inspirados, en la persona de aquellos varones que representan en la historia los sentimientos y las ideas contrarios á los que él profesaba y habia cantado?

Llega, España, tu vez; al cautiverio
 Con nefario artificio
Tus príncipes arrastra, y en su mano
 Las riendas de tu imperio
 Logró tener, y *se ostentó tirano*.

.....
 Ved del tercer Fernando alzarse airada
 la augusta sombra.....

.....
 ¿Qué era, decidme, la nacion que un día
 Reina del mundo proclamó el destino:
 La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y su blason divino?
 Volábase á Occidente,
 Y el vasto mar Atlántico sembrado
 Se hallaba de *su gloria y su fortuna*:
 Do quiera España:.....

..... Ya en estos días
 No somos, no, los que á la faz del mundo
 Las alas de la audacia se vistieron
 Y por el ponto Atlántico volaron;
 Aquellos que al silencio en que yacías,
Sangrienta, encadenada, te arrancaron.

¡Cuántas contradicciones! Mas ¿será necesario repetir lo que Menendez Pelayo decia apropósito de otro lírico, que «las reglas dialécticas no conviene aplicárseles nunca á los poetas, y ménos á poetas españoles» (1), y por consecuencia renunciar á toda explicacion?

No obstante, ni él mismo, con relacion al propio Quintana, ni tampoco el Sr. Piñeyro, han creido deber abstenerse por completo; aunque la explicación del crítico santanderino no me parece resolver las antinomias propuestas, y si bien la que dá el Sr. Piñeyro no lo logra del todo, es, sin embargo, muy aceptable. Menendez Pelayo lla-

(1) *Historia de los Heterodoxos Españoles*, tomo 3º, pág. 813.

ma «feliz y honrada inconsecuencia» al que movió á el «Tirteo de una guerra de resistencia emprendida por la vieja y frailuna España contra las ideas y los hombres que Quintana adoraba y ponía sobre las estrellas.» Otra vez la llama «generosa y bendita inconsecuencia de abrazarse á la bandera de la España antigua, y de adorar, par una vez en su vida, todo lo que había execrado y maldecido» (1). No puede negarse el valor literario y hermenéutico, digamos así, para no usar la voz «psiológico,» aunque está más de moda, de las páginas de Piñeyro que còpio á continuación (98 á 100), y que son tan hermosas por el fondo como por la forma, por el sentido crítico como por el entusiasmo, si mesurado, que vibra sordamente. Aludiendo á *El Panteon del Escorial*, soberbia fantasía de Quintana, dice:

«A causa en gran parte de esas excelencias literarias resalta en «esta obra, más que en ninguna otra de Quintana, el impulso principal, el resorte motor del carácter del hombre y el escritor: amor intenso de la pátria, de su independendencia, de su gloria, dominado y «dirigido por otro amor igualmente intenso de la libertad y de la justicia, ámbos sentimientos fundidos en uno solo, poderoso, avasallador, «tan íntimamente enlazado á todo su sér, á su inteligencia y su corazón, que no hubo ocasion ni instante de su larga vida, en la fortuna «ó en la desgracia, desde la juventud hasta la ancianidad, que vacilase en sus convicciones, ó en lo más mínimo alterase la inflexible «rectitud de la línea de conducta que se había fijado. De ahí que la «pérdida de la libertad equivaliese siempre para él á la pérdida de la «pátria; pero de ahí tambien que se le viese, sin titubear, de los primeros, apesar del estrecho vínculo espiritual con la civilizacion francesa, con los artistas y filósofos en cuyos libros se había educado, «excitar hasta con ferocidad la cólera nacional, el *rencor inacabable* «contra Francia, contra la política impuesta á la nacion durante el «reinado de Cárlos IV y la privanza de Godoy; y de ahí, en fin, que «como adivinando la imperdonable agresion, preparáse la resistencia «en las frases candentes que hace pronunciar á Felipe II contra «esa «gente abominable.» Sentimiento idéntico tambien al que, sin esfuer-

(1) Op. cit. págs. 274 y 277. Conferencia del Ateneo, págs. 20 y 21.

«zo alguno, desde temprano lo elevó al punto de vista más imparcial para juzgar las crueldades de la conquista y la injusticia secular de la colonización, y que custodiando incólume y perfecto en su corazón hasta el término de su vida expresó por última vez en las nobles frases del discurso en el acto de la coronación.» En algún otro lugar, como en la página 121, vuelve á hacer Piñeyro la misma explicación, pero más breve y concreta entonces, y en la 117 describe las dos célebres odas patrióticas, y por cierto que tiene siempre—como pudo verse desde los «*Poetas Famosos del siglo XIX*»—el raro tino de describir las poesías, dando clara y adecuada idea de ellas aún sin citar á veces ningún verso, como sabe exponer por medios semejantes el carácter de sus autores, de lo que es ejemplo el paralelo magistral entre los tres poetas salmantinos—Melendez, Cienfuegos y Quintana.—Y séame permitido añadir de pasada que no sé cómo ni por dónde, pero cada vez que leo el comienzo del párrafo de la página 54: «Van también todos igualmente envueltos, confundidos como reos de una serie de crímenes contra la pureza del lenguaje»..... recuerdo el segundo círculo del *Infierno*, á cuya entrada se sienta Minos, y en que van las almas impulsadas sin cesar por un torbellino tenebroso, y de todos modos me parece la idea de una animación conmovedora. Mas, apesar de todo queda en pié y muy difícil de conciliar con el humanitarismo, la ferocidad de Quintana para con el francés, y repito á mi pesar, confundido, el grito del chacal:

Y es fama que las víctimas de Mayo
 Lívidas por el aire aparecían;
 Que á su *alarido horrendo*
 Las francesas falanges se aterraban;
 Y ellas, *su sangre con placer bebiendo*
El ánsia de venganza al fin saciaban.

Así como en un mismo individuo existen varias personalidades, que solamente cuando se distinguen con separación marcada de épocas y cualidades, casi absolutamente, constituyen un caso patológico, como el conocido de *Félida X*, que probablemente sirvió de funda-

mento al tipo del Dr. Jekill y Mr. Hyde, de la novela de Stevenson, en Quintana vivían compenetrados dos hombres diferentes y á las veces contrarios: el hombre moderno, producido por una gestacion puramente intelectual, y hombre antiguo, fruto de una elaboracion secular;—el hombre pacífico, y el hombre combatiente;—el hombre culto y el reflexivo, el cosmopolita, y el hombre de patriotismo impetuoso y feroz. Estos son las modalidades de aquel dualismo constituido y determinado por el juego ó la accion recíproca, variable de energía y eficacia, de elementos encontrados y diversos: por un lado la herencia de la raza, la influencia de toda la historia nacional, el medio ambiente, el carácter vehemente; y del otro lado, la cultura francesa; elemento superficial, adventicio, pegadizo y reciente, éste; más antiguo, más profundo, aquél; por lo que el «español» conforme á la historia y la raza, tenía que predominar sobre el «enciclopedista;» el hombre de instinto y de pasion sobre el hombre de estudio, cuando un choque poderoso, una conmocion social, encendiendo las pasiones, avivando los instintos, oscureciendo y debilitando, por ende, las ideas, disgregáse la frágil liga de contrapuestas fuerzas, como el fuego disuelve los compuestos químicos ú orgánicos y emancipa sus ingredientes. Cuando en hora tremenda se sobrepuso en un hombre de tan poderosa energía de pasion, como fué Quintana, el sentimiento de raza, el poder étnico concentrado en su sér, á las virtualidades más débiles porque eran ménos antiguas, surgió entónces el genuino español, el español castizo é histórico. Una rama ó raza humana se encontraba frente á otra, armadas ámbas, y hay una como ley feroz del mundo que de cuando en cuando, bastante á menudo por desgracia, desenzadena las bestias enemigas, y lanza las especies contra las especies en la inmensa lucha por vivir, convirtiendo las divergencias en monstruosa carnicería. En una situacion semejante se alzó gigantesco y espantable el gran poeta de la guerra y la venganza, el Tirteo moderno, único por la naturaleza de su inspiracion y por las escepcionales condiciones en que se produjo. Mientras que el otro poeta—el cantor de la vacuna y de la imprenta—era un artista de gabinete, éste fué espontáneo, singular en su energía, inspirado, soberano, admirable en su misma ferocidad—

como debe serlo un leon que hundiendo la garra en la sangrienta espalda de la víctima, abre la boca espumante, enorme, erizada de afilados dientes; aquél pudo escribir antes en prosa sus cantos á la civilizacion y á la ciencia, yo no lo dudo; pero el verdadero poeta es el que rompe el caramillo de la égloga, cuelga la lira del progreso, olvida al indio, se reconcilia con el antiguo bárbaro, agita en la diestra cual mazá de guerra el abandonado *cetno de oro*, y

... .. en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfria,

extremece los ámbitos de la Península azuzando al toque de rebato de su inmensa trompa de gigante, la fiereza acumulada por los siglos.

¿Sería por ventura ese mismo hombre capaz de amar á una mujer? El Sr. Mendez Pelayo lo niega, y aún dice expresamente que «tampoco amaba mucho á las mujeres, ó á lo ménos dá pocas muestras de ello en sus versos;» y esto no es muy exacto. El mismo insigne literato cuenta que «sin embargo, Quintana en su juventud amó con pasion ardiente, como lo eran todas las suyas,» y que «quizás un trágico suceso de aquellos dias, vagamente conservado por la tradicion, pueda dar hasta cierto punto la clave del enigma, y tambien de aquella honda tristeza, de aquel árido desabrimiento, de aquel tédio de la vida que acompañaron á Quintana hasta los últimos años de la suya larguísima» (1). El Sr. Piñeyro, que ha tenido presente y cita el trabajo en que se dice lo anteriormente transcrito, no ha creído deber detenerse, ni tenía por qué hacerlo, en ese episodio, que sólo era un recuerdo vago y tradicional; pero en los versos del poeta se conservan muestras de su vehemencia de sentimiento y de alguna pasion desgraciada y dolorosa. En una de las estancias «*A Célida*» se lee lo siguiente:

(1) Conferencia del Ateneo de Madrid.—«D. Manuel José Quintana.—La poesía lírica al principiar el siglo XIX.» 1887. pág. 24.

Sacude al punto amor la abrasadora
 Antorcha que arma su *terrible mano*:
 «*Arde,*» me dijo; y *la escondió encendida*
Toda en mi corazon

Y más adelante:

. la inclemente mano
 Del destino tambien á mí me oprime,
Y de un pesar recóndito y tirano
Tambien mi pecho destrozado gime.

Por eso, sin duda, dice en sus versos «*A Fileno*»:

Más valiera no amar; sí más valiera,
 Cual se huye el silbo de engañosa sierpe,
 Esquivar la beldad, y á sus halagos
 Con bronce duro amurallar el pecho.
 Amor, terrible amor, yo, que en tributo
 Te dí el abril de mis floridos dias,

 Yo sé que á tu violencia y tus furoros
 Nada puede bastar
 mas si otro tiempo
 Llega en que *torne* á obedecer tus leyes.
 Leyes de vida y de esperanza sean,
No de engaño ó desden

Al tenor de lo que expuso Menendez Pelayo en brillantes páginas (1) que el Sr. Piñeyro tuvo á la vista, me parece que mientras aquél rebaja un tanto, bien que con mesura, el mérito de Quintana como crítico que supo apreciar el valor poético de los romances cas-

(1) *Historio de las ideas estéticas en España*.—Tomo III. (Siglo XVIII)—volumen II.—págs. 219 y 220.

tellanos y fué el primero que los coleccionó, Piñeyro, aunque siempre con entusiasmo, es más equitativo. Y eso que estima tan extraordinariamente el voto del conspicuo catedrático de la Central, que al tratar de este mismo asunto de las cualidades y grandes servicios de Quintana como crítico literario, en cuyo terreno fué digno de admiración, por la «flor de aticismo y de cultura,» por la «buena educación literaria» que «constantemente observó» en aquel ejercicio, «tanto más cuanto más adelantaba en años» y sin perjudicar «de ninguna manera á la firme é ingénuo expresión de sus convicciones» (1), le llama «el más competente de los jueces» (2).

Creo excusado manifestar que pocos me ganarán en el respeto al Sr. Menendez Pelayo, que pocos sentirán tan grande asombro como el que me producen sus excepcionales condiciones, su erudición incomparable, su memoria inmensa y poderosa, su mismo juicio literario, ni que nadie lo lee con la constancia y delectación con que yo lo hago. Le tengo por el primer escritor contemporáneo de España, y, por supuesto, por uno de los más eminentes literatos del siglo. Pero no pienso siempre lo mismo de su *crítico*, en general. Algo hay en él que le tira á rumbos diferentes y le produce cierta inestabilidad de ánimo que se resuelve en no sé qué inconsistencia de criterio. En este mismo particular de Quintana, puedo señalar hasta contradicciones innegables, en el juicio de sus producciones y su carácter literario, y no solo en obras de diversa índole de aquel crítico, lo que nunca justificaría tampoco la inconsecuencia mental, sino hasta en una misma obra suya. Así—por ejemplo—en la *Conferencia* del Ateneo, ya mencionada, dice en la página 31: «Quintana, poeta muy rico de ideas y á veces de pasión, pero pobrísimo de imágenes».... y en la página 38, estampa lo siguiente: «Labró sus poesías con escaso número de ideas, con escaso número de imágenes, y hasta con escaso número de palabras».

En los *Heterodoxos* (tomo III, pág. 276) dice de *El Panteón del Escorial*, que «convirtió en repugnante y ANTIESTÉTICO, á fuerza de

(1) Id. págs. 221 y 222.

(2) *Manuel José Quintana*.—pág. 165, nota 1.

falsedad intrínseca, uuna fantasía *que pudo ser* de solemne hermosura,» y en las *Ideas Estéticas* (tomo III, vol. II. pág. 211) dice de esa misma composición que «bajo ciertos aspectos *es de una belleza extraordinaria*». En esta misma obra, y refiriéndose á todo lo demás que compuso el poeta, asienta que «ó es *expresion poética* de la filantropía del siglo XVIII (*como las odas á la Imprenta, á la Vacuna &c*), ó es la explosion magnífica del sentimiento nacional, pero *con las formas antiguas y consagradas*» (págs. 211 y 212); y en la otra obra (p. 276), de esas mismas producciones dice que «*más que obras poéticas*, son actos revolucionarios, y *como tales deben juzgarse*, y *más que á la historia del arte*, pertenecen á la historia de las agitaciones insensatas y estériles de los pueblos.» Ya ántes (p. 274) reconoció que «admira, deslumbra y levanta el ánimo con majestad no usada (reminiscencia ésta de Quintana), y truena, relampaguea y fulmina *en su esfera poética propia*, la única que podía alcanzarse en el siglo XVIII, y por quien se dejara ir, como Quintana, *al hilo de la parcialidad dominante y triunfadora*.» Y en la misma citada *Conferencia* afirma de *El Panteon del Escorial* que es «LA UNICA» de las inspiraciones de Quintana que «*tiene algo de poesía romántica y moderna*» (pág. 28); mientras en la página 37, al consignar que Quintana hizo pocas composiciones en versos cortos, añade: «exceptuando una especie de *balada medio ROMÁNTICA* que compuso en 1826 con el título de *La fuente de la mora encantada*,» el cual romance pone tambien por único ejemplo de concesion hecha por Quintana «en teoría,» «á las nuevas ideas,» es decir, al romanticismo, en la página 224 del mismo tomo referido anteriormente, de la *Historia de las ideas estéticas en España*.

No sé cómo el Sr. Piñeyro para probar que «no todos le perdonaron la franqueza de sus opiniones» á Quintana, sobre la conquista y colonizacion de América, sólo se detiene, y eso con el único propósito de suministrar «la prueba» de su asercion, en Ferrer del Rio, que escribió su prólogo á los *Obras completas* en 1852. Merecia el asunto más exámen; el señor Piñeyro ha usado superiormente el asteismo; pero, sin que esto sea un reparo, me parece á mí que el caso—por no ser único, y envolver ideas que son graves errores, que acusan lo arraiga-

das de las preocupaciones políticas aun entre los literatos españoles, y que todavía, por lo mismo influyen y habrán de influir desastrosamente en el destino de la isla de Cuba,—se recomendaba á mayor detenimiento. Académicos como el Marqués de Valmar se han pasado de que tuviera Quintana por «iniquidades *el sobrehumano* descubrimiento de Colon y las *portentosas proezas* de los *civilizadores* de América» (1); portentosas proezas cuando se asegura al mismo tiempo que «*las mejores razas americanas* se hallaban *poco distante del estado salvaje*» (2), cuyo pensamiento adoptó también el Sr. D. Juan Valera y tuvo ocasión de propugnar el sapiente crítico cubano don Rafael María Merchan. El propio Menendez Pelayo, de quien así mismo prescinde Piñeyro, apesar de que siendo el último llegado, insiste en la repetida cantilena, asentó en los *Heterodoxos* (3)—apoyándose en Alaman y Roa Bárcena,—la estupenda afirmación de que «los mismos americanos confiesan que en la oda *A la vacuna* y en los papeles oficiales de Quintana, aprendieron aquello de los *tres siglos de opresion*, y demás fraseología filibustera», para venir á parar—(página 538)—en que fueron móviles mezquinos las que promovieron el levantamiento de las Américas, cuyo hecho considera, en otro lugar, y con desdeñosa ironía, como una bajeza, por la curiosísima razón de hallarse «la madre patria» á la sazón «en lo más empeñado de una guerra extranjera». Bien triste y mezquina es una filosofía de la historia americana que se conforma con declarar que «la sangre criolla, enardecida por ambiciones febriles y no satisfechas bajo el gobierno colonial, dió el primer impulso de que luego se aprovecharon hábilmente ingleses y norte-americanos.»

Tuvo tanta razón Quintana al decir á sus paisanos de antaño:

Vuestro genio feroz hiende los mares
Y es la inocente América un desierto;

(1) Discursos leídos en las recepciones públicas que ha celebrado desde 1847 la Real Academia Española. Tomo II; pág. 148.

(2) Id., id.

(3) Tomo III, págs. 247 y 840

precisamente lo mismo que pudo observar un viajero italiano, á mediados del siglo diez y seis, y consignó en términos casi idénticos en un libro bastante raro: «*Hispani solitudinē in India fecerunt* (1);— que no comprendo cómo frunce el ceño al hablar de la *Brevísima relacion de la destruccion de las Indias* que publicó en 1552 Fray Bartolomé de las Casas, tan justamente apellidado apóstol de Sevilla, y ménos me explico que Piñeyro apruebe las frases en que Quintana condena «como el más grande error» del clérigo «la composicion y publicacion de este tratado», fundándose en que «no necesitaba Casas defender la buena causa que habia tomado á su cargo con las artes *de la exageracion y de la falsedad*» (2). Al cabo y á pesar de esa reprobacion, basada en consideraciones que en la Córte misma se le hicieron al gobierno en vida de Casas, para contrarrestar y desbaratar sus benéficos planes, y que Herrera ha conservado (3), al final del mismo párrafo dá Quintana cumplida razon al santo protector de los indígenas. No son exageraciones lo que Casas escribió acerca de las crueldades de la Conquista, siquiera haya podido servir en detrimento de la honra nacional. Sin ir muy léjos, el Licenciado Zuazo, de quien dice Quintana que era «hombre de gran talento, *de excelentes miras, y uno de los caractères más respetables que entónces pasaron al Nuevo Mundo*», en célebre carta «al muy Ilustre Señor Monsieur de Xevres», ó Chiévres, escrita en Santo Domingo de la Española en 22 de Enero de 1518, denunciaba yá crímenes realmente espantosos: caciques quemados vivos, poblaciones *aperreadas*, miles de indios robados, arrebatados de sus islas, muertos de hambre, marcados «con hierros en las caras», provincias pasadas á cuchillo, la matanza inaudita que hizo un criado de Ovando, el sevillano Juan d' Esquivel, de *siete ú ocho mil indios!* por mandato de aquel gobernador, en la provincia de Higüey, «so color, que aquella provincia

(1) *Novae Novi Orbis Historæ*, &. Libri Tres. Urbani Calvetonis opera industriæque ex Italicis Hieronymi Benzoni Mediolanensis, &. Apud Eustathium Vignon. M.D. MXXVIII. Cap. III, pág. 11, al márgen.

(2) *Obras completas* (Biblioteca de Rivadeneyra) pág. 460.

(3) *Década II*. Lib II, pág. 27 del tomo I.

diz que se quería levantar, é son gente desnuda, que sólo un cristiano con una espada basta para doscientos indios»; y refiriéndose á «los grandes insultos, muertes, crueles robos é quemamientos de pueblos», añade: «que no están más todos los castellanos para poderse mantener que las aves de rapiña, que no pueden dar bocado sin sangre; é toda la tierra está perdida y asolada» (1).

Así es que bien puede decirse que Casas no fué un embustero y si algunas cosas terribles dijo que él no presenció, en su derecho estaba de haberlas creído, porque eran *verosímiles*, áun cuando alguna vez se probára que no ocurrieron. Por eso entiendo que no merece que se le tenga por fanático. Herrera pensaba de él de muy distinto modo, y le llamaba «*autor de mucha jé*», y el Padre Torquemada, con espíritu de justicia, decia: «Tengo para mí (*sin alguna duda*) que es muy particular la Gloria, que goza en el Cielo, y honrosísima la Corona, de que está Coronado, por el Santísimo Celo, que con perseverancia hasta la muerte, tuvo de padecer por Amor de Dios, volviendo por los Pobres y miserables, destituidos de toda aiuda, y favor. Emulos harto ha tenido, *por haber dicho claramente las verdades*».... (2).

Hay un pasage de aquella seccion del libro del Sr. Piñeyro en que tan superiormente examina las *Vidas de Españoles Célebres*, que exige un momento siquiera de atencion. Ocupándose en la biografía de Pizarro que escribió Quintana, dice en el segundo párrafo (página 186), muy hermoso por cierto todo él, que «no se sabia en su época la mayor parte de lo que hoy está en el dominio comun».... «y apénas le era dado, por consiguiente, presentar á su verdadera luz la caida del imperio de los Incas, esa catástrofe perfectamente lamenta-

(1) Coleccion de Documentos Inéditos Relativos al Descubrimiento, Conquista y Colonizacion de las Posesiones Españolas en América y Oceanía. Sacadas en su mayor parte del Real Archivo de Indias, bajo la direccion de los Sres. D. Joaquin Francisco Pacheco, D. Francisco de Cárdenas y D. Luis Torres de Mendoza. Madrid, 1864. Tomo I, págs. 304, 307, 312, 316 y 317.

(2) *Tercera Parte de los Veinte y un libros Rituales y Monarquia Indiana*, &..... Compuesto por F. Juan de Torquemada, &. Tomo 3, lib. 15; cap. XVII, pág. 42.

ble de la obra de tantos siglos, derrumbada y en un día aniquilada; *perdida* para siempre en *súbito* desastre *la ocasion única* de salvarla, mejorarla, fecundarla *al contacto de los elementos poderosos que representaban los inesperados invasores, de atajar en fin la espantosa barbarie que sobrevino»* Lo que despues de Quintana se ha averiguado de aquellas regiones, no facilita mayores datos para juzgar con más acierto que él lo hiciera, de aquel imperio y de su ruina; aunque sí ha puesto en claro los adelantos de aquella sociedad singular; y no se comprende que fuese un estado político digno de conservarse, aquel conglomerado de ricas satrapias, dividido á última hora en dos bandos combatientes, cuando pudo por esos y otros motivos caer con tan asombrosa facilidad y tamaña mansedumbre y candidez, ante las arterias de un porquerizo europeo y la emboscada de un puñado de aventureros, y teniendo aprestado un ejército de millares de hombres; ni que nunca con tales invasores hubiera habido ocasion ninguna de salvar esa obra secular, para beneficio general, cuando, á impulso de la codicia y la ambicion más bárbaras, fué su único propósito saquearla y someterla. Por otra parte, Quintana vió bastante bien y ya supo lamentar, al narrar la muerte del simplísimo é infortunado Atahualpa, los desórdenes que sobrevinieron tan pronto y por cuya causa «la obra de la civilizacion, que habia costado siglos de sabiduría y perseverancia, se veia destruir por momentos» (1).

Sería preciso escribir un tomo para atender á todos los puntos que sugiere considerar la obra del Sr. Piñeyro y que yo he ido esflorando como al azar y al correr de la pluma. Eso habria de ser difícil siempre, y ahora noto que me he extendido demasiado; pero no he de concluir sin apuntar, que este libro puede obedecer á un móvil, naturalmente, complejo, como lo son todos los que determinan nuestros actos; pero acaso, principalmente, sea una piedra más en el edificio que empezó á levantar el Sr. Piñeyro y cuyo plano trazó, ofreciendo continuarlo más adelante, en los *Poetas famosos del Siglo XIX*; ó una respuesta—por su tardanza misma, intencionalmente indirecta—á los que, así que apareció, años hace, aquel otro libro suyo, repararon

(1) *Obras Completas* (Biblioteca de Rivadeneyra) pág. 332.

como defecto, que no hubiera incluido á Quintana entre los grandes poetas más conocidos de nuestra centuria. Ello es que el Sr. Piñeyro, al unísono con el Sr. Menendez Pelayo, clasifica á Quintana como poeta del siglo décimo octavo. No me atreveré á decir lo contrario; pero sí á observar por lo que valga, que su gloria es haber cantado un acontecimiento de este siglo; que es el poeta nacional de España, precisamente cuando en ella se abrían las puertas á las ideas que la fecundaron y de que también fué él propagandista y poeta superior; que el siglo actual parece, en especial, haber tenido por ocupación misteriosa é inconsciente el hacer suyas por su mayor extensión y desenvolvimiento, las doctrinas del anterior que profesaba Quintana, y que así mismo de este siglo y muy de él es, en fin, la escuela que fundára y á la cual pertenecieron entre los americanos,— como discípulos ó imitadores del lírico español—Olmedo, Heredia, Plácido y la Avellaneda.

Cuanto llevo dicho dá una idea de la vasta materia que el libro encierra y (así lo espero) de sus grandes méritos. Puede decirse que es un libro ejemplar, la obra de un maestro, y tal vez la mejor monografía literaria hecha por un cubano, como—á un tiempo—es la única de su especie que existe sobre Quintana.

MANUEL SANGUILY.

Noviembre de 1891.



MISCELANEA.

SOBRE UN DOCUMENTO HISTORICO.

La Exposicion que los españoles establecidos en Cuba se proponían elevar á las Cortes en Abril de 1877, y que insertamos en este número de la REVISTA, debió ser objeto de un trabajo histórico crítico de su mismo redactor Sr. Conte, quien, por haber tomado parte en el acto político que se terminó con la exposicion del Sr. Avendaño, conocía perfectamente los pormenores del suceso.

La muerte vino á interrumpir en su labor al distinguido economista español, cuando estaba próximo á emprender la relacion de tan interesante episodio de la Revolucion cubana, como lo había prometido á su amigo el Sr. Villanova, quien, con las noticias que conocía, ha podido bosquejar el cuadro que presentaron los autonomistas españoles en 1877, y legar á la historia la Exposicion en que cifraban sus aspiraciones.

NOTICIAS LITERARIAS.

La nueva edicion de los *Ensayos* de Herbert Spencer, publicada por la casa de Appleton de Nueva York, contiene, además de los anteriormente coleccionados, siete que se añaden ahora por primera vez,

son: *La Moral y los Sentimientos Morales*, *Los factores de la Evolucion Orgánica*, *Explicaciones del profesor Green*, *La Etica de Kant*, *Etica Política Absoluta*, *De la Libertad á la Servidumbre* y *Los Americanos*. Algunos de los antiguos han recibido importantes adiciones, entre ellos el famoso sobre *La Filosofía del Estilo*. Nuestros lectores recordarán haber leído en las páginas de la REVISTA el ensayo sobre los factores de la Evolucion.

—Ha fallecido en España el Sr. D. Manuel Cañete, crítico de extensa reputacion.

—De la excelente obra de Gustave Ducondray, *Histoire Sommaire de la Civilization*, se ha publicado en los Estados Unidos una condensacion muy bien hecha, con el título de *The History of Modern Civilization*. La parte de América ha sido aumentada. En casa de Appleton.

—La obra de Lombroso, *El Hombre de Genio*, traducida ya al francés, ha aparecido en inglés editada por una casa de Lóndres.

—El famoso Enrique Ibsen está escribiendo un nuevo drama, en el más profundo retiro.

—El celebrado novelista alemán que firma E. Werner es una mujer, cuyo verdadero nombre es Elizabeth Burstenbinder.

ERRATAS.

| Páginas. | Línea. | Dice. | Léase. |
|----------|--------|--------------|---------------------|
| 387 | 25 | todas | todos |
| 389 | 8 | cuando | cuando nos hallamos |
| 389 | 19 | es | son |
| 390 | 14 | Mayo | Marzo |
| 395 | 15 | corresponden | corresponde |
| 395 | 22 | de Sonora | de la Sonora |
| 396 | Nota | aprestaba | se aprestaba |